Revista política bimestral
Nº 56. Octubre 1987. 275 pesetas.

inprecor

Che



HISTORIA. Che Guevara, 20 años después. *M. LOWY*

CENTROAMERICA. La guerra de baja intensidad. *D.BARRY*

TEMA. Democracia, Revolución, Socialismo. *NUÑEZ Y BURBACH*

DEBATE. La película "La misión". *C. Wilko y M. Lequenne*

inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

Boletín de suscripción

- anual (6 números): Estado español, 1.650 ptas. Europa: 31 dólares. Resto del mundo: 40 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a:* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que viene a continuación:

Nombre . . . .

Dirección . . . .

Código Postal . . . . **Ciudad (provincia)** . . . .

País . . . .

Renovación ☐ **Suscripción** ☐

INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 250 FF. Envío por avión: 280 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre. 153, rue de Paris. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.

sumario





Empezamos una nueva sección, que hemos llamado "Tema"; trataremos de explicar sus objetivos. Con frecuencia nos hemos encontrado con artículos de interés, pero demasiado extensos y/o de lectura relativamente difícil, y hemos dudado sobre su publicación, porque desequilibraría el sumario de la revista. Hemos pensado que una solución es incluír estos textos en un lugar y con una maqueta especial, en el centro de la revista, manteniendo aproximadamente el mismo número de páginas "normales". De este modo, pensamos que la revista mejora en su capacidad para ocuparse de temas teóricos, sin que pierda capacidad de ocuparse de cuestiones políticas relacionadas con la actualidad.

Para el primer "Tema", hemos elegido dos capítulos del libro "Democracia y revolución en las Américas", de Orlando Núñez y Roger Burbach, premio Carlos Fonseca 1986. Núñez es un dirigente político sandinista, actualmente responsable del Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA). Burbach es norteamericano y dirige el CENSA (Center for the Study of The Americas); tiene una larga trayectoria de militancia en los movimientos de solidaridad con Cuba, Vietnam, Chile y Centroamérica, en los EE.UU.. Todo el libro tiene mucho interés y se presta a una polémica importante. Pero en los capítulos que hemos seleccionado se plantean los aspectos más útiles para la reflexión y el debate: el papel de la democracia en la construcción del socialismo, en la batalla por la hegemonía y la dirección revolucionaria contra la burguesía y en relación con el pluralismo dentro del campo revolucionario. El hecho de que uno de los autores sea un veterano militante sandinista, que ha ocupado y ocupa puestos de responsabilidad, otorga a estos textos el interés suplementario de basarse en una reflexión desde dentro de la revolución.

El espacio que tenemos para esta nota introductoria se ha utilizado ya en gran parte. Presentaremos muy brevemente los otros artículos.

El aniversario del asesinato del Che está siendo un centro de interés de la izquierda revolucionaria. Encargamos a Michel Lowy, autor de un estudio clásico sobre el pensamiento del Che, un artículo que planteara la actualidad del "guevarismo". Con él abrimos el sumario.

A partir de los Acuerdos de Esquipulas, la negociación ha desplazado a la guerra como aspecto central de la crisis centroamericana. Estamos convencidos de que la etapa actual tiene una importancia muy grande para el futuro de la región, pero nos parece muy poco probable que se alcancen situaciones de "tregua", por no hablar de una verdadera paz, con cierta estabilidad y duración. Por eso hay que seguir conociendo la estrategia global imperialista para Centroamérica y, en general, para las crisis en el tercer mundo. Deborah Barry ha escrito un excelente análisis de las "guerras de baja intensidad".

Siguiendo nuestra atención a estudios sobre la guerra civil, publicamos esta vez un trabajo sobre un tema de polémica inagotable y frecuentemente maltratado por el subjetivismo de los militantes-historiadores: el papel de los anarquistas en la guerra civil. José Gutiérrez ha trabajado el tema a fondo y su artículo tiene un alto interés.

En fin, continuamos la polémica sobre la película "La Misión", que está planteando cuestiones útiles sobre la interpretación de aspectos significativos, aunque excepcionales, del "descubrimiento". □



Che Guevara.

VEINTE AÑOS DESPUES

Michael Löwy

Hace veinte años, cayó en las montañas de Bolivia el que fue en los años 60 el símbolo exaltante de la generosidad revolucionaria, del internacionalismo auténtico, de la ética comunista: el Che Guevara. Walter Benjamin escribió en sus tesis "Sobre el concepto de la historia" (1940) que la memoria de los antepasados vencidos y martirizados es una de las más profundas fuentes de inspiración de la acción revolucionaria. Es verdad. Y por ello es tan importante salvar del olvido o de la edulcoración burocrática, la memoria y el pensamiento vivo del Che.

El Che no fue sólo un combatiente, sino también un pensador cuyas obras merecen ser reeditadas, el portador de un mensaje político y moral. ¿Qué queda de este mensaje después de dos décadas de luchas difíciles, derrotas y desilusiones? A mi parecer, el Che es entre todas las figuras revolucionarias del Tercer Mundo la que mejor ha resistido el paso del tiempo.

¿Por qué? En primer lugar porque en el fondo de todas sus posiciones políticas e ideológicas se encuentra un verdadero humanismo revolucionario. Sin duda, este es el aspecto de su obra y de su vida que puede ser comprendido mejor por la juventud europea de nuestros días, cuyo compromiso activo —contra la guerra, contra el racismo, en solidaridad con el Tercer Mundo— está inspirado por motivaciones éticas y humanísticas. La influencia que adquirió en los años 60 una lectura cientifista, semi-positivista, anti-humanista o estructuralista del marxismo (por ejemplo, Althusser o Bettelheim) ha desaparecido desde hace largo tiempo. El marxismo no podrá volver a constituir una fuerza espiritual y política ante los ojos de las nuevas generaciones rebeldes que ahora están surgiendo, si no integra, como hizo el Che, valores como la vida, la libertad y la dignidad humanas.

Leyendo "El Capital", el Che escribía lo siguiente, que constituye una clara ilustración de su visión de la economía y la sociedad: «*El peso de este monumento de la inteligencia humana es tal que nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes. La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son hombres los que se mueven en el ambiente histórico*»(1). Lo cual significa concretamente: son los hombres los que hacen su historia y el desafío del socialismo es el control racional de los hombres sobre la vida económica.

La historia, observa el Che, no está nunca «*determinada mecánicamente por una acumulación de fuerzas económicas*»; en otras palabras: «*nunca*

NOTAS:

(1). Ernesto Che Guevara. "Obra revolucionaria" (O.R.) editorial ERA. pp 577-578.

(2). Ernesto Che Guevara. "Obras 1957-1967" (O.C.) editada en 1970 por la Casa de las Américas. Volúmen 2. p.326.

(3). O.C. v 2, p.323.

(4). O.C. v 2, pp.382 y 174.

(5). O.C. v 2, p.432.

se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases, lo cual significa también que nunca se puede hacer abstracción del hombre, expresión viviente de la lucha de clases»(2). Contra el atentismo "neo-kautskyano" de los partidos de la izquierda tradicional que se negaban a actuar con el pretexto de la "inmadurez de las condiciones objetivas", el Che afirma que la vanguardia no debe esperar con los brazos cruzados la emergencia de todas las condiciones objetivas y subjetivas para que "el poder caiga en las manos del pueblo como un fruto maduro"; la vanguardia debe contribuir a crear estas condiciones por medio de su acción. Esto no significa que haya que caer en una visión puramente voluntarista de la revolución: la vanguardia sólo puede acelerar la marcha de los acontecimientos «*dentro de lo que es objetivamente posible*»(3). Esta es precisamente la concepción del propio Marx cuando escribió en "el 18 Brumario" que los hombres hacen su propia historia, no arbitrariamente sino en unas condiciones objetivas determinadas. En este sentido hay que interpretar la célebre consigna del Che «*el deber de un revolucionario es hacer la revolución*». Es interesante comparar este lema con la conocida fórmula de Karl Kautsky en "El camino del poder" (1910): «*El partido socialista es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones*».

¿Cuáles son los valores éticos de los que se reclama explícitamente Guevara y que inspiraron su lucha revolucionaria y su ideal del hombre nuevo?.

El valor supremo de todo humanismo real tiene que ser la humanidad misma. «*La vida humana sólo tiene significado durante el tiempo y en la medida en que está al servicio de algo infinito. Para nosotros, la humanidad es ese infinito*». Estas palabras escritas en 1929 por el dirigente bolchevique Adolf Ioffé en su carta-testamento dirigida a Leon Trotsky, diseñan con precisión el horizonte ético del revolucionario marxista, para el cual la humanidad es el valor universal, la totalidad concreta que integra y supera al individuo y la nación como momentos parciales y se identifica, en última instancia, con el proletariado mundial, los oprimidos y explotados de todos los países. Este es el sentido en que el Che habla del amor a los pueblos, el amor a la humanidad, los sentimientos de justicia y generosidad sin los cuales «*es imposible imaginar a un revolucionario auténtico*", y cuya esencia está formulada espléndidamente con esta exigencia que formuló ante los jóvenes comunistas: «*plantearse siempre los grandes problemas de la humanidad como si fueran problemas propios*»(4). Esta exhortación no se basa en una "filantropía" abstracta y vaga, sino que encuentra su expresión concreta y política en la solidaridad internacional de los oprimidos, que es, mientras existan clases, la expresión real del "amor a la humanidad".

Humanidad, justicia, y también dignidad, libertad: estos valores "clásicos" ganan dentro del humanismo revolucionario del Che un sentido nuevo porque son entendidos desde el punto de vista de los explotados, de la lucha de clases, de la revolución socialista.

Para el Che, el internacionalismo proletario no era un tema edificante para los discursos del 1 de mayo, sino un modo de vida, una fe secular, una patria espiritual. Sólo puede comprenderse el significado esencial que tenía para él el internacionalismo a la luz de su humanismo revolucionario. El internacionalismo es la manifestación más auténtica, más pura, más universal, más combativa y más práctica de este humanismo. En su discurso de Punta del Este en agosto de 1961, el Che afirmó: «*La revolución cubana es una revolución con un carácter humanista. Es solidaria con todos los pueblos oprimidos del mundo*»(5). Para el Che el verdadero internacionalismo es el que es capaz de «*sentirse angustiado cuando se asesina a un hombre en cualquier rincón del mundo y sentirse entusiasmado cuando en algún rincón del mundo se alza una nueva bandera de la libertad*», el que siente «*como afrente propia toda agresión, toda afrenta, todo acto que vaya*



❝

No supieron ver detrás de aquel grupo de jóvenes sucios y barbudos que entraban en La Habana, la gran avalancha del pueblo. Y a todos nuestros hermanos de América, compañeros, cuando decían que no se podía en estos momentos hacer nada porque las condiciones no estaban maduras, la Revolución Cubana les impulsaba al combate, gritándoles: ¡se maduran en el camino las condiciones!.

Y cuando los compañeros de América razonaban: el ejército es enormemente poderoso, está armado con las armas más modernas y tiene detrás el imperialismo, en la misma América la voz de la Revolución Cubana les decía: ¡no hay ejército por poderoso que sea, que pueda oponerse a un pueblo en armas!.

Y cuando nos preguntan, compañeros, en qué pensaba Fidel pocos días después del desastre de Alegría de Pío, la voz de la Revolución Cubana les contesta: ¡pensaba en el poder para la clase obrera!.

Y repetía nuestro líder una y otra vez: la clase obrera no debe luchar por migajas que le arrojan desde el banquete, la clase obrera tiene que luchar por el poder. *(En homenaje a los premiados de la emulación. 1962).*

❞

contra la dignidad del hombre, contra su felicidad, en cualquier lugar del mundo»(6).

Su horizonte no estaba limitado de ninguna manera al Tercer Mundo (aunque evidentemente éste ocupaba el centro de su interés); poco después de la victoria de la revolución, en septiembre de 1959, en un artículo publicado en la revista mexicana "Humanismo" definía ya la fraternidad anti-imperialista en términos marxistas, es decir en términos de clase: «*¿No será que nuestra hermandad desafía el ancho de los mares, el rigor de idiomas diferentes y la inexistencia de lazos culturales, para confundirnos en el abrazo del compañero de lucha? ¿Se deberá ser más hermano del peon argentino, el minero boliviano, el obrero de la United Fruit o el machetero de Cuba que del orgulloso descendiente de un samurai japonés, aunque quien esto analice sea un obrero japonés?*"(7).

Pero para el Che el internacionalismo proletario no es solamente un imperativo moral para un humanista consecuente, la verdadera manifestación política de los valores humanos universales, sino también y sobre todo es una necesidad práctica y realista de la lucha revolucionaria contra el enemigo imperialista. La indignación y la angustia que expresa en su Mensaje a la Tricontinental en 1966 sobre la trágica soledad del pueblo vietnamita frente a la agresión criminal de la mayor máquina de guerra de la historia, refleja no solamente la rebelión de un gran humanista revolucionario contra una opresión cobarde e injusta, sino sobre todo la reflexión realista de un comunista, de un antiimperialista lúcido que ve en esta soledad *"un momento ilógico de la humanidad"*(8).

Los escritos económicos del Che, sus tomas de posición en el gran debate sobre la economía de la transición al socialismo en Cuba, están también en íntima relación con su visión del mundo humanista revolucionaria. En una entrevista al semanario francés "L'Express" en julio de 1963, decía lo siguiente: «*El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero a la vez contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor "interés individual" y la ganancia de las motivaciones psicológicas. Marx se preocupaba tanto de los hechos económicos como de su traducción en el espíritu. Llamaba a esto "un hecho de conciencia". Si el comunismo desprecia los hechos de conciencia, puede ser un método de reparto, pero dejará de ser una moral revolucionaria*»(9).

Esta premisa fundamental le lleva a ciertas conclusiones muy concretas



"*Estímulo material directo y conciencia son términos contradictorios, en nuestro concepto.*

Este es uno de los puntos en que nuestras discrepancias alcanzan dimensiones concretas. No se trata ya de matices; para los partidarios de la autogestión financiera el estímulo material directo, proyectado hacia el futuro y acompañando a la sociedad en las diversas etapas de la construcción del comunismo no se contrapone al "desarrollo" de la conciencia, para nosotros sí. Es por eso que luchamos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista.

Sí, el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción, ¿debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos, en una época dada, es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone que el trabajo deje de ser una penosa necesidad para convertirse en un agradable imperativo. Cargada de subjetivismo, la afirmación requiere la sanción de la experiencia y en eso estamos.

(Sobre el sistema presupuestario de financiamiento. 1964). **"**

(6). O.C. v 2, pp.173 y 207.

(7). O.C. v 2, p.338.

(8). O.R. p.642.

(9). Entrevista con Jean Daniel, "L'Express", 25.7.1963, p.9.

(10). O.R. pp.630-631.

(11). E. Mandel. "Loi de la valeur, calcul economique et planification socialiste", en "Les problèmes de la planification socialiste", París, EDI, 1968, p.123.

(12). O.C. v 2, p.328.

(13). O.C. v 2, p.273.

(14). Ernesto Che Guevara. "El plan y los hombres".

en el terreno de la política económica, que fueron formuladas en su célebre texto "El socialismo y el hombre en Cuba": «*Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés individual como palanca, etc.,) se puede llegar a un callejón sin salida... Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al hombre nuevo*"(10). Esto no significa en absoluto que las tesis económicas del Che respondan a un moralismo abstracto: por el contrario implican una visión realista y lúcida de la relación dialéctica entre medios y fines en el proceso histórico de la transición al socialismo. En esta dialéctica, ciertos medios no pueden conducir al fin. Como afirma Ernest Mandel, que intervino en el debate cubano con posiciones semejantes a las del Che, *"saturar toda la vida social de fenómenos de lucha por el enriquecimiento, de carreras hacia el éxito individual, ejerce efectos disolventes en la conciencia de clase y crea así obstáculos peligrosos en el camino al socialismo"*(11).

El otro tema central del debate fue la cuestión de la planificación: ciertos economistas cubanos, apoyados por Charles Bettelheim, afirmaron —siguiendo en este terreno la doctrina establecida por Stalin en "Los problemas económicos del socialismo en la URSS" y por el Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS— qué la ley del valor era una ley objetiva de la economía socialista. Sin negar la sobrevivencia durante todo un período de las categorías mercantiles y la ley del valor, el Che, apoyado por Mandel, insistía en la contradicción fundamental entre el principio planificador y la ley del valor, contradicción que debe ser resuelta progresivamente por la abolición de los vestigios de la sociedad mercantil. Concretamente esta posición plantea que, aunque pueden utilizarse, por ejemplo, elementos de la ley del valor con fines comparativos (costes, rentabilidad expresada en dinero como unidad de cuenta) los precios se establecerán «*con un desprecio manifiesto por la ley del valor... considerando siempre que toda una serie de artículos fundamentales para la vida humana deben ofrecerse a precios bajos*"(12). Más allá del debate técnico, lo que está en juego para el Che es el significado mismo del socialismo como dominio consciente de los seres humanos sobre su actividad productiva, alienada hasta entonces: para él, la planificación es «*el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista*»(13).



La posición crítica del Che hacia el principio de la autonomía financiera de las empresas y de los métodos de los *"estímulos individuales"* tenía también otra razón fundamental: su desconfianza hacia el poder burocrático de los administradores. El sistema de retribución en función del "beneficio" conseguido por la empresa facilita la constitución de una capa privilegiada de tecnócratas-burócratas industriales, que son los primeros beneficiarios de los "estímulos directos". Analizando las reformas económicas que se estaban realizando en Polonia, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, el Che se quejaba (como consta en las grabaciones de los debates con sus colaboradores del Ministerio de Industria) de que dieran al problema de la productividad «*una respuesta superficial, se vuelve a la teoría del mercado, se recurre de nuevo a la ley del valor, los estímulos materiales se refuerzan*». Pero lo que consideraba más negativo es que «*son los directores los que ganan cada vez más. Hay que fijarse en el último proyecto de la República Democrática Alemana: la importancia que asume en él la gestión del director, o mejor, la retribución de la gestión del director*»(14).

Los escritos económicos del Che y su práctica como Ministro de Industria en Cuba muestran una profunda sensibilidad igualitaria y antiburocrática. Pero le falta una visión coherente y concreta de la autogestión y de democracia socialista. No decimos, ni mucho menos, que sus argumentos en defensa de la planificación económica contra las categorías mercantiles sean falsos. Pero dejan en la sombra una cuestión política clave: ¿quién planifica? ¿Quién determina las prioridades de la producción y el consumo? Sin una verdadera democracia socialista —es decir, sin a) pluralismo político; b)discusión libre y democrática de las prioridades; c)elección libre de los trabajadores entre las diversas propuestas y plataformas alternativas; d)control directo de la población trabajadora sobre los responsables del plan— la planificación centralizada conduce inevitablemente a un sistema burocrático, autoritario e ineficaz de "dictadura sobre las necesidades".

En otros términos: los problemas económicos de la transición al socialismo son inseparables de la naturaleza del sistema político. La experiencia cubana en el curso de los últimos veinte años muestra, junto a las inne-



gables conquistas económicas y sociales logradas por la revolución, las consecuencias negativas de la ausencia de instituciones democráticas socialistas, aunque afortunadamente Cuba no sufra las aberraciones burocráticas y totalitarias de los otros Estados post-capitalistas.

La polémica del Che contra el fetichismo del mercado estaba completamente justificada. Además este es un debate que no ha perdido actualidad (ver por ejemplo la discusión entre Alec Nove, defensor del "socialismo de mercado" y Ernest Mandel)(15). Pero los argumentos del Che en favor de la planificación centralizada serían mucho más convincentes, si se hubieran situado en una problemática de control democrático de los trabajadores sobre las instancias planificadoras, a nivel local, regional y nacional. Pero sobre estas cuestiones —pese a su desconfianza evidente hacia el modelo soviético y su tendencia espontáneamente antiburocrática— las ideas del Che no estaban nada claras...

Sobre la guerra revolucionaria

Para los latinoamericanos, el Che era ante todo el teórico de la guerra revolucionaria, el gran pensador de la guerrilla rural. ¿Qué balance podemos hacer hoy de este aspecto de su herencia?. Ahora hace veinte años de la trágica derrota de la guerrilla boliviana, que fue seguida por el fracaso de muchos otros movimientos armados urbanos o rurales en todo el continente; pero también debemos recordar que la guerrilla ha desempeñado un papel importante en la revolución nicaragüense y continúa siendo uno de los ejes principales de la lucha popular revolucionaria en El Salvador...

En primer lugar, sería un error reducir el pensamiento del Che únicamente al tema del "foco" guerrillero: sus ideas sobre la revolución latinoamericana son mucho más profundas. Con su célebre fórmula de 1967, en el Mensaje a la Tricontinental, «*No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución*», el Che ayudó a toda una generación de revolucionarios a desprenderse del corsé stalinista de la "revolución por etapas". Y también, insistiendo en el papel contrarrevolucionario de las Fuerzas Armadas y la necesidad de que los revolucionarios rompan el aparato represivo del Estado burgués, el Che ha contribuído al surgimiento en el continente de una nueva generación de vanguardia combativa.

Sin embargo es verdad que encontramos en sus escritos sobre la experiencia histórica cubana sobre América Latina, y más aún en su trágica experiencia boliviana, una tendencia a reducir la revolución a la lucha armada, la lucha armada a la guerrilla rural y ésta al pequeño núcleo del "foco". Por supuesto, encontramos también en su obra párrafos que matizan esta concepción y plantean de forma más correcta la importancia de la lucha política de masas: «*El atentado y el terrorismo ejercitados en forma indiscriminada no deben emplearse. Muy preferible es el trabajo sobre grandes concentraciones de gente donde se puede inculcar la idea revolucionaria e ir haciéndola madu-*

(15). La polémica Mandel-Nove se publicó originalmente en la "New Left Review". Existe una edición francesa de uno de los textos de Mandel: "En defense de la planification socialiste", "Quatriéme Internationales", nº 25. septiembre 1987.

rar para que, en un momento dado, apoyadas por las fuerzas armadas puedan movilizarse y decidir la balanza hacia el lado de la revolución. Para ello, hay que contar también con organizaciones populares de obreros, profesionales y campesinos que vayan sembrando la semilla de la revolución entre sus respectivas masas, explicando, dando a leer las publicaciones de la rebeldía...»(16).

La tendencia al reduccionismo militarista acabó predominando en muchas organizaciones armadas de inspiración guevarista (o castrista). El resultado de su combate heróico, pero aislado de las masas del pueblo, contra el aparato represivo del Estado —que ha utilizado los métodos más modernos y más brutales en su guerra "anti-subversiva" (torturas, asesinatos, secuestros)— ha sido la derrota. Así han caído, además del Che, una serie de notables dirigentes revolucionarios, que aún hoy son figuras legendarias en América Latina: Camilo Torres, Luis de la Puente Uceda, Guillermo Lobatón, Yon Sosa, Turcios Lima, Fabricio Ojeda, Inti Peredo, Carlos Marighella, Carlos Lamarca, Roberto Santucho, Miguel Enríquez y muchos otros.

Por el contrario, la experiencia de los movimientos populares armados en América Central demuestra el papel de dirección revolucionaria efectiva de organizaciones de vanguardia (ampliamente inspiradas por el guevarismo y la experiencia cubana), cuando consiguen superar el "foquismo".

El desarrollo de la lucha revolucionaria en Nicaragua y en El Salvador no ha correspondido al modelo de los años 60: no se ha limitado a la columna de la guerrilla rural (o a los núcleos de guerrilla urbana), sino que ha tomado la forma de una dialéctica explosiva entre la ciudad y el campo, la lucha armada y las huelgas, la sublevación urbana de los barrios populares y la guerrilla rural, la movilización sindical de los trabajadores y la lucha de las comunidades campesinas. La victoria de los sandinistas tuvo lugar en una situación de crisis revolucionaria, a través de una serie de insurrecciones locales, masivamente apoyadas por la juventud y los pobres de los barrios urbanos populares.





Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo. De ahí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social. Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. *(El socialismo y el hombre en Cuba. 1965)*



Las diversas ;"latinoaméricas"

¿Se puede generalizar al conjunto de América Latina la actual experiencia centroamericana? En realidad, el continente latinoamericano no es un bloque homogéneo: podemos distinguir dos tipos de formaciones sociales bastante diferentes, a las que corresponden métodos de lucha específicos:

I. Los países semi-coloniales "clásicos", con predominio del sector agrario, productores de materias primas, directamente dominados por el imperialismo en íntima asociación con la oligarquía local: la Nicaragua de Somoza, El Salvador, Guatemala, Honduras, Haití, Paraguay, Ecuador, etc.

II. Los países semi-industrializados que siguen siendo dominados por el imperialismo, pero que han conocido un importante desarrollo industrial: México, Argentina, Brasil.

Entre estos dos tipos, hay diversas formaciones intermedias: Perú, Colombia, Bolivia, Venezuela, etc.(17).

Uno de los principales errores de los grupos guerrilleros de los años 60 y 70 fue precisamente ignorar estas diferencias y querer aplicar en todos los países del Cono Sur el modelo cubano de guerra revolucionaria (o más bien, la versión simplificada y unilateral de esta experiencia presentada por sus dirigentes).

En los países semi-industrializados, serán probablemente los métodos "clásicos" de la lucha proletaria, el eje principal de la lucha revolucionaria de los próximos años: construcción de un partido de los trabajadores con una base de masas en las ciudades y en el campo; lucha por la independencia política de las clases explotadas y oprimidas; constitución de la unidad obrera, campesina y popular; autoorganización de las masas en las fábricas, los latifundios, los barrios populares; movilización de las

El desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación, debe costar a los países socialistas. Lo decimos así, sin el menor ánimo de chantaje o de espectacularidad, ni para la búsqueda fácil de una aproximación mayor al conjunto de los pueblos afroasiáticos; es una convicción profunda. No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista. (Intervención en el Seminario Económico de Argel. Febrero del 65).

mujeres, de la juventud, de los indígenas en movimientos sociales autónomos; y, en situación de crisis, el armamento de los trabajadores, la huelga general, la insurrección.

Pero en todos los países de América Latina los revolucionarios deberán tomar en cuenta las ideas defendidas por el Che, que no han perdido nada de su actualidad: la dimensión continental e internacional de la lucha revolucionaria, la unidad íntima entre las tareas de liberación nacional y las tareas socialistas, la necesitad de tomar las armas para derrocar el poder de las clases dominantes y del imperialismo.

El guevarismo del Primer Mundo

La figura del Che se ha proyectado mucho más allá de los límites de América Latina e incluso del Tercer Mundo: durante los años 1967-1970 vimos que su retrato era levantado por muchedumbres de jóvenes en las gigantescas manifestaciones ante el Pentágono, en las barricadas de Mayo en París, en las universidades de Londres y las avenidas de Berlín. ¿Cómo puede explicarse este guevarismo, sorprendente a primera vista, de los sectores más radicalizados de la juventud de los años 60?.

Pues en primer lugar porque, tanto por su vida ejemplar como por sus escritos, el Che fue para ellos el símbolo radiante del internacionalismo, de su nuevo internacionalismo





(fascinado por el Tercer Mundo), que renacía de sus cenizas tras un largo eclipse historico. Jeannette Habel, dirigente de las Juventudes Comunistas Revolucionarias francesa de esta época, declaró en el Congreso de solidaridad con Vietnam que se desarrolló en Berlín en febrero de 1968: «*La juventud de Europa Occidental debe inspirarse en el ejemplo del Che, el revolucionario sin fronteras. Debemos defender al Che como una bandera... defender su concepción de un hombre nuevo, templado en la lucha antiimperialista, su concepción del hombre revolucionario, que es sensible al destino de todos los explotados y lucha, sin esperar ninguna retribución material por sus esfuerzos, oponiendo la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria*»(18). Encontramos posiciones análogas en Rudi Dutschke y otros dirigentes de la vanguardia radical del movimiento estudiantil europeo de estos años. Otro de los aspectos que atrajo a esta juventud radicalizada hacia el Che fue su visión del comunismo como una nueva sociedad y no como una versión estatizada de la sociedad capitalista moderna. El objetivo del comunismo no es 'alcanzar' a EEUU en el nivel de producción y consumo (el sueño de Kruschef), sino combatir por un modelo opuesto de civilización, un nuevo modelo social, cultural y moral. La influencia de este tema fue especialmente sensible en Francia, desde mucho antes de mayo de 1968. Ya en 1965, el sector de "Letras" de la Unión de Estudiantes Comunistas —que pronto rompería con esta organización para constituir la JCR— publicó por primera vez en Francia "El socialismo y el hombre en Cuba", con una introducción muy significativa, en la que se opone al "comunismo del gulash" propugnado por Kruschef, el comunismo del Che, concebido no como una "sociedad de super-consumo" planificada, sino como una sociedad radicalmente diferente, cuyos valores, motivaciones, trabajo, diversiones, no serán los de la sociedad burguesa.

No se trata de volver a los años 60. Pero cada nueva generación que se radicalice, que se rebele contra el orden establecido, que busque una alternativa al estado de cosas existente, encontrará en la figura del Che, en su mensaje moral y político, en su espíritu humanista y revolucionario, una fuente de inspiración inagotable e incorruptible.□

“

La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista (...) Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha (...)

(...)En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes. *(Mensaje a la Tricontinental. 1967).*

”

LOS CONFLICTOS DE BAJA INTENSIDAD

Deborah Barry

Por primera vez en su historia el gobierno de los Estados Unidos tiene un presupuesto militar para realizar los sueños más grandes del Imperio. En épocas previas existieron grandes diseños para lograr la superioridad militar mundial, basados en una visión muy similar a la que el equipo de Reagan ha traído al poder, pero nunca se contó con tantos recursos financieros(1). Además, muchos de los arquitectos del actual presupuesto son los mismos estrategas militares de la década de los cincuenta, que hoy día están firmemente atrincherados en el poder. Se trata de los integrantes del poco conocido organismo "Comité del Peligro actual", que incluye personajes como Paul Nitze, el negociador con la Unión Soviética; George Shultz, Secretario de Estado; William Casey, Director de la CIA; Fred Charles Ikle, Sub-Secretario de Defensa y Richard Stillwell, Sub-Secretario Adjunto para la Política de Defensa (Sanders, 1983).

La conjunción de estos dos hechos y sus implicaciones son enormes. Entre otras cosas, significa una revitalización de las Fuerzas Armadas norteamericanas y la producción sin precedentes de armamento bélico en tiempo de paz. Pero, como es bien sabido, esto toma forma en un mundo muy diferente y mucho más complejo que el período de referencia ideológica para los estrategas mencionados: la década de los cincuenta. Entre otras cosas, los mismos Estados Unidos han entrado en un período en donde su poderío mundial no se basa en las mismas condiciones estructurales de hace tres décadas: ni en el plano económico —cuando no enfrentaban competencia mundial significativa—, ni en lo militar. De igual manera no enfrentaban procesos de "desafío" —como hoy— en los países del Tercer Mundo y, sobre todo, no los percibían como de mucho peligro para su "seguridad".

Uno de los cambios principales en la visión estratégica de superioridad militar, es el resurgimiento de la estrategia de contención militar, como columna vertebral de la política exterior de los Estados Unidos, con un fuerte presupuesto y con la decisión política de implementarla. La contención militar de hoy supone el objetivo de revertir (rollback) el proceso de influencia de la Unión Soviética en todos los teatros de "competencia".

Con esta doctrina, la amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos no se limita a lo militar ni estriba en la expansión de la Unión Soviética en Europa Central y el Medio Oriente, sino que se plantea principalmente como una amenaza ideológica en todas partes del mundo(2). Según esta visión, la "seguridad nacional" supone que el mundo está dividido en dos modos de existencia contrapuestos —el modo occidental, "en libertad" y el modo comunista, "no libre"— que subordinan a las naciones dentro de sus órbitas de influencia. El primer mundo se refiere al "mundo y cultura occidental y cristiano" hegemonizado por los Estados Unidos.

El creciente nacionalismo y los cambios en los regímenes políticos en el Tercer Mundo que no son controlados por los mismos Estados Unidos, constituyen en su conjunto una amenaza a la hegemonía mundial de Norteamérica. Por encontrarse en el "espacio vital" de los Estados Unidos, son objeto de una nueva estrategia ofensiva diseñada específicamente para garantizar su permanencia dentro de la llamada "esfera de influencia de los Estados Unidos".

Desde que la Administración Reagan asumió el poder, el aparato ejecutivo de los Estados Unidos trabaja concienzudamente en la elaboración de planes y programas para la implementación de esta estrategia denominada Guerra de Baja Intensidad (GBI) en el Tercer Mundo. La envergadura de los cambios realizados en las Fuerzas Armadas estadounidenses y en las del Tercer Mundo, demuestran la importancia de esta tarea para los Estados Unidos.

El fenómeno es de reciente aplicación en Centroamérica y ha sido poco estudiado fuera de los altos círculos militares, tanto desde la perspectiva teórica como de su implementación. Basados en la revisión

NOTAS:

(1). Cifras sobre el presupuesto militar de los Estados Unidos.

a) Gastos Militares (en millones de dólares, en precios de 1980).

1976	**1977**	**1978**	**1979**
131.712	137.126	137.938	138.796
1980	**1981**	**1982**	**1983**
143.981	153.884	167.673	186.544

b) Gastos Militares (Porcentaje del PNB).

1976	**1977**	**1978**	**1979**
5.4	5.3	5.1	5.1
1980	**1981**	**1982**	**1983**
5.6	5.8	6.5	6.9

c) Estimaciones de los aumentos del volúmen de gastos militares (Aumentos anuales en porcentajes).

1979-1980	**1980-1981**
3.2	6.9
1981-1982	**1982-1983**
9.0	11.3

d) El presupuesto militar para el año fiscal 1986 marca el octavo año de crecimiento real en el gasto militar de los Estados Unidos. Esto constituye un desarrollo sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial.

Fuentes:

(a), (b) y (c) son del "World Armaments and Disarmament". SIPRI Yearbook 1984, (Stockholm International Peace Research Institute); (d) está basado en la información del anuario de SIPRI y las cifras del Time International, 11 de febrero, 1985.



crítica de un cúmulo de experiencias, desde la alemana en la segunda guerra mundial, la inglesa en Malaya, Kenia e Irlanda, la del gobierno filipino contra los Huk, los franceses en Argelia y especialmente la propia en Vietnam, (Pomeroy, 1967: cap. 9) los norteamericanos emprenden una ofensiva contrarrevolucionaria en el Tercer Mundo esperando haber superado los errores del pasado con una readecuación estratégica de su política. En los últimos cuatro años, Centroamérica ha sido transformada en la región por excelencia para la prueba integral de esta ofensiva basada en la contrainsurgencia activa y preventiva y el fomento de una contrarrevolución regional.

El impacto de la política hacia la región ha transformado ya las realidades de cada uno de los países del Istmo y ha incidido en una redefinición de las relaciones políticas, diplomáticas, socio-económicas y militares entre los países. Entre otras cosas, lo regional se concretiza en la reestructuración institucional de las Fuerzas Armadas y cuerpos de seguridad al adecuarlas para un doble papel: uno, hacia adentro, de carácter contra-insurgente activo o preventivo, según la presencia o no de una guerra, y el otro, con una función regional, derivado de su ubicación geográfica en el Istmo (en relación a Nicaragua y El Salvador), en combinación con la naturaleza del régimen de su propio país. Existe una cierta división de trabajo entre los países, los cuales en conjunto permiten el desarrollo del proyecto contrarrevolucionario de los Estados Unidos para la región. El país que ejemplifica más claramente esta política es Honduras.

Durante los últimos cinco años, se producen importantes transformaciones en las Fuerzas Armadas determinadas principalmente por la conflictiva situación de la región centroamericana —donde Honduras juega el papel significativo dentro de la estrategia estadounidense por el proyecto contrainsurgente que al interior del país desarrolla el instituto armado (INSEH, 1985:3).

Las modificaciones de las Fuerzas Armadas (además del incremento en material y equipo bélico, número de efectivos e infraestructura militar) llevadas a cabo durante una serie de maniobras militares norteamericanas continuas desde 1981 hasta 1985, incluyen la creación de nuevas unidades de combate y su especialización técnica en la contrainsurgencia moderna. En gran medida, este crecimiento de la infraestructura militar en Honduras ha sido orientado hacia Nicaragua. En concierto con la utilización del territorio hondureño como retaguardia estratégica para las fuerzas armadas contrarrevolucionarias nicaragüenses, ha transformado radicalmente las relaciones entre los dos países vecinos que hasta hace poco habían convivido relativamente sin conflictos fronterizos.(3)

Iniciamos con esto un estudio que pretende mostrar algunas de las motivaciones, premisas, características generales e instrumentos concretos de la llamada Guerra de Baja Intensidad. El desarrollo de la guerra en la región y las respuestas populares a las tácticas contrainsurgentes, no son objeto de este documento. Este trabajo solamente pretende entregar algunos elementos que puedan guiar el análisis de la militarización de Centroamérica.

¿Por qué los Estados Unidos recurren a la estrategia de GBI para el Tercer Mundo

Después de sufrir una derrota tan profunda e importante en un país de "interés relativamente periférico" —como fue el caso de Vietnam— los estrategas militares y civiles norteamericanos tuvieron que analizar a fondo sus errores, no solamente en cuanto a los problemas del despliegue militar, sino en relación con toda la concepción y percepción estratégica del conflicto. Según el Coronel Harry Summers, los análisis militares de la guerra del Sureste Asiático revelaron que:

Uno de los aspectos más frustrantes de la guerra de Vietnam, desde el punto de vista del ejército, es que, en relación a la logística y tácticas, nosotros fuimos exitosos en todo lo que intentamos hacer... En el campo de batalla el ejército era invencible... Sin embargo, al final el ejército de Vietnam del Norte y no los Estados Unidos, salió victorioso. ¿Cómo pudimos haber avanzado tan exitosamente y a la vez haber fallado

NOTAS:

(2). Las premisas de esta política se apartan de la diplomacia y la negociación y se acercan al militarismo y el rollback (que ubica todo movimiento bajo el rubro del conflicto Este-Oeste: tanto el "neutralismo" en Europa como el nacionalismo en Centroamérica y el fundamentalismo religioso en Oriente Medio). c.f.: Sanders, 1983. Estas premisas, además, implican el aumento y diversificación de la capacidad militar para una política agresiva antisoviética suponiendo un aumento sin techo en el gasto militar.

(3). Caso distinto es el de El Salvador, donde el conflicto armado más reciente, la guerra de 1969, dejó en enemistad las Fuerzas Armadas de Honduras y El Salvador. No obstante, según los planes norteamericanos, ambos ejércitos deberían reconciliarse para actuar en conjunto contra las fuerzas revolucionarias de la región. Por otra parte, el convertir al viejo ejército de cuartel salvadoreño en un modernizado ejército de campaña, con movilidad en todo el territorio nacional, ha significado el "uso" del territorio hondureño para operativos en conjunto con las mismas fuerzas armadas hondureñas.

(4). Hacemos referencia a la importancia de la participación religiosa para diferenciarla del caso de, por ejemplo, Vietnam, y tomando en cuenta que en previas revoluciones en América Latina la teología de la liberación no tenía un arraigo tan extenso.

(5). Ni aún después de la campaña antisandinista recién desatada por la Administración Reagan, ni por el efecto acumulado de proyectar a Nicaragua como una amenaza directa a la seguridad nacional de los Estados Unidos, se ha logrado transformar la opinión pública. En una encuesta del Washington Post, a finales de febrero de 1985, se demostró que el involucramiento de los Estados Unidos en el intento de derrocar al "gobierno izquierdista" en Nicaragua, tiene una oposición abrumadora en todo el país y entre todos los sectores de la población incluyendo a los que apoyan firmemente a Reagan. A la pregunta de que si los Estados Unidos deberían involucrarse en un intento de derrocar al gobierno de Nicaragua, las respuestas fueron: 18% a favor, 70% en contra y un 12% sin ninguna opinión. cf.: Evans, 1984:167-191.

(6). cf.: Heritage Foundation, 1985. El capítulo sobre la guerra de baja intensidad fue escrito por Richard Shultz y consiste en recomendaciones concretas para implementación inmediata (Págs. 264-270).

tan miserablemente?... Por lo menos una parte de la respuesta se encuentra en el hecho de que nosotros vimos a Vietnam en un contexto singular y no en un contexto estratégico. (Summers, 1981:1)

En su libro On Strategy ("Sobre Estrategia"), el Coronel Summers resume la guerra como una victoria táctica y una derrota estratégica para los Estados Unidos, entre otras cosas debido a:

1. Una confusión, de parte de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, entre la teoría de la guerra en sí, y el desarrollo y uso de los medios para la guerra. (Faltaba el vínculo en el pensamiento estratégico de cómo usar los medios militares para conseguir los fines políticos deseados).
2. En el campo de batalla existió una confusión entre los requerimientos administrativos para la preparación de la guerra y los requerimientos operativos para la guerra en sí.
3. El gobierno de Estados Unidos falló al no reunir el apoyo de la opinión pública a la política de guerra en Vietnam, antes de comprometer tropas.
4. Que en los conflictos de los países amigos cuyos gobiernos emprenden una guerra contrainsurgente, existen limitantes inherentes a lo que fuerzas externas a la sociedad misma pueden lograr. Estados Unidos descubrió que la tarea contra-insurgente tiene que ser realizada principalmente por las fuerzas locales.

En gran medida, las reflexiones fueron producto de una revisión del pensamiento y la experiencia militar norteamericana durante los años de post-guerra y, en particular, de los análisis exhaustivos de las guerras de Vietnam, Camboya y Laos. Según Summers y otros militares, tal revisión condujo al "redescubrimiento" del gran teórico militar, Clausewitz e incluso a las reflexiones de Lenin sobre Clausewitz (Ibid). Si bien admitieron que habían perdido de vista el axioma clásico de Clausewitz —"la guerra es la continuación de la política por otros medios"— ahora quedaba el reto de redefinir exactamente qué papel debería jugar lo militar en este tipo de guerra no-convencional.

Para los estrategas civiles se planteó la necesidad de un proceso de estudio y reflexión similar, que otorgó más peso a las causas internas de los conflictos en el Tercer Mundo, trasladando el enfoque del problema de lo militar a lo socio-económico.

Existe cierta divergencia en los estudios sobre la validez de dar mayor o menor énfasis a los llamados "factores internos" —como la desigualdad socio-económica, la existencia de extrema pobreza, la falta de reformas y la corrupción gubernamental— como causantes de las guerras insurgentes. Sin embargo, la conclusión principal es que los analistas han subestimado el papel de las fuerzas externas en estos conflictos, y de allí viene el énfasis actual en los estudios sobre las intenciones y la política exterior de la Unión Soviética.

Mientras los factores internos y regionales permanecen como causas de largo plazo de los conflictos, el papel de las fuerzas externas en facilitarlos ha crecido a tal grado de importancia que deberían ser entendidos en el sentido causal. (Shultz, 1983).

Esta misma explicación del problema en el Tercer Mundo volverá a aparecer como justificación de la política de Reagan para Centroamérica en el conocido "Informe Kissinger". Según éste las causas internas de las revoluciones —o las "revoluciones internas"— son prácticamente relegadas como insignificantes frente al hecho más importante: el avance del conflicto Este-Oeste. Si una revolución interna busca soberanía, un mayor grado de autodeterminación y no-alineamiento ello, a la vez, significa cuestionar la hegemonía norteamericana y forma parte del plan de expansionismo soviético. (Ibid.)

Para la política exterior de los Estados Unidos, los movimientos revolucionarios en Centroamérica han significado un desafío aún mayor que va mucho más allá del simple hecho de su ubicación geográfica espacial. Las fuerzas revolucionarias en la región demuestran que han logrado mayor madurez y avances estratégicos en la conducción de sus luchas. El éxito de la Revolución Sandinista rompió con los esquemas del mundo bi-polar que la Administración Reagan intenta proyectar, especialmente para el Tercer Mundo, y constituye un reto de los viejos esquemas reformistas norteamericanos, exigiendo respuestas más atractivas que los programas tipo "Alianza para el Progreso".

Los Sandinistas lograron fortalecer su movimiento con una coalición amplia de apoyo con bases pluralistas en el país. El apoyo a nivel internacional, especialmente entre las fuerzas políticas "de centro" en Europa y de los países no-alineados (un fenómeno relativamente nuevo) ha sido sumamente importante para la sobrevivencia de la revolución, obstaculizando los intentos norteamericanos de aislarla.

La participación de los sectores religiosos en las luchas de liberación de Centroamérica —otro factor nuevo— ha significado su mayor fortalecimiento interno con la creciente masificación de los movimientos. También, entre otras cosas, por tratarse de reli-

giones occidentales (católica y protestante) han abierto la posibilidad de que sectores religiosos de los Estados Unidos y Europa puedan entender e identificarse con los procesos internos en Centroamérica.(4)

Frente a la rígida y estrecha visión del mundo, recargada ideológicamente, que va forjando la Administración Reagan, el gobierno de Nicaragua y los movimientos revolucionarios de Centroamérica proponen una alternativa que rescata los valores nacionalistas de los países dependientes, amplían la definición del pluralismo político al mantener una política exterior e interna que permite relaciones con todo el espectro de las fuerzas políticas, profundizan el concepto de los derechos humanos con el trato de sus prisioneros de guerra y hasta la abolición de la pena de muerte, etc. En fin, la imagen que proyecta la Revolución Sandinista es ejemplar, dificultando a los Estados Unidos justificar una política de intervención directa como en el pasado.

Otra razón que incita a los Estados Unidos a recurrir a la estrategia de la Guerra de Baja Intensidad para el Tercer Mundo radica en la creciente oposición que se registra en la opinión pública mundial hacia políticas intervencionistas de alto perfil para resolver los conflictos armados.

La opinión pública norteamericana en particular es de singular importancia para el gobierno estadounidense. La perseverancia de la opinión doméstica en contra de las formas de intervención directa en el Tercer Mundo se ha demostrado ya como una oposición no dispuesta a soportar otra guerra "estilo Vietnam", aumentando así los costos de la alternativa intervencionista tradicional. La oposición política es mucho más amplia; no sólo abarca los sectores progresistas y ahora una vasta parte del sector religioso, sino que también está vigente dentro de la misma burocracia estatal y aún en las fuerzas armadas. (Barry y Sol, 1984:20).

Posiblemente la razón de mayor peso es el hecho de que la intervención directa de tropas militares norteamericanas y el empleo escalonado de tecnología bélica sofisticada, no garantizan una victoria política ni militar sobre las guerras de liberación. Por razones intrínsecas a estas guerras, tal respuesta sería inadecuada y plantearía la posibilidad de un fracaso insoportable para la moral y la imagen propia de los Estados Unidos.(5)

La reactivación del interés en la contrainsurgencia ha incitado también al estudio de los grandes teóricos de los movimientos revolucionarios, tales como Mao Tse-Tung, Giap, Guevara, Marighella y recientemente surge un marcado interés en los sandinistas y el FMLN. Ahora, a la luz de su experiencia en el Sureste Asiático, los norteamericanos están en la búsqueda de una respuesta adecuada a la naturaleza de la lucha "insurgente". Sobre la base de estos estudios se remonta la revisión y la reflexión sobre experiencias contra-insurgentes acumuladas en la historia moderna, partiendo de las experiencias de Asia y Africa, de los autores ingleses como Sir Robert Thompson y Frank Kitson hasta los mismos norteamericanos como Blaufarb, Luttwak y Shultz. Este último ha tenido una marcada influencia en la crítica a la manera en que las fuerzas armadas norteamericanas han conducido las guerras no-convencionales, llegando al nivel de hacer propuestas concretas a la administración Reagan de una nueva alternativa orientada hacia el Tercer Mundo.

La preocupación del gobierno sobre este tema se revela en los esfuerzos realizados desde los años 70, para evaluar y criticar su propia actuación en el Tercer Mundo. Su intención de adaptar la visión doctrinaria y las estructuras organizativas de las fuerzas armadas para combatir mejor las guerras revolucionarias en el Tercer Mundo, también indica la seriedad y la perspectiva de largo plazo con que las estructuras de poder de los Estados Unidos están tratando de proteger sus intereses. Tal reforma institucional implica que el gobierno estadounidense contempla un cambio en la naturaleza de su relación con los gobiernos y las fuerzas armadas de los países del Tercer Mundo.



El carácter de la GBI

Clave en la caracterización de la Guerra de Baja Intensidad, es que el desarrollo de su concepción e implementación debería ser un proceso altamente interrelacionado. Es un requerimiento imprescindible según las críticas a la experiencia contra-insurgente previa(6). De acuerdo con los expertos, la coordinación con los gobiernos de los "países clientes", y el esfuerzo requerido por parte de todo el aparato civil y militar estadounidense, tanto dentro del país en conflicto como en Washington, es clave para el éxito de este tipo de guerra (Blaufarb, Sarkesian, Shultz).

Sus componentes principales incluyen el mantenimiento y abastecimiento para las operaciones militares de un gobierno contra-insurgente o de "insurgencias" contrarrevolucionarias, operaciones de rescate y asistencia militar en condiciones de conflicto, pero no para los enfrentamientos prolongados de fuerzas regulares. Incluye, además la implementación de acciones encubiertas y planes de desestabilización económica, política y militar.

Esto se evidencia claramente en la aplicación de la estrategia en Centroamérica, donde la guerra se desarrolla en tres planos simultáneamente y de una manera articulada; uno, en Centroamérica con sus instituciones político-militares; dos, dentro de las instituciones político-militares, en los Estados Unidos y tres, hacia la opinión pública de la región en guerra y, en particular, la opinión doméstica estadounidense.

Si se quiere, los anteriores planos se presentan como los tres frentes principales de la guerra. En cada uno se puede verificar cómo, la misma implementación de políticas y medidas contrainsurgentes responden y retroalimentan una concepción de la guerra altamente dinámica y que, sin perder de vista el marco ideológico central, va adquiriendo mayor capacidad de responder a las especificidades de los conflictos en Centroamérica.

En el fondo, las fuerzas contrainsurgentes operan desde una premisa

de descubrir la lógica de la lucha enemiga, descifrar y aprender sus tácticas para aplicarlas en defensa de los propios intereses, y destruir al adversario en su propio campo y con sus mismas armas políticas. Como comenta Frank Kitson, estratega británico:

«*Es posible que el enemigo emplee una combinación de medidas políticas económicas, sicológicas y militares; entonces el gobierno tendrá que hacer igual para derrotarlo. (cf.: Summers, 1981 y Luttwak, 1983)*».

Antes de hablar sobre los tres frentes de la GBI ahondaremos en sus otras características generales. El término de baja-intensidad se deriva del lenguaje empleado para distinguir las denominadas guerras convencionales de los conflictos que involucran la represión de "movimientos subversivos y gobiernos revolucionarios". Es por el relativamente menor volúmen de fuego empleado y por la poca magnitud de las fuerzas desplegadas en ellos que se denomina así a las guerras de contra-insurgencia. También las formas de agresión tienen un perfil mucho más bajo que en las guerras tradicionales.

Como línea general, las fuerzas contrainsurgentes deberían manejar la guerra sin provocar la necesidad de grandes incrementos en el nivel tecnológico de los medios de combate (esto es, el aumento de volúmen de fuego, o el empleo masivo de medios bélicos sofisticados). La rápida escalada bélica, con una pronta y numerosa participación de tropas norteamericanas, puede perjudicar el desarrollo "natural" de la guerra. La GBI replantea cómo lograr el objetivo estratégico de la guerra; no busca la eliminación física del enemigo por medios militares sino, más bien, deslegitimarlo, aislarlo y sofocarlo, a tal grado que los insurgentes y los gobiernos revolucionarios dejen de considerarse como una alternativa política posible o estable. El ganar o perder la guerra se mide en el plano político, al cual queda subordinado el elemento militar.

La superioridad militar en el combate, como garantía de la victoria, tal como sucede en la guerra convencional, no es aplicable en los conflictos de baja-intensidad. Se parte del principio que la GBI es una guerra principalmente política e ideológica, lo cual significa que la victoria se obtiene básicamente alterando las variables políticas, hasta que el enemigo se vuelve ineficaz. (Kitson, 1971:7). La invasión directa de tropas y el uso de la fuerza militar de gran escala se reserva para una supuesta y eventual toma del territorio de fuerzas enemigas incapaces de presentar una resistencia significativa. Mientras, los lentos preparativos y la constante amenaza de una invasión sirven como parte de la misma lógica de la GBI, en el plano de la guerra sicológica, y simultáneamente obligan a las fuerzas revolucionarias a mantenerse siempre en tensión para tal eventualidad contribuyendo así a su desgaste.

Al sustituir la fuerza militar como factor principal, se opta por una visión de guerra integral que revaloriza igual los planos político-ideológicos, socioeconómicos, sicológicos y militares y se le conduce en todos los planos simultáneamente, tanto dentro del país en guerra como en Washington. (Luttwak, 1983:16).

Traducido en los términos de una doctrina militar, entonces, la adopción de la GBI significa que las fuerzas contra-insurgentes (en el sentido genérico) deberían tomar la ofensiva estratégica cuando conduce directamente al objetivo político. Cuando no, es subsidiario y su valor es táctico y no estratégico. La ofensiva estratégica también significa tomar y mantener la iniciativa en la guerra. La defensa táctica básicamente orienta las acciones hacia la destrucción paulatina de las fuerzas del enemigo (en todos los campos) hasta que se le obliga a renunciar a sus intenciones (la resistencia es una forma de defensa táctica).

"Uno de los propósitos de la defensiva", según Clausewitz, "es mantenerse firme hasta que las condiciones políticas mejoran" (en Summers, 1981:67 y 69). Esto implica que, al contrario de la lógica de la guerra convencional aplicada a un país militarmente mucho más débil que los Estados Unidos, donde se pronosticaría una "victoria rápida", el marco temporal de la guerra se alarga mucho, mientras se amplían, reorientan y reorganizan las fuerzas contra-insurgentes y contra-revolucionarias para asumir su nuevo rol. Y como no se concibe la victoria sino en términos de la ventaja política contra-insurgente, los avances en la guerra se medirían en otro plano y no sólo en lo relacionado al accionar militar. Los indicadores tradicionales para medir las batallas quedarían obsoletos, siendo reemplazados con la necesidad del análisis multidimensional.

Los tres frentes de la GBI

La guerra en el terreno

Retornando a la cuestión de los tres frentes de la guerra, observamos lo que implica la aplicación de esta estrategia en los países de Centroamérica. La meta concreta de la guerra es disputar las masas a la guerrilla. Para las fuerzas armadas contrainsurgentes esto significa, como hemos men-

(7). El análisis sobre el papel de los refugiados dentro de la guerra está sintetizado de varias fuentes, entre ellas: el Manual del ejército de los Estados Unidos sobre la GBI (Manual FMOO-20) y Shultz y Hunts, s.f.

cionado de manera general, incorporar la lógica de la guerra irregular dentro de su estrategia y sus estructuras militares, y:

- reducir el tamaño de sus unidades,
- reorganizarlas internamente,
- incrementar su capacidad de movilización en el terreno,
- inculcar en las tropas una mayor sensibilidad socio-política hacia la población civil,
- lograr mayor inserción en la vida social y comunitaria de los pueblos,
- incrementar el adoctrinamiento ideológico de la tropa,
- adquirir una capacidad de conducir programas de contenido no militares con la participación de la población civil (tales como acción cívica, ayuda humanitaria y médica, etc.),
- prepararla para relacionarse adecuadamente con los medios de comunicación,
- facilitado por lo anterior, redefinir los sistemas de inteligencia sobre la guerrilla y la población civil, y
- reorientar y aumentar el papel de las fuerzas de seguridad (policía).

Otro elemento de la GBI consiste en la reconceptualización del papel de los refugiados para que logren ser insertados dentro de la lógica contra-insurgente(7). La población afectada por la guerra, ya sea la desplazada dentro del mismo país en conflicto, como en el caso de El Salvador, o la que se vea forzada a asentarse fuera de las fronteras en agrupaciones "controlables" (mejor ejemplificado con Guatemala), juegan un papel clave en la batalla de quitarle esta población como base social a los movimientos guerrilleros. Existe una necesidad de provocar el surgimiento de refugiados, quienes después serán reubicados geográficamente por las fuerzas gubernamentales para que funcionen como cordones estratégicos en el terreno. Los programas diseñados especialmente para esta población consisten en la implementación de reformas locales, acompañadas de una guerra sicológica intensa para neutralizarla como base de apoyo a la guerrilla, y en el mejor caso, "ganarla" a largo plazo. (en Summers, 1981:67 y 69).

En el ámbito de la política nacional del país en conflicto, el gobierno contrainsurgente tendría que ampliar las fuerzas sociales involucradas en la guerra para incluir la participación de agentes no propiamente militares. Los distintos cuerpos de policía asumen una importancia primordial en las áreas urbanas, el papel de las autoridades civiles locales se vuelve clave en las provincias, los grupos religiosos cobran un significado especial en el plano de la lucha ideológica y comienzan a aparecer más oficinas, direcciones y expertos en los medios de comunicación y relaciones públicas. Junto con apoyo especializado proveniente de las agencias oficiales norteamericanas y de las organizaciones internacionales afines a los propósitos políticos, se lanza esta ofensiva orientada a contrarrestar el apoyo civil a las fuerzas revolucionarias.



La política estadounidense para El Salvador ilustra claramente la implementación de esta estrategia contrainsurgente en su forma más avanzada con el gobierno demócrata-cristiano de Napoleón Duarte, mientras en Costa Rica cobra la forma de una política preventiva hacia el interior del país, y contra-revolucionaria en su política exterior anti-sandinista. Claro es, que al incluir estas dimensiones dentro del ámbito de la guerra de manera consciente y activa, y en función de cambiar la actitud, convicción y hasta lealtad de la población civil, implica que la guerra contra-insurgente está pensada en término de largo plazo.

La participación de las fuerzas militares norteamericanas será principalmente con las Fuerzas Especiales, y no las tropas regulares de la guerra convencional. Altamente preparadas para tener una inserción de mucho más bajo perfil, las Fuerzas Especiales desempeñarían funciones de entrenamiento y, cuando fuera necesario, de combate directo, además de trabajar en las áreas de logística e inteligencia. Ya hemos mencionado que el nivel tecnológico de los medios de combate no debería aumentar rápidamente. Puesto que la mayor parte de las tropas de combate deberían ser locales —el ritmo de escalamiento del poder de fuego y de sofisticación del equipo bélico debe estar de acuerdo con la capacidad local para absorberlo y dominarlo— se evade así la necesidad de introducir cada vez más recursos humanos norteamericanos, o correr el riesgo de que, a mayor sofisticación del armamento (ejemplo: la aviación), menor capacidad de ejercer una represión selectiva (cf: Kitson, 1971). Por el contrario, en las áreas de logística y de inteligencia, el apoyo norteamericano puede ser mucho más directo, sin que esto presente una imagen "intervencionista".

A diferencia de lo que ha pasado en las guerras contra-insurgentes pasadas, debería participar también toda la representación oficial del gobierno de los Estados Unidos dentro del país en conflicto, pero coordinada con las Fuerzas Armadas, o sea con las Fuerzas Especiales. La referencia a "toda la representación oficial" incorpora desde la Embajada, los programas de la AID (Agencia Internacional para el Desarrollo), USIA (Agencia

Estadounidense de Información) hasta la CIA (Central de Inteligencia Americana). No obstante, lograr esta coordinación en Washington y en el terreno de la guerra es un problema de mucha más importancia de lo que aparenta, derivándose, en principio, de diferencias institucionales sobre la concepción de la guerra y rivalidades interagenciales.

El frente de guerra en las instituciones estadounidenses

Desde la perspectiva del gobierno de los Estados Unidos, adoptar la GBI como la forma principal de lucha en el Tercer Mundo, significa implementar una readecuación o reforma institucional de gran envergadura, especialmente dentro de las instituciones militares(8). A la vez, como la guerra adopta una forma integral, el aparato civil de la política exterior tiene que estar más articulado con las instituciones militares. Este cambio no resulta una tarea fácil dada la misma historia del desarrollo institucional norteamericano, la creciente complejidad de la burocracia del ejecutivo, y la orientación hacia la alta tecnología por parte de la industria y burocracia militar.

Por ambas razones —doctrinarias y organizativas— la guerra revolucionaria tiene una lógica que contradice la de los militares estadounidenses. El problema doctrinario es que en la institución militar siempre ha existido la convicción de que los asuntos militares son y deberían ser tratados como algo separado de lo político. El problema organizativo es que la institución militar estadounidense es una institución de grandes unidades y de alta tecnología. Las guerras contra-insurgentes, sin embargo, casi siempre requieren unidades pequeñas y tecnología más o menos simple. (Evans, 1984:187).

La segunda administración Reagan ha definido con mayor precisión sus propuestas para implementar la conducción de la GBI desde Washington. Aunque estas reformas requieran más tiempo que un período presidencial para su implementación, se están dando pasos importantes en este sentido, comenzando con una readecuación institucional. El debate, sin embargo, no ha concluido, ni existe todavía un consenso global en los círculos de poder sobre la prioridad y las formas de conducir la guerra.

Un primer paso ha consistido en la reactivación y desarrollo de las denominadas Fuerzas de Operación Especiales: unidades militares independientes que fueron prácticamente desmontadas al término de la guerra del Sudeste Asiático. Los nuevos contingentes tendrán por función central actuar contra los planteamientos de liberación en el Tercer Mundo. Como fuerzas élites, con entrenamiento muy especializado, forman parte del ejército, las fuerzas navales y de la fuerza aéres, como comandos. Desde el inicio de la primera administración de Reagan están experimentando una expansión sin precedentes en tiempos de paz.

Globalmente ha habido un aumento de tropas: 30% desde el año de 1981 hasta 1985. Hay proyecciones de aumentarlas en 80% más para el año 1990. En términos de aumento presupuestario para financiar su crecimiento, desde 1980 hasta el presente ha significado un aumento de 150% (Pastore, 1984:8). Dado que esta forma de participación directa de las fuerzas militares requiere menos hombres que la forma intervencionista tradicional, revela la importancia que han cobrado los conflictos en el Tercer Mundo.

El entrenamiento de las Fuerzas Especiales es precisamente para participar en "la guerra de guerrilla", acciones encubiertas y actividades "contraterroristas". Hasta ahora la manera técnica de insertarse en el Tercer Mundo ha sido a través de los llamados "Equipos de Entrenamiento Militar" (EEM). En la actualidad constituyen 25-30% de todos los EEM entrenando a los ejércitos locales en Centro y Latino América, Africa, Medio Oriente, Asia y Europa. Como una demostración de su importancia se puede anotar que los EEM han aumentado 400% desde 1980 (Ibid:9). Estos comandos en tres servicios de las Fuerzas Armadas estadounidenses cubren las "especialidades" siguientes: a)Boinas verdes, expertos en asuntos cívicos, especialistas en operaciones sicológicas, unidades de alto-secreto para el antiterrorismo, "cazadores nocturnos" y Rangers, los cuales pertenecen al ejército (se proyecta tener 6.000 hombres para 1985); b) De las fuerzas navales salen las tropas del Mar-Aire-Tierra o los llamados SEALS, descendientes de los famosos "hombres-ranas" de la segunda guerra mundial (1.400 hombres); c) Los comandos de las fuerzas aéreas son principalmente pilotos (tienen 4.400 hombres incluyendo a las reservas) (Ibid).

Como hemos mencionado antes, las Fuerzas Especiales constituirían la forma principal de la participación militar norteamericana en las guerras de baja intensidad. Supuestamente esto implica tres "avances" para el gobierno de los Estados Unidos: 1) estas fuerzas deberían ser más efectivas debido a su entrenamiento especial para la contra-insurgencia; 2) su presencia en las guerras de liberación o contra gobiernos revolucionarios tendría un perfil público bajo, evadien-

(8). El desafío que los Estados Unidos encuentra en el Tercer Mundo no es, por supuesto, el único que estimula la necesidad de la reforma, sino más bien surge del replanteamiento global de la guerra nuclear, y el rearmamentismo convencional y no-convencional más los cambios que implican una creciente sofisticación del armamento nuclear en el espacio. Ver la discusión en **The New York Times y Washington Post,** *entre mayo y julio de 1984, y Halliday, 1983.*

(9). Aumento medido en términos de días-hombres de trabajo.

(10). Realmente el problema más profundo gira en torno al debate sobre las formas organizativas e institucionales necesarias para poder responder al tipo de guerra de guerrillas, o a la que llama Luttwak guerra de **"relational maneuver"** vs. La guerra de desgaste, cf.: Luttwak, 1983.

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

Democracia, revolución, socialismo

(Agenda para un debate)

La marcha de la revolución política

Cada vez más, la democracia se convierte en uno de los terrenos más sensitivos de la lucha política e ideológica entre el capitalismo y el socialismo. Históricamente, el imperialismo norteamericano y las clases gobernantes latinoamericanas respondían a las crisis económicas y políticas imponiendo dictaduras civiles o militares. Así fue durante la depresión de los años 30, lo mismo en las décadas posteriores a la Revolución Cubana (1960-1970), en que tres cuartas partes de los habitantes de América Latina vivían bajo regímenes dictatoriales. Hoy en día los Estados Unidos y sus aliados burgueses en Latinoamérica están recurriendo de nuevo a mostrar la cara de la democracia representativa a fin de recuperarse del desgaste producido por las formas dictatoriales utilizadas en el pasado. Esta estrategia imperialista arrecia con la toma del poder por el sandinismo en Nicaragua, y a medida que avanza el cuestionamiento de las masas en toda América. En vez de imponer o sostener dictaduras militares como respuesta a la profundización económica y política de la crisis, los Estados Unidos prefieren abandonar e incluso dar de baja a sus dictadores; Argentina, Brasil, Uruguay y Perú, muestran el primer paso, la salida de Duvalier en Haití y de Marcos en Filipinas ilustran el segundo.

Los Estados Unidos están obligados a anticiparse ideológica y políticamente al desencadenamiento revolucionario de los hechos, ya que son pocos los paliativos económicos que pueden ofrecer a la crisis económica que está devastando a la mayor parte del tercer mundo. Más aún, dado el déficit fiscal galopante norteamericano, aquellos días en que se podían destinar billones de dólares en ayuda económica quedan cada vez más en el recuerdo. Ya pasaron también los tiempos en que las multinacionales norteamericanas y los bancos corrían hacia América Latina y El Caribe con decenas de billones de dólares para las nuevas inversiones y préstamos. Los Estados Unidos pueden ofrecer muy poca asistencia económica, limitándose a programas de austeridad y préstamos condicionados a gobiernos pro-norteamericanos como los de Honduras, El Salvador y Costa Rica(1).

En esta guerra ideológica y política, el esfuerzo fundamental norteamericano es la promoción de procesos electorales democráticos controlados y la restructuración de gobiernos para darles una fachada reformista. Centroamérica es la muestra piloto de este proyecto. En esta región, los Estados Unidos están financiando directamente las elecciones, canalizando torrentes de fondos hacia las arcas de sus políticos favoritos y colocando asesores norteamericanos en ministerios claves para modernizar y reformar la burocracia estatal. Una parte fundamental de esta escaramuza democrática "made in USA" es la campaña para penetrar y controlar instituciones de la sociedad civil, sean sindicatos, partidos políticos, gremios de prensa o instituciones académicas y profesionales(2). Expertos en relaciones públicas y especialistas en operaciones psicológicas trabajan con los gobiernos locales, periódicos y estaciones de televisión para manipular la opinión pública. En las ondas internacionales de comunicación, los Estados Unidos utilizan la Voz de los Estados Unidos de Norteamérica, Radio Martí (dirigida hacia El Caribe), e incluso emisoras locales, para transmitir sus mensajes pro-norteamericanos y anticomunistas.

Este es el programa descrito por la Comisión Kissinger en su informe sobre la situación en Centroamérica en 1984. El informe instaba a la modernización de los Estados centroamericanos y a la creación de sociedades permeadas de valores norteamericanos. Este documento es uno de los aportes más valiosos en la carrera de Kissinger como defensor del imperio. Logró mezclar el viejo programa liberal, consistente en desarrollar el Estado-nación en el tercer mundo, con la ardiente cruzada anticomunista de los conservadores(3).

Aquí está el desafío principal que la izquierda debe afrontar si pretende ganar la guerra contra el imperialismo norteamericano. Ya no será suficiente denunciar a los gobiernos dictatoriales y organizar movimientos guerrilleros para combatirlos. Cada vez habrá menos situaciones maniqueas como las dictaduras de Batista, Somoza o Duvalier.

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

Para poder enfrentar el desafío del imperialismo norteamericano, la izquierda tendrá que impulsar, junto a las otras formas de lucha, la bandera de la democracia como nunca antes lo ha hecho.

Un punto de partida para desarrollar un nuevo proyecto democrático revolucionario es el reconocimiento que la lucha revolucionaria en sí misma es una fuerza explosiva, democratizante, independientemente que sea orientada por reformistas o socialistas. Los movimientos de masas que nacen en estas luchas son innatamente participativos, las masas sienten que su presencia en un movimiento en particular puede definirlo y que ellas pueden cambiar la realidad. Esta es la democracia participativa en su forma y aspecto fundamental. En este proceso, el individuo se identifica con las masas absorbiendo de esta manera dos tendencias opuestas de la sociedad contemporánea.

Más aún, las masas en los procesos revolucionarios se están rebelando contra la alienación, el imdividualismo, el aislamiento y la atomización. Están casi instintivamente demandando lo contrario: fraternidad, igualdad, solidaridad y democracia. Esta dinámica básica estuvo presente en las luchas políticas y sociales de los años 60 en los Estados Unidos, en los acontecimientos estudiantiles y de masas del mayo francés en el 68 y también estuvo presente en Nicaragua en 1978-1979.

La batalla ideológica por la democracia

El papel de la democracia como bandera de lucha junto al resto de banderas revolucionarias, marca un giro sustancial en la forma como han competido en el pasado los movimientos revolucionarios y el imperialismo por alcanzar legitimidad ante las masas. Por varias décadas, las dos fuerzas se enfrentaron solamente en aspectos de índole económica. La izquierda pregonaba y reclamaba que sólo el socialismo podía cubrir las necesidades de las masas para aliviar el hambre, el subempleo y los problemas generales del subdesarrollo. El capitalismo respondía señalando que era el sistema más eficiente en la historia de la humanidad y, que en la medida en que el tiempo pasara, la riqueza se desbordaría beneficiando a todo el mundo. Cada sistema ha logrado éxitos en esta competencia. El capitalismo ha creado una maquinaria económica formidable no sólo en países capitalistas avanzados, sino también en muchos países del tercer mundo como Brasil y Argentina. Países socialistas como Cuba han demostrado que a pesar de no ser una potencia en aplicaciones tecnológicas ni en fuerzas productivas como el capitalismo, pueden alimentar, proveer de techo y vestuario a su pueblo de una manera más igualitaria.

Estos temas económicos van a continuar siendo importantes en las luchas revolucionarias, particularmente en los países en vías de desarrollo. Sin embargo, la crisis económica global que afecta tanto a las sociedades revolucionarias como a las capitalistas en el tercer mundo, obliga a ambos sistemas a tomar en consideración los asuntos políticos e ideológicos a fin de legitimar sus posiciones ante las masas.

En la medida en que la crisis se acentúa en América Latina y El Caribe, se profundiza la campaña de Estados Unidos para sostener su hegemonía política e ideológica. Esto no quiere decir que las cosas serán sencillas para el imperialismo norteamericano, quien acusa muchas debilidades en la lucha por la bandera de la democracia. Las condiciones de inestabilidad por las que atraviesan muchas de las democracias formales de América Latina en la medida en que la crisis económica se agudiza, el apoyo histórico de la administración norteamericana a las dictaduras, y su obsesión por prevenir el acceso al poder de cualquier gobierno que esté abierto a las alianzas con la izquierda y partidos políticos comunistas, son los factores que dificultan a los Estados Unidos la apropiación de la bandera de la democracia sin aparecer oportunistas e hipócritas.

Sin embargo, la izquierda también tiene un pasado poco claro cuando se trata de erigir la bandera de la democracia; por años, ha ignorado olímpicamente el asunto de la democracia política. Tanto en los Estados Unidos como en América Latina, ha irrespetado la democracia, mientras paradójicamente desarrolla un programa concreto que promueve su progreso. El control burgués sobre las instituciones democráticas existentes en los países capitalistas, es de hecho la razón central por la cual la izquierda se ha excluído de la discusión sobre la democracia. Esta, no obstante, es una bandera revolucionaria, una bandera que tiene impacto en las masas.

Por lo tanto, es imperativo encontrar formas para desarrollarla en los Estados Unidos y América Latina, a fin de entregarla al patrimonio revolucionario.

Hay razones históricas que explican porqué los marxistas han encontrado difícil esgrimir la bandera de la democracia. En primer lugar, encontramos un gran prejuicio doctrinario por la democracia, nacido del comportamiento farsante y cínico con que la burguesía ha manejado este tema; en segundo lugar y ligado al primero, el socialismo ha centrado el alma de su doctrina en los aspectos económicos, y en este caso no ha reconocido más democracia que la material, permitiendo que la derecha usufructúe sus aspectos políticos, sociales y culturales. La mayoría de los países socialistas —estén en Europa del Este o en el tercer mundo— no han sido democracias políticas o culturales ideales. Puede existir democracia participativa a nivel de las bases en las sociedades socialistas, pero muchos partidos comunistas tienden a ser, como ellos mismos lo señalan en sus repetidas autocríticas, autoritarios, burocráticamente verticalistas y sesgan con facilidad su comportamiento de manera elitista.

Otro factor causante de las limitaciones democráticas en el socialismo ha sido el enfoque reduccionista del marxismo-leninismo, por un lado, y las circunstancias históricas en que nació el socialismo, por otro.

La vigencia del reduccionismo económico en las sociedades en transición plantearía la prioridad del desarrollo de las fuerzas productivas, incluso por encima de la voluntariedad del campesinado o de los trabajadores en general, disociando así los aspectos económicos de los políticos. El reduccionismo sociológico plantearía la prioridad de la clase obrera aún en detrimento del resto de sectores populares, olvidando que la participación de estos sectores es parte sustancial de la estrategia del propio proletariado. Resaltando así los aspectos coercitivos de la dictadura del proletariado y debilitando el contenido democrático de la revolución que tanto Lenin como Marx plantearon.

Cuando se enfrentaba el desafío del imperialismo, la visión reduccionista

de las clases y los asuntos económicos condujo a muchos partidos comunistas a poner de relieve el concepto de la dictadura del proletariado, entendiéndolo como la conducción vertical por el partido en nombre de la clase obrera y excluyendo la necesidad de lograr paulatinamente la hegemonía basada en el consenso general. Se priorizó el desarrollo económico en el que el gobierno jugaba un papel central, destacando de esta manera las tendencias autoritarias del Estado socialista. Y debido a la creencia ciega de que el proletariado tenía que ser hegemónico antes de que finalizara el período de la dictadura quedó poco espacio para que otros sectores sociales se integraran en el proyecto político de los gobiernos comunistas olvidando que el mismo Lenin definía la "dictadura del proletariado como una forma especial de alianza entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etcétera) o la mayoría de ellos"(4).

Algunos hechos históricos específicos contribuyeron a este desarrollo autoritario. Casi todos los Estados socialistas se enfrentaron inmediatamente a agresiones contrarrevolucionarias e imperialistas; ésto los empujó en dirección autoritaria puesto que tuvieron que poner el énfasis en lo militar, en la seguridad nacional, y la represión de cualquier grupo que cuestionara la revolución o se alineara con el imperialismo. Y en cierto sentido, ello formaba parte de la estrategia imperialista.

Más aún, en las sociedades no revolucionarias como las de América Latina, los partidos de izquierda proclaman su compromiso con las masas y la democracia, pero algunas veces se han dedicado más a montar acciones guerrilleras contra los gobiernos existentes que a trabajar en los movimientos de masas. El foquismo, la creencia de que un pequeño grupo guerrillero podía derribar un gobierno, fue la manifestación más extrema de esta tendencia militarista en los años 60 y 70. Aún hoy, algunas organizaciones político-militares de América Latina se preocupan exclusivamente de las operaciones militares y le restan importancia al trabajo de masas.

Otros partidos de izquierda que no están cautivados por la guerra de guerrillas, están más ocupados en disputas sectarias que en desarrollar un programa democrático que refleje los intereses concretos y las necesidades de las masas. A pesar de los significativos esfuerzos en la República Dominicana y recientemente en México, la falta de una práctica unitaria constituye un obstáculo para enfrentar la represión y el reformismo de la derecha. Muchas veces la izquierda se aferra y apela a que tiene la verdad histórica o teórica y no se preocupa real y concretamente por ganársela en la práctica.

Las raíces democráticas en el marxismo

Uno de los mayores problemas del marxismo es que tiene un legado teórico ambivalente sobre el tema de la democracia. Prácticamente todos los clásicos del marxismo, incluyendo a Marx, Engels y Lenin, tenían una visión profundamente democrática sobre la sociedad que surgiría después de una revolución política; pero no se abundó en señalamientos o mecanismos concretos por medio de los cuales la nueva sociedad podría avanzar sobre el camino de la democracia.

En sus escritos, Carlos Marx dejó planteado sin duda alguna, que una sociedad comunista sin clases solamente se podía lograr en una democracia plena. Nunca discutió en profundidad cómo podría ser construida una sociedad comunista, a pesar de sus reflexiones sobre el levantamiento de la Comuna de París en 1871, en las que planteó algunas de las características de una sociedad "en la que el pueblo actúa para sí mismo y por sí mismo". Dentro de los atributos de este tipo de sociedad se encuentra: la abolición de un ejército permanente y su reemplazo por el pueblo armado; la no separación de la legislación y las funciones ejecutivas; el fin de los funcionarios y de la burocracia; las elecciones de todos los cargos públicos, incluyendo a los jueces, a través del sufragio universal; un constante control electoral sobre el gobierno con el derecho de revocación, y las limitaciones de los salarios del gobierno a los salarios de los trabajadores como un todo en la sociedad(5).

En *El Estado y la revolución,* Lenin discutió en detalle el concepto del gobierno socialista. Escrito en 1917, antes y durante el levantamiento que guió la revolución bolchevique, Lenin argumentó que la dictadura del proletariado es el más democrático de todos los sistemas, ya que es la primera dictadura de las mayorías. Todos los trabajadores y sus aliados participarían en esta sociedad, excluyendo de la participación solamente a los enemigos del nuevo Estado. Hace un llamado a "quebrar de una vez y por todas la vieja maquinaria del burocratismo" y "la construcción de una nueva que nos permitirá gradualmente ir reduciendo todos los círculos burocráticos". El Estado comenzaría a "extinguirse" y se formaría un nuevo gobierno en el que las "masas de la población accederían a la participación".(6)

Este trabajo de Lenin ha sido calificado como irreal o utópico. Murió sin poder señalar los temas más difíciles tales como: los medios usados para tratar a la oposición o el papel del partido o la vanguardia en la nueva sociedad. Existen indicadores de que en 1924, en el momento de su muerte, Lenin había revisado sus puntos de vista sobre el potencial y las ventajas inmediatas de la democracia en la nueva sociedad, admitiendo que Rusia era "un Estado socialista burocráticamente deformado".(7)

Esta crítica al desarrollo de la política socialista no significa que no se continúen gestando tendencias democráticas en su interior. En algunos países socialistas existe una cierta tensión positiva entre las aspiraciones democráticas de las organizaciones de masas y las tendencias autoritarias del partido y del Estado. Asociaciones comunistas, sindicatos, organizaciones de mujeres o de jóvenes, organizaciones de masas en general proveen de un contenido democrático a muchas sociedades socialistas, y ello explica por qué —con las excepciones importantes de Polonia y Checoslovaquia en la Europa Oriental— la mayoría de los gobiernos comunistas han sobrevivido por décadas sin grandes convulsiones sociales.

En América Latina, las revoluciones de Cuba y Nicaragua han avanzado significativamente en el desarrollo de la democracia consultiva y participativa, tanto en los aspectos económicos como políticos e incluso, en el caso de Nicaragua, también en asuntos relacionados con la democracia representativa.

Existe plena conciencia de que es imperativo para los movimientos revolucionarios llevar a cabo la tarea de la

construcción de la democracia socialista. Es obvio, pues, que este aspecto constituye uno de los caminos que los partidos revolucionarios en América Latina y en los Estados Unidos deben seguir para adquirir legitimidad a finales del siglo XX: única forma de sostener la iniciativa ideológica contra el imperialismo, así como de neutralizar el anticomunismo fanático de la demagogia burguesa.

Los nuevos revisionistas

El bloqueo democrático al que se enfrenta el marxismo-leninismo es uno de los factores que ha llevado al surgimiento de la escuela revisionista-populista en América Latina y los Estados Unidos. Muchos de los que apoyan esta posición son revolucionarios desilusionados de los años 60 y 70. Algunos eran maoístas o trotskistas, foquistas o marxistas-leninistas. Como consecuencia de las derrotas políticas sufridas en los Estados Unidos, América Latina y El Caribe, estos activistas desilusionados sienten ahora la necesidad de romper con el pasado, de buscar estrategias completamente nuevas y premisas políticas para desafiar el orden existente.

Aunque hay una gran diversidad entre aquellos que mantienen estos puntos de vista, uno puede detectar tres temas políticos que atraviesan el movimiento revisionista-populista: a) la creencia de que el marxismo, el marxismo-leninismo y los conceptos de la vanguardia, así como el análisis de clases, han sido superados por la realidad de finales de este siglo, b) una creencia casi romántica de que las masas y los movimientos de masas son la única esperanza para el futuro, restando toda importancia a la lucha de clases, al papel de la vanguardia y al proyecto revolucionario por el socialismo, y c) la creencia de que se puede alcanzar cualquier logro aún trabajando sólo en el marco del sistema capitalista.(8)

En los Estados Unidos estas posiciones están recogidas por los Socialdemócratas de América y la Escuela Democrática de Administración. Los primeros argumentan que es posible que los socialistas tomen el control de instituciones políticas claves en los Estados Unidos como el Partido Demócrata. La segunda sostiene que los obreros, al demandar derechos de participación en la fábrica y aún comprando acciones de compañías, puede empezar a controlar sus propias vidas y avanzar en la causa del socialismo. En Chile, Perú, Bolivia y Venezuela la posición de los revisionistas tiene raíces en los movimientos revolucionarios de los 60, pero hoy trabajan dentro del sistema político establecido persiguiendo metas reformistas.

Algunos intelectuales destacados en América Latina han adoptado posiciones similares en sus escritos. Muchos otros intelectuales y activistas políticos, aunque no toman la causa del populismo revisionista, se sienten desilusionados con el marxismo y desarraigados políticamente. Sienten que las viejas fórmulas políticas y el lenguaje de la izquierda es irrelevante, pero no ven ninguna alternativa en el horizonte.

La escuela revisionista y otras de la izquierda decepcionada han planteado correctamente la eliminación de las posiciones doctrinarias y autoritarias que se derivan de gran parte de grupos maoistas, trotskistas y marxistas-leninistas. Muchas de estas tendencias son los ejes de los debates políticos sectarios que desgarran el pensamiento marxista de izquierda en todo el mundo.

Sin embargo, la crisis de los "ismos" no significa que el marxismo y lo fundamental del pensamiento y práctica revolucionaria que emana del mismo deba desecharse. Mientras haya capitalismo, burguesía e imperialismo, no puede haber crisis del marxismo que elimine al marxismo; a lo sumo, podrá haber crisis pero para actualizarlo, enriquecerlo o desarrollarlo. Los pilares fundamentales de un movimiento revolucionario todavía se encuentran en esta básica tradición científica. El desafío al que nos enfrentamos como marxistas, es tomar estos pilares y aplicarlos al mundo contemporáneo. Estamos de acuerdo en que necesitamos desesperadamente nuevas estrategias y fórmulas políticas; sin embargo, éstas debe surgir de la tradición marxista y no dejarse arrastrar fatalmente por la perspectiva reformista.

El abandono de conceptos y categorías marxistas por parte de los nuevos revisionistas conduce a dos fallas interrelacionadas en el programa político del movimiento populista: a)la falta de un análisis de clases claro, y b) la falta de una visión estratégica del socialismo. En vez de embarcarse en un análisis de clases sistemático de la sociedad, los nuevos populistas postulan que hay dos fuerzas sociales fundamentales: por un lado, el pueblo, las masas o los movimientos de masas, y por otro lado, las oligarquías o los sectores conservadores dominantes. Para ellos, los intereses de la burguesía y sus aliados por un lado, y los intereses de la clase obrera con sus aliados por el otro, dejan de ser los pilares fundamentales para abordar un análisis de la sociedad. Estos intelectuales funcionalistas abundan, de forma oportunista en aquello que le falta a la izquierda doctrinaria (el trabajo concreto con las masas), y esconden el elemento en que aquellos abundan, al menos teóricamente (la estrategia del proyecto clasista).

Esta falta de un análisis de clases claro, explica la segunda falla de los revisionistas, la falta de una visión estratégica del socialismo. Al señalar exclusivamente a las masas y rechazar la necesidad de un partido de vanguardia, están adoptando efectivamente una posición empirista y romántica a la vez, ignorando la realidad de que las masas en los inicios de la mayoría de las luchas están casi inevitablemente influenciadas, si no dominadas, por los valores del orden dominante. En los Estados Unidos, por ejemplo, el anticomunismo está profundamente arraigado en la conciencia popular y seguirá así durante mucho tiempo.

Cualquier movimiento que quiera desafiar el orden dominante tendrá que trastocar estas actitudes de las masas, y solamente podrá hacerlo ejerciendo un liderazgo fuerte. Es este liderazgo el que puede transformar una visión y un programa político, no sólo luchando contra las ideas atrasadas del movimiento, sino también confrontando a los enemigos contrarevolucionarios y manejando las tensiones internas de clase dentro del movimiento. Sin un análisis marxista y una agenda socialista, estas tensiones y contradicciones podrían conducir inevitablemente a la derrota o a ser ganados por elementos pequeño burgueses e incluso burgueses reformistas.(9)

A fin de poder acceder al reclamo de la tradición democrática revolucionaria, hay que empezar por reconocer que algunas de las críticas específicas que han hecho los revisionistas acerca del comportamiento de

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

muchos partidos marxistas-leninistas son correctas. Para contrarrestar estas debilidades, los principios democráticos enunciados por Marx y otras figuras revolucionarias deberán incluirse en la estrategia de la revolución, incorporando las experiencias reales que se han dado en el interior de los procesos de cambio, antes y después de la toma del poder.(10)

Pluralismo en la revolución

El pluralismo en la revolución comienza con la forma de elegir las banderas de lucha, a la hora de inventariar las necesidades y reivindicaciones de las masas, en el momento de incorporar las motivaciones de la lucha en la estrategia a seguir. Durante la etapa de la toma del poder, un primer problema surge de la forma de aplicar el centralismo democrático pricipio alrededor del cual se organizan los partidos marxistas-leninistas. En teoría, esto significa que las bases pueden influenciar y participar en la toma de decisiones del partido, manteniendo la disciplina aprobada en el cuerpo del partido. En cambio, en la práctica, muchas veces sucede que un pequeño grupo de individuos maneja la organización desde arriba hacia abajo, dejándose poco espacio para discusiones y participaciones democráticas. Después de la toma del poder, la falta de pluralismo se expresa en la concepción y en la práctica de lo que se llama la revolución desde arriba, en que la vanguardia decide para el pueblo, pero sin la participación de las masas en el ejercicio del poder.

Un problema similar se origina y proviene de la naturaleza subversiva y conspirativa del movimiento, especialmente en su etapa militar. Efectivamente, en las situaciones revolucionarias y pre-revolucionarias hay necesidad de cierto grado de compartimentación y de cierto centralismo en la toma de decisiones debido a la naturaleza represiva del Estado. Sin embargo, esta necesidad ha sido muchas veces exagerada por los comités centrales. Más sobresaliente aún es el hecho de que estas tendencias en los estilos de organización han funcionado como factores desmovilizantes que han minado los impulsos naturales de participación de las masas en un movimiento revolucionario. Los nuevos partidos de vanguardia no debieran evitar ser a su vez frentes de masas, en los cuales las bases jueguen un papel central contribuyendo a la orientación y programa del partido. La democracia política, una cualidad que han soslayado muchos partidos revolucionarios una vez que toman el poder, tendrá que ser parte integral en el avance y sobrevivencia del movimiento revolucionario. Cada vez más aparece la necesidad, para mantener la hegemonía revolucionaria, de sostener amplios debates sobre la propia naturaleza de los procesos revolucionarios.

En los países capitalistas avanzados y especialmente en América Latina, la secretividad de los partidos centralizados ha limitado seriamente la capacidad de los revolucionarios para construir una base popular. Los partidos marxistas-leninistas son fácilmente vulnerables a las imputaciones de la burguesía de que son totalitarios y antidemocráticos por su propia naturaleza. Por supuesto que podría esgrimirse lo antidemocráticos que son los partidos políticos de la burguesía dominante en el capitalismo explotador. Sin embargo, este argumento elude la realidad de que en los países capitalistas avanzados, las masas creen en gran medida que viven en sociedades democráticas y que los partidos políticos dominantes responden a sus intereses. Esta realidad tan fundamental sólo puede superarse si los partidos revolucionarios son capaces de demostrar que sus propias estructuras políticas y sus propios programas políticos son verdaderamente democráticos y que su lucha es para ampliar y no para restringir el espacio de participación democrática. Ningún movimiento político podrá triunfar en las Américas —en los Estados Unidos, o en cualquier país de El Caribe o América Latina— a menos que las masas estén convencidas de que sus derechos democráticos fundamentales van a ser impulsados. Habría que recordar de nuevo que la disputa con la burguesía no es sólo una disputa en el terreno de los principios filosóficos, sino fundamentalmente una disputa en el terreno de la práctica diaria, es decir, en el terreno concreto de la lucha de clases en una formación social determinada. La democracia, no únicamente a partir de los objetivos últimos que vislumbra la vanguardia, sino también a partir de los objetivos inmediatos y concretos que reclaman las masas, debe ser parte integrante de los programas y motivaciones de la lucha: la lucha contra la explotación no podría excluir la lucha contra la opresión, la lucha contra el sistema no podría excluir la lucha contra el régimen, la lucha por los intereses de la clase obrera no podría excluir los intereses de todas las clases explotadas y oprimidas de la sociedad, y en fin, la lucha por los valores socialistas y revolucionarios no podría excluir los valores progresistas y patriotas que anidan en el pueblo.

En los Estados Unidos, el mayor problema que enfrenta la izquierda es el grado de separación alcanzado entre la política y la vida diaria de las masas. Situación que proviene de la revolución burguesa de finales del siglo XVIII en que se institucionalizaron las energías políticas de las masas y se las redujo a las elecciones periódicas. Hoy en día, mientras la burguesía se esfuerza por empadronar a todos los sectores y conducirlos a las urnas electorales, profundiza simultáneamente el divorcio entre la democracia y los problemas y necesidades diarios del pueblo en su conjunto. La centralización del poder económico ha conllevado la centralización del poder político. Las disputas electorales se reducen a contradicciones en el interior de las élites dominantes y las decisiones políticas nacionales se alejan cada vez más de los niveles locales. Ultimamente, los problemas electorales giran alrededor del miedo de turno introducido en el alma de las masas —al comunismo, al terrorismo, a la pérdida de seguridad nacional, a la droga, etcétera— y las plataformas electorales se gastan millonadas de dólares para convencer que la solución al fantasma se encuentra en cualquiera de las banderas partidarias, demócrata o republicana.

Para los marxistas, la existencia de esta estructura política e ideológica dificulta enormemente avanzar una agenda por el socialismo. Las masas están hartas de la política y su falta de entusiasmo crece junto al ausentismo electoral. Sin embargo, esta situación tampoco favorece a los partidos de izquierda, en quienes no ven mucha diferencia de lo que actualmente rechazan.

Para enfrentar estos obstáculos, los movimientos revolucionarios tienen que luchar por eliminar el divorcio entre la política y los problemas

locales y concretos del pueblo. El pluralismo político incluye no solamente la diversidad de sujetos sociales en el proceso revolucionario, sino también la diversidad de banderas que permitan expresar las necesidades cotidianas de la población.

El pluralismo político en la vanguardia

Lo mismo que pasa dentro de la revolución, ocurre en el interior de la vanguardia donde también existen diferentes niveles de conciencia y de compromiso. Hay clases que son más revolucionarias que otras, pero la revolución se hace con todo el pueblo; hay sectores e individuos que son más conscientes y comprometidos que otros, pero la vanguardia y los frentes de lucha tienen que arrastrar a la mayor cantidad de militantes. En otras palabras, hay vanguardia en la sociedad y vanguardia dentro de la vanguardia. Ello hace necesario una comprensión flexible para diferenciar lo que son cuestiones de principio y de unidad, de lo que son cuestiones tácticas, entendiendo que tanto la revolución como la vanguardia son procesos homogéneos-heterogéneos que se van construyendo en el camino. Así como el arte de la unidad y de las alianzas es el arte de preservar la hegemonía, también el arte de la hegemonía está en la capacidad de forjar la unidad y las alianzas dentro de sociedades multiclasistas y donde coexisten diferentes posiciones, progresistas y revolucionarias.

De hecho, se está dando entre los movimientos revolucionarios un nuevo pluralismo en su perspectiva política, un pluralismo que es innovador y democrático. Muchos de los llamados marxistas-leninistas son hoy sólo una de las corrientes que existen en el tercer mundo y en los países industrializados en el sendero de la revolución. No podríamos seguir esgrimiendo teóricamente el monopolio dogmático de que nuestro marxismo-leninismo es la verdad sacrosanta y que el resto no tiene ninguna validez práctica porque así lo definen los principios revolucionarios. Hoy, el pluralismo político dentro de la conducción y dentro del grueso del movimiento revolucionario está sobre el tapete, y hay que reconocerlo y discutirlo. No estamos hablando de un pluralismo que reduce la vanguardia a una coordinación o síntesis ecléctica de diferentes posiciones. Nos referimos más bien a un pluralismo mediado por la unidad alrededor de principios y de una estrategia revolucionaria.

Las dos revoluciones de las Américas —la cubana y la nicaragüense— marcan la frontera de la ascendencia exclusiva del marxismo-leninismo ortodoxo en los movimientos revolucionarios como fórmula doctrinaria-partidaria para la toma del poder. El Movimiento 26 de Julio que tomó el poder en Cuba en 1959, de hecho no era un partido marxista-leninista, ni la mayoría de sus líderes eran marxistas-leninistas. Sólo después de la incesante agresión del imperialismo norteamericano y de la consolidación de la alianza con la Unión Soviética la dirigencia de la Revolución Cubana se autodeclaró marxista-leninista. Debe reconocerse también el hecho de que la vanguardia cubana, a diferencia de otros partidos en el poder, manifestó y trabajó desde el primer día del triunfo en mantener la participación de los otros partidos en el movimiento general de la revolución, así como en la necesidad de ampliar la participación popular.

A la Revolución Cubana la siguió, veinte años más tarde, la Revolución Popular Sandinista que ha matizado la afirmación de muchos partidos marxistas-leninistas ortodoxos de que únicamente hay una estrategia política que puede participar en la revolución. El Frente Amplio de la Oposición nicaragüense estaba compuesto por dirigentes de origen marxista, marxista-leninista, teólogos de la liberación, social-cristianos y socialdemócratas radicalizados. Junto a Marx aparecen señalados por la dirigencia sandinista, líderes como Sandino (al igual que Martí en Cuba), Benjamín Zeledón, e incluso el mismo Bolívar. Pocas revoluciones triunfantes han tenido un frente ideológico tan pluralista como la que tomó el poder en Nicaragua, sin que ello haya menoscabado los principios y el liderazgo del FSLN. Y de hecho hoy en día, el planteamiento del FSLN sobre la liberación nacional, el antiimperialismo, la economía mixta, el pluralismo político y el no alineamiento, es parte sustancial de la doctrina y de la práctica sandinista. En la revolución nicaragüense conviven partidos de orientación cristiana y de orientación trotskista, al igual que liberales, conservadores y comunistas, dentro de un proceso que los va haciendo a todos cada día más sandinistas. La sociedad revolucionaria nicaragüense es multiclasista, multiètnica, pluridoctrinaria, económicamente mixta, pluralista políticamente, y a la cabeza de la misma no se encuentra un caudillo sino un frente amplio, y a la cabeza de este frente amplio se encuentra un partido que está a la vanguardia de todos —el FSLN—, y a la cabeza del FSLN se encuentra una Asamblea Sandinista y la Dirección Nacional como dirigente máximo, líder colectivo compuesto por nueve compañeros militantes del FSLN y de la Revolución Popular Sandinista.

El gobierno de Salvador Allende en Chile, durante 1970-73, también fue particular, en el sentido que marcó la primera experiencia en que una coalición de partidos políticos trató de trabajar unida para establecer una sociedad socialista en las Américas. Los esfuerzos fracasaron, no porque estuviera vanguardizada por una coalición pluralista, sino porque los partidos que comprendían el gobierno de Unidad Popular no tenían programa para la toma del poder, aunque sí para la toma del gobierno, o al menos de una parte del gobierno (el ejecutivo). El escaso poder ejecutivo que tenían lo concentraron en llevar adelante cambios sociales y económicos, descuidando el control del ejército y otras instituciones del Estado dominadas por la burguesía. Este error tan fundamental tenía sus raíces, no en la composición pluripartidista del gobierno de Unidad Popular sino en un análisis histórico equivocado de la naturaleza de la tradición democrática de Chile.

En años recientes, a lo largo de América Latina han surgido partidos no marxistas-leninistas con contenido revolucionario tales como el Movimiento 19 de abril (M-19) en Colombia y el Partido Revolucionario de Trabajadores (PRT) en Brasil (*). En los Estados Unidos, uno puede inclusive referirse a la coalición del Arcoiris de Jesse Jackson en 1984, como el primer esfuerzo inicial por construir una organización política con una agenda revolucionaria. De nuevo aquí no hay que confundir lo idealmente revolucionario con lo más progresista

---

(*). Nota de la Redacción: Probablemente los autores se refieren al Partido dos Trabalhadores (PT).

y revolucionario del momento, y donde, como decían Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista,* tiene que estar el apoyo de los comunistas.

¿Qué significa toda esta nueva proliferación de movimientos?. Sobre todo refleja un pluralismo ideológico que debe tomarse en cuenta en todos los procesos revolucionarios del futuro. Este es un fenómeno excepcional, un fenómeno que está generando un desborde enorme de energía política e intelectual creativa. Corrientes como el marxismo, el marxismo-leninismo, el trotskismo, la socialdemocracia, el movimiento ambientalista, los movimientos pacifistas, feministas, anarquistas, la teología de la liberación, cristianos revolucionarios y otras, no tienen que estar por principio excluídos de la conducción del movimiento revolucionario. El desafío más grande para estos grupos es garantizar el mecanismo de trabajo colectivo, prevenir que las diferencias ideológicas no se conviertan en un obstáculo que los distraiga de la tarea fundamental y que incluso pierdan de vista al enemigo principal —el imperialismo norteamericano y las clases dominantes locales—. Para su éxito, durante el curso de la lucha se debe desarrollar entre las corrientes una visión y una estrategia política unificada. Pluralismo y alianzas en el interior del movimiento progresista y revolucionario en el que la hegemonía no es un negocio regateado al comienzo de la lucha para ninguno de los participantes, sino una emulación con que la práctica histórica va decidiendo las posiciones alcanzadas de acuerdo al grado de consecuencia en el recorrido de la lucha.

El pluralismo polítuco que surge entre los movimientos revolucionarios interacciona con el pluralismo político que ya existe entre los sectores populares. Las masas de América Latina, así como las de los Estados Unidos, son en extremo diferentes —social, económica y políticamente—. Es lógico que tengan tendencias y programas políticos diferentes, y que diferentes partidos políticos atraigan a diferentes sectores sociales. En países como Chile, Colombia y Perú la existencia de un buen número de partidos políticos de izquierda explica claramente por qué el movimiento revolucionario sólo podría tomar el poder a través de amplias alianzas compuestas de una variedad de partidos y movimientos de masas. Esto también implica la necesidad de sostener amplias discusiones abiertas sobre la orientación que tomarían las nuevas sociedades. Y una vez en el poder, la disputa no excluiría el mecanismo consultivo de la urna electoral, donde cada una de las distintas organizaciones revolucionarias competiría con las demás alrededor de los diferentes programas políticos.

El modelo nicaragüense de democracia participativa

La necesidad de una nueva agenda revolucionaria hace a la revolución nicaragüense un modelo tan importante. A pesar de que Nicaragua es un pequeño país subdesarrollado, el desarrollo de su proceso revolucionario proporciona elementos y lecciones a los movimientos revolucionarios a lo largo del hemisferio occidental.

La dirigencia sandinista afirma que el marxismo o el marxismo-leninismo es solamente una de las fuentes doctrinarias de la revolución, y la definición del movimiento se inclina más, en esta etapa, a la liberación nacional que a la liberación social, o que al socialismo, entendido éste como la superación inmediata del capitalismo. Muchos observadores extranjeros ven este hecho como un esfuerzo por ocultar el verdadero contenido de la revolución, o como una forma de anular pretextos que justifiquen la agresión de la administración Reagan u otros enemigos internacionales. Sin embargo, el rechazo de la revolución a la adopción de una nomenclatura socialista tiene causas y raíces más profundas, tales como: a) los procesos internos de la revolución; b)su confrontación con el imperialismo y c)la fuerza que tiene para la revolución sandinista los principios de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento, valores hasta ahora no identificados con las definiciones de socialismo encontradas en las revoluciones socialistas anteriores.

El punto de partida para comprender el contenido ideológico de la revolución nicaragüense es la declaración del Frente Sandinista en 1979, caracterizando la revolución como "democrática, popular y antiimperialista". A primera vista, esta declaración es similar a las proclamas hechas en las etapas iniciales de las revoluciones rusa y cubana, por ejemplo, en las que se erigieron frentes políticos multiclasistas.

Sin embargo, en Nicaragua esta fase de la revolución se está prolongando y profundizando debido a dos causas interrelacionadas. En primer lugar, la actitud desafiante del imperialismo norteamericano obliga a la dirigencia revolucionaria a mantener el sistema más amplio posible de alianzas de clases. Un dirigente de la revolución expresaba: "Nuestro enemigo principal es el imperialismo norteamericano. Esto es lo que define el curso de la revolución"(11). Un país tan pequeño (con una población similar a la de un barrio de New York o Moscú) y tan cercano a los Estados Unidos, está encarando una agresión prolongada e intensa. Nicaragua no tiene la ventaja geográfica de ser una isla como Cuba, lo que podría facilitar la vigilancia o derrota de las tropas apoyadas por los Estados Unidos que desembarcaran en sus costas. Nicaragua, por el contrario, tiene fronteras abiertas y está rodeada de enemigos. Por esta razón debe convocar la participación de todos los sectores de la sociedad, incluyendo a la burguesía patriótica, en la lucha militar, política y económica contra el imperialismo.

La otra razón fundamental por la cual Nicaragua ha prolongado la etapa de la liberación nacional y popular se debe a la estructura de clases de la sociedad nicaragüense. Esta no fue una revolución de la clase obrera en el sentido clásico. En otras revoluciones como la soviética y la cubana, la clase obrera era mucho más importante, tanto en términos cuantitativos como cualitativos; situación que no es necesariamente característica única de los países desarrollados. En Nicaragua, las clases populares —los habitantes de los barrios, los artesanos, los pequeños comerciantes, las mujeres, los jóvenes, los intelectuales, la pequeña burguesía etcétera— constituyeron la fuerza motriz de la revolución. El Frente Sandinista en sí mismo refleja esta realidad. No es un partido político en el cual la clase obrera sea predominante; es más un frente de masas compuesto por obreros, medianos y grandes productores, campesinos, mujeres, jóvenes, estudiantes, profesionales e intelectuales en general. Con esta realidad, es lógico que el Frente Sandinista se centre en el contenido democrático y popular de la revolución.(12)

Otro elemento clave para entender la naturaleza política de la revolución

sandinista es el reconocimiento de la internacionalización de la lucha de clases, tal como afirmamos en la introducción de esta agenda. Aquí, más que la contradicción lógica de la lucha de clases, importa la forma en que esta lucha se expresa concretamente, tanto a nivel nacional como a nivel internacional. Y hoy en día nosotros creemos que la correlación internacional de fuerzas en el mundo cuenta tanto como la correlación interna, condicionando así lo externo el contenido interno de las revoluciones nacionales. La revolución sandinista en ese sentido expresa las contradicciones regionales de El Caribe y de América Latina con el imperialismo norteamericano, la contradicción entre el tercer mundo subdesarrollado y los gobiernos de los países desarrollados. La guerra que el sandinismo está ganándole al imperialismo es apenas una batalla en la lucha entre América y el imperio.

También es importante el hecho que el FSLN ha estado preocupado y concentrado responsable y fundamentalmente en aplicarse a las tareas de la revolución en cada momento determinado, más que en ponerle nombre y apellido doctrinario a la revolución, bastando para ello los principios y las tradiciones democráticos, populares y antiimperialistas de las masas nicaragüenses. Incluso se podría decir que también expresa el prejuicio en cuanto al papel jugado por las etiquetas de socialismo o comunismo, especialmente en un mundo donde las masas están aún muy prejuiciadas, tanto por los valores anticomunistas de las clases dominantes como por el sectarismo ideológico de las propias izquierdas.

Esta posición se vió reforzada por el hecho de que muchos de los miembros del Frente Sandinista formaron parte del amplio movimiento político de los años 60 y 70, abundante en desilusiones sobre las fórmulas marxistas tradicionales y ortodoxas. Algunos militantes del Frente fueron miembros de organizaciones maoístas, trotskistas, marxistas-leninistas de todos los colores, y otras. La división del Frente en tres tendencias en 1977 constituyó parte del esfuerzo por abandonar viejas fórmulas y desarrollar un programa viable arraigado a la realidad nicaragüense, sin que ninguna de ellas descuidara la tarea histórica fundamental: luchar política y militarmente contra la dictadura y contra el imperialismo.

El rechazo a ponerle etiqueta socialista o marxista-leninista no significa que el socialismo y el marxismo no estén contemplados en el programa político del Frente Sandinista. El comandante Víctor Tirado, uno de los miembros de la Dirección Nacional, declaraba: "El único socialismo es el socialismo científico". El comandante Humberto Ortega, miembro de la Dirección Nacional afirma que "desde el punto de vista doctrinario nos guía fundamentalmente la doctrina científica del marxismo". El comandante Bayardo Arce, también miembro de la Dirección Nacional, sostiene que "en Nicaragua un marxista es necesariamente sandinista". El comandante Wheelock, miembro de la Dirección Nacional, plantea "que todas las revoluciones van a tener que escoger un camino no capitalista. Y si es cierto lo que dicen todos los teóricos, después del capitalismo viene una manera de convivir y de producir de carácter socialista"(13). Categorías marxistas tales como burguesía, proletariado, vanguardia, colectivización e imperialismo, enmarcan el análisis político del Frente y la evolución de su programa político. La genialidad del Frente estriba en que ha fusionado el marxismo con el sandinismo, la tradición nacionalista y apostando políticamente por la tendencia histórica-estructural de esa misma realidad, buscando estrategias alternativas al modo de producción capitalista, subdesarrollado y dependiente, pero sin abandonar las tareas tácticas dentro de la formación social nicaragüense; recuperando creativamente los aportes teórico-prácticos de las revoluciones modernas y contemporáneas.

Estos factores ayudan a explicar porqué la revolución nicaragüense ha respondido a desafíos internos y externos no declarando la dictadura del proletariado como otras revoluciones anteriores lo han hecho, sino ampliando el contenido democrático de la revolución, sin abandonar las tareas que precisamente llevan al desarrollo económico, social y político de dicha formación social, y por ende el fortalecimiento del proyecto socialista o proletario(14). Esta estrategia es evidente en cada una de las crisis a las que la revolución se ha enfrentado. Fue evidente por primera vez en mayo de 1980, cuando las fuerzas proburguesas encabezadas por Alfonso Robelo presionaron al gobierno para que las organizaciones no sandinistas tuvieran la mayoría en el Consejo de Estado (el cual tenía poderes legislativos). El Frente Sandinista rechazó estas presiones y respondió nombrando en el Consejo a representantes de las organizaciones de masas. Esto hizo que sectores de la burguesía, incluyendo a Robelo, se retiraran del gobierno, estando en minoría. Más importante aún, este hecho marcó el inicio de un proceso en el que las organizaciones de masas tienen cada vez un papel más amplio en el gobierno.

Otro hecho significativo en cuanto a ampliar el papel de las clases populares se dio en 1983, coincidiendo con la invasión de EE.UU. a Grenada. En este momento, la Dirección Nacional adoptó la consigna de "Todas las armas al pueblo" y comenzó a distribuír más de 200.000 armas a las milicias y organizaciones populares en todo el país. Lo mismo podría afirmarse de momentos posteriores; por ejemplo, la integración progresiva de todos los ciudadanos entre 25 y 40 años a los centenares de Batallones del Servicio Militar de Reserva. Si a ello le agregamos los jóvenes entre 17 y 25 años integrados al Servicio Militar Patriótico, hoy uno de cada cinco habitantes en el país está armado y preparado militarmente para la defensa, lo que constituye un verdadero poder popular que tiene que alimentarse participativa e ideológicamente a fin de que la revolución pueda seguir contando con él.

Existe un hecho que muestra el potencial que tiene la dinámica democrática del proceso nicaragüense, como es el proceso de autonomía para las comunidades indígenas de la Costa Atlántica. Sin una experiencia étnica revolucionaria, sin tradición latinoamericana de programas revolucionarios exitosos en el seno de los movimientos de liberación nacional, bajo el expediente separatista de las pretensiones imperialistas, el FSLN logra después de sus primeros errores en relación a los miskitos, conducir y enrumbar las contradicciones y aspiraciones de las comunidades hacia el camino de la autonomía. En gran parte, gracias a la dinámica democrática y participativa del proceso revolucionario.

Tal vez el ejemplo más claro de cómo cierto protagonismo revolucionario le ha permitido a Nicaragua realizar avances cualitativos a lo largo del camino de la

democracia lo podemos ver en las elecciones de 1984. La razón fundamental para sostener estas elecciones se derivó del compromiso que la dirigencia sandinista hizo antes de 1979 con todas las fuerzas populares y democráticas que dentro y fuera del país contribuyeron al triunfo de la revolución. Cuando a inicios de 1984 la Dirección Nacional decidió realizar las elecciones, muchos sectores revolucionarios la consideraron como mero procedimiento formal con poco significado para el desarrollo de la revolución. Sin embargo, una vez que se tomó el compromiso y la decisión de enfrascarse en un proceso electoral amplio y abierto, se puso en movimiento toda una dinámica que conminó a la revolución a tomar seriamente las elecciones y a ampliar los procedimientos democráticos del país. Las organizaciones de masas, particularmente los Comités de Defensa, impulsaron un diálogo y un programa educativo interno que elevó considerablemente la conciencia popular alrededor de aspectos económicos y políticos. Como resultado de ello, el Frente obtuvo una victoria indiscutible en el momento más crítico de la guerra contrarrevolucionaria y de una economía en deterioro. Las elecciones demostraron que un gobierno revolucionario puede consolidar su poder no a partir de medidas cada vez más dictatoriales, sino por el contrario con medidas democráticas.

La profundización de la reforma agraria nicaragüense constituye un paso más en el proceso democrático de Nicaragua. La presión sobre la tierra, particularmente en las zonas de guerra, hizo que muchos campesinos en 1984 y 1985 demandaran la expropiación tanto de fincas estatales como de grandes productores privados. En vez de contener estos reclamos impulsando la organización de cooperativas de producción orientadas por el Estado, el Frente decidió distribuír títulos de tierras privadas y estatales a los campesinos. En el agro, esto constituyó un reconocimiento fundamental del derecho de los habitantes rurales de determinar las propias formas organizativas de sus comunidades y de sus vidas. La adopción de una nueva constitución en 1986 es otro paso adelante en el proceso democrático nicaragüense. El documento redactado por la Asamblea Constituyente electa en 1984, fue sometido a discusión nacional a inicios de 1986. Para facilitar el proceso de discusión, se sostuvieron una serie de "cabildos abiertos" en los diferentes barrios y comarcas del país donde el pueblo y las organizaciones de masas hicieron propuestas de cambios al documento inicial. Casi de inmediato, las organizaciones de masas y los partidos de oposición hicieron públicos sus comentarios en relación con el contenido y la forma de las instituciones políticas que proponía la nueva Constitución. Finalmente la Constitución terminó aprobándose por consenso de todos los partidos políticos existentes en el parlamento.

En resumen, en Nicaragua se están incorporando elementos políticos que enriquecen el concepto y la práctica de la democracia socialista. Esto no quiere decir que el país sea un estado democrático ideal: tiene limitaciones serias, entre ellas una burocracia con muchas trabas y debilidades, la falta de cuadros técnicamente instruídos en diferentes niveles y necesidades, una agresión sin precedentes que la obliga a tomar medidas de emergencia, una crisis económica que dificulta la satisfacción igualitaria de las necesidades y, sobre todo, la falta de una tradición democrática. Todos estos factores ayudan a explicar por qué algunas de las tendencias autoritarias que han caracterizado a las revoluciones anteriores también están presentes en Nicaragua. Sin embargo, salta a la vista que en las sociedades subdesarrolladas, el aspecto político de la democracia es tan importante como el aspecto económico, sobre todo tomando en cuenta que las limitaciones en el orden material no impiden el desarrollo de los avances en el orden político e ideológico para el socialismo naciente. Por el contrario, hasta podrían compensarlo (15).

Los cimientos del socialismo democrático

La experiencia cubana y nicaragüense permite reflexionar sobre los elementos fundamentales para la construcción de una democracia socialista auténtica. Esta democracia tiene que perseguir dos objetivos fundamentales: a) el fin de las desigualdades económicas y sociales, y b) la participación plena de las masas en las estructuras políticas y económicas del país. Conscientes de que ambos objetivos tienen que desarrollarse simultáneamente, es obvio que lo primero puede darse sin lo segundo, en cambio, lo segundo lleva necesariamente a lo primero.

Estos objetivos básicos solamente se pueden lograr creando un sistema político que combine la democracia económica con la democracia política y, dentro de esta última, articulando los mecanismos consultivos, participativos y representativos. Los componentes de la democracia consultiva y participativa son muy conocidos en muchos países socialistas de democracia directa. Involucra la creación y el desarrollo de distintas organizaciones de masas, los obreros, los campesinos, las mujeres, la juventud, etc. La democracia participativa también implica que muchas de estas organizaciones accederían a responsabilidades sustantivas en sus centros de trabajo, sean estos fábricas, unidades de producción agrícola, oficinas administrativas o escuelas. La igualdad económica y social solamente se puede alcanzar si los trabajadores (en su acepción más amplia) juegan un papel en la gestión de las instituciones económicas y administrativas creadas para su servicio.

Es importante señalar que la democracia y el pluralismo no se reducen a la práctica de los partidos políticos, sino que por el contrario tienen que introducirse cada vez más en la sociedad civil: en las asociaciones gremiales y de todo tipo, en el campo de la cultura, en la religión (para creyentes y no creyentes), en las actividades comunales, en el deporte, en el campo de la educación, en las relaciones internacionales, etc.

La democracia representativa ha sido hasta ahora casi por entero patrimonio de la democracia burguesa. Sin embargo, la democracia representativa no tiene por qué excluírse de la vida política en las sociedades socialistas si se pretenden superar sus históricas tendencias autoritarias. En el caso de Nicaragua, los líderes de la nación fueron elector por voto directo del pueblo con una participación variada de candidatos y partidos políticos. Lo mismo pasó con la elección de la Asamblea Legislativa,

e igual se está proponiendo con los representantes municipales.

En el campo de la democracia representativa, se observa un corte fundamental con el sistema burgués ya que además de la representación de los propios partidos políticos, las organizaciones de masas tienen mecanismos directos de representatividad política, independiente de ellos. La combinación de un parlamento donde estén representados los partidos políticos con una asamblea popular donde estén representadas las organizaciones de masas, constituiría la estructura básica de lo que debiera ser una democracia socialista.

El desafío más difícil para las sociedades socialistas revolucionarias podría ser el desarrollo de un sistema pluralista que involucre a los partidos políticos que compiten por el poder. Como se señaló anteriormente, en las sociedades revolucionarias la existencia de un partido de vanguardia no debería excluír por principio la existencia de una variedad de partidos revolucionarios, cada uno con una propuesta algo diferente para la construcción de una sociedad socialista. Estos partidos tendrían que diseñar sus propios mecanismos políticos y electorales para el debate público de sus diferentes puntos de vista, de manera tal que la dirección específica que tome la sociedad pueda ser decidida por todo un cuerpo político que exprese las diferencias que todavía existan en la sociedad en transición. Más aún, si se dieran debates públicos y elecciones esto implicaría que los partidos políticos tendrían que acceder libremente a los medios de comunicación. Cada partido político necesitaría su propio periódico, imprenta, librerías y salas de lectura, así como igual acceso a las estaciones de radio y televisión. Un ejemplo radical de esta situación se llevó a cabo en la Nicaragua revolucionaria, donde, a pesar de la agresión feroz desatada militarmente por la administración Reagan, la revolución llevó a cabo las elecciones y discutió públicamente y con todos los partidos políticos el proyecto de la constitución.

La existencia de pluralismo político entre los partidos revolucionarios también hace plantearse el interrogante sobre el papel que tendrían en una sociedad socialista los partidos no revolucionarios. Se supone que estamos hablando de una democracia en el seno de una sociedad revolucionaria y de un proyecto revolucionario, lo que implica un pluralismo a favor de cuestiones fundamental y universalmente aceptadas por el pueblo y en que difícilmente podría mantenerse por mucho tiempo un partido que en la práctica es rechazado por la mayoría del pueblo; tal como pasa en Nicaragua con algunos partidos políticos o sectores que están o estuvieron a favor de la intervención norteamericana. Un panorama diferente estaría mostrando que no se trata de una sociedad revolucionaria, salvo en lo que concierne a las intenciones de la dirigencia.

Si este fuera el caso, surgiría el interrogante sobre la instancia que definiese cuáles son los partidos revolucionarios y cuáles no lo son. Dada la posición hegemónica de los partidos revolucionarios en una sociedad socialista, sería ventajoso para la sociedad en su conjunto permitir la participación de cualquier partido. Esto serviría como válvula de escape para los elementos inconformes y simultáneamente como barómetro político de los partidos revolucionarios para hacer ajustes en sus líneas revolucionarias en caso de que los partidos no revolucionarios ganaran impulso. Las democracias burguesas cuando se sienten seguras en el poder dan espacio a los partidos marxistas en los comicios electorales; no hay razón por la cual en una sociedad socialista donde se gobierna a favor de las mayorías, se tenga temor a tolerar a los partidos no revolucionarios.

Estos valores democráticos son parte integral de la amplia lucha por una sociedad comunista que enunciaran Carlos Marx y Federico Engels en el *Manifiesto Comunista* hace más de un siglo. Luchamos por el fin de la explotación del hombre por el hombre, por el fin de la alienación, de la propiedad privada, del Estado y del concepto tradicional de la monogamia y la familia patriarcal. Estamos a favor de la descentralización, de la colectivización, de la democratización y humanización de la familia. Parte de esa práctica significa que los revolucionarios nos sentimos con el derecho de reflexionar, pensar, discutir, mostrar nuestros intereses abiertamente, decirle al mundo quiénes somos y luchar por transformar ese mismo mundo, sin hipocresía y sin farsa, sin complejos de culpa y sin mojigatería, ocupados radical y consecuentemente por la justeza y eficacia de nuestros principios. En estas sociedades las creencias individuales de todos deben ser respetadas. Se puede ser cristiano, ateo, judío o islámico. Estas creencias son asunto individual; debemos de oponernos solamente a creencias y religiones que tratan de imponerse a otros o se utilizan para fomentar la enajenación. Ello no quita que cada posición trate de hegemonizar sus propias concepciones. Lo contrario sería erigirnos en vanguardia infalible y sacrosanta y pretender imponerle al pueblo por la fuerza nuestros más avanzados descubrimientos de cómo queremos que sea la sociedad; terminaríamos perdiendo el poder antes de haberlo conquistado, tal como le ha pasado a infinidad de grupos radicales de derecha o de izquierda.

En una sociedad socialista, también debe haber un amplio margen para que los individuos y los grupos desarrollen sus propios intereses. Marx decía que en el comunismo, uno podría trabajar o divertirse cuando uno quisiera. Más importante aún, en una sociedad socialista debería haber flexibilidad para que todos logren sus intereses productivos y creativos. Las empresas personales o cooperadas entre los individuos (en pequeñas escalas) serían elementos tolerables en una sociedad socialista. Muchos desearían desarrollar sus pequeñas industrias artesanales, sus propios centros culturales, deportivos o recreativos. Los objetivos macroeconómicos o de gran escala tendrían que estar determinados por la sociedad en su conjunto, al igual que los mecanismos para impedir la mercantilización y diferenciación social, lo que no significa que el espíritu emprendedor a nivel del individuo tenga que reprimirse. Se supone que estamos hablando de una sociedad donde los instrumentos materiales y los valores culturales excluyen todo espacio para intentar de nuevo la ganancia, la explotación, o incluso la más mínima o simple mercantilización de las cosas o de la cultura. La democracia como definición política de socialismo, no solamente significa el derecho a participar en la orientación de la sociedad, sino, y seguramente más importante aún, el derecho a escoger lo que cada uno quiere hacer con su vida; así, el bien de todos sería un resultado. En última instancia, de esto trata el comunismo: de la liberación completa del individuo para buscar

intereses que redunden en beneficio de la sociedad en su conjunto, y viceversa.(16)

Existe hoy una guerra desatada en las Américas entre el imperialismo norteamericano y la Cuba socialista, bloqueada económicamente desde hace veinticinco años. Una guerra entre el imperio intervencionista del norte (a través de los mercenarios somocistas) y las fuerzas armadas revolucionarias de Nicaragua. Una guerra entre el gobierno de Estados Unidos (a través de los ejércitos locales) y las fuerzas guerrilleras de Colombia, El Salvador y Guatemala. Es también una guerra escenificada por trabajadores en huelga y en demostraciones urbanas contra la represión policíaca y las fuerzas militares en República Dominicana, Uruguay, Brasil, Chile y Haití.

Las Américas se agitan hoy en medio de una crisis histórica, una crisis que tiene sus raíces en la decadencia del imperio norteamericano. No es ningún accidente que esa misma región en donde el moderno imperio gringo inició su consolidación a principios del siglo —El Caribe y Centroamérica, así como parte de América del Sur— sea ahora escenario de sublevaciones y conflictos. El derrocamiento de los regímenes militares en Brasil, Argentina, Uruguay y Perú, la caida de Duvalier en Haití, las protestas masivas en contra del programa de austeridad impuesto por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en la República Dominicana, Brasil y Bolivia y la inestabilidad política de los gobiernos de Ecuador, Jamaica y Panamá, son señales de la agitación política de las masas, así como el cuestionamiento al orden existente y la búsqueda de nuevas alternativas.

La historia revolucionaria del siglo XX latinoamericano arranca con la Revolución Cubana. Existe sin embargo una diferencia fundamental entre la coyuntura histórica que enfrentamos ahora con el despertar de la revolución nicaragüense, y la que prevaleció después de la Revolución Cubana. En los años 60 y gran parte de los 70, el capitalismo constituía una fuerza extremadamente dinámica en América Latina. Aquel dinamismo alteró profundamente las estructuras económicas del hemisferio, desarrollando nuevas actividades de acumulación en el campo y la ciudad. Una nueva burguesía productiva emergió en la industria y la agricultura. El campesinado invadió las ciudades en busca de trabajo y los sectores medios se expandían al ritmo de la urbanización.

Ahora en los años 80, la dinámica del capitalismo se ha extinguido, dando lugar a un estancamiento. La crisis económica global muestra el agotamiento de su período expansivo. Si algún sector de la burguesía latinoamericana mantiene cierto dinamismo es más que nada el sector especulativo, que parasita en las actividades comerciales, bancarias, del mercado negro e incluso del tráfico de drogas. Existe todo un nuevo sector económico que surge basado en las importaciones y especulaciones financieras, al mismo tiempo que la burguesía productiva periclita. El Chile de los años 70, con sus famosos teóricos económicos, los "Chicago boys", fue el primer laboratorio para enfrentar los nuevos malestares del capitalismo y su primera muestra de incapacidad para lograrlo.

Cuando los déficit comerciales arreciaron y la recesión económica vulneraba aún más la economía de principios de los años 80, los auxilios del financiamiento externo sólo precipitaban el desenlace crítico de la deuda externa, arrastrando a la mayoría de los países de América Latina a un profundo compromiso con el capital financiero internacional. Bajo la supervisión del Fondo Monetario Internacional, los programas de austeridad y las medidas económicas para el libre mercado se encargaron de eliminar las barreras al capital internacional y recuperar el capital interno a costa de la subordinación económica de las masas populares. Para prevenir el colapso del sistema financiero internacional, los Estados Unidos se propusieron un apoyo económico artificial a los regímenes aliados, a través de préstamos especiales del Banco Federal de Reserva, de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) y de una variedad de instituciones bajo el auspicio del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos cuya puesta en práctica lleva el nombre de Plan Baker. Todos estos préstamos amarraron a un grupo selecto de países del tercer mundo, incluso a los más cercanos a los Estados Unidos.

En América Central, las repúblicas bananeras han sido reemplazadas actualmente por las "repúblicas del AID". Estos pequeños países son subsidiados anualmente por cientos de millones de dólares a condición de que desempeñen un papel de quinta columna en la política estratégica de los Estados Unidos frente a la revolución nicaragüense. Los militares de América Central y las élites locales acceden a un apéndice del reparto regular de la economía de los Estados Unidos mientras sus países son devorados por la guerra y por la caida de los precios mundiales de la materia prima. Este flujo de fondos corrompe a los militares y a la burocracia, y fomenta el desarrollo de un pequeño mercado especulativo como única perspectiva.

Es paradójico notar que los militares y las élites locales en América Central le deben su nueva prosperidad enteramente a la revolución nicaragüense. Si los sandinistas no hubieran llegado al poder, ellos se encontrarían con pocos mercados para vender la soberanía centroamericana, soportando solos el torbellino económico y político que agita el continente. La venta regateada de la revolución sandinista es la única moneda regularmente pagada por el imperio a cambio de su fidelidad en la lucha contra el espectro del comunismo.

En América del Sur, la actual crisis económica ha tenido un efecto diferente. Muchos sectores de la burguesía, que se han beneficiado durante años del imperialismo, sufren hoy por primera vez la subordinación económica al imperio. Son los Estados Unidos y el FMI los que están golpeando a las burguesías locales, restringiendo el mercado doméstico con sus programas de austeridad, y obligando a los países a abrir sus mercados a las importaciones de los Estados Unidos o de transnacionales norteamericanas radicadas en el continente. Estas burguesías, que enfrentan una competencia superior de productos, se ven sujetas a una cínica restricción por parte del mercado norteamericano. Estas burguesías y estos gobiernos se encuentran cada vez más atrapados entre las multitudes populares que maduran su propia alternativa y el imperio que profundiza la suya. Esto los obliga ambigua y vacilantemente a apoyar la defensa de la soberanía latinoamericana que hoy en día enarbola la revolución sandinista. Para entender la crisis económica y algunas de sus ramificaciones políticas, vale la pena abordar los distintos tipos de economías que prevalecen actualmente en América Latina y El Caribe.

En primer lugar, están las economías monoexportadoras en estado de

verdadera parálisis. Estas economías dependen de una o dos actividades, agrícola, pecuaria, mineral, o de cualquier otra materia prima en general. Frente a un mercado externo depresivo y dentro de una estructura de intercambio desfavorable en el mercado internacional, estas sociedades anidan en su crisis un gran potencial revolucionario. Las burguesías y los gobiernos se juegan la carta de la democracia representativa pero sin ninguna posibilidad de reformas económicas significativas al sistema intervenido, mientras tanto el pueblo y sus vanguardias cuestionan y asedian el orden establecido, acumulan fuerzas y multiplican sus formas de lucha. Nos referimos principalmente a los países de América Central, República Dominicana, Haití y otros países de El Caribe.

En segundo término, se encuentran aquellas economías que pasan por una etapa intermedia de desarrollo, principalmente localizados en la costa del Pacífico de América del Sur. Estos países han desarrollado significativas estructuras industriales, pero aún continúan siendo fuertemente dependientes en exportaciones primarias, tanto minerales como agrícolas. Perú, Ecuador, Colombia, Chile y México pertenecen a esta categoría. En estas sociedades la crisis es también profunda: las burguesías locales son mucho más fuertes que en Centroamérica, pero están más alejadas del imperio, y los militares siguen intactos y mantienen un equilibrio en contínuo deterioro. Las fuerzas populares comienzan a acosar realmente el poder dominante, especialmente en Chile y Perú.

Finalmente, están aquellos países con las más diversas y desarrolladas infraestructuras capitalistas en América Latina, como Brasil y Argentina. Aquí la crisis económica también hace pagar cierto tributo, pero la burguesía dispone de un alto grado de recuperación. En Brasil, la élite económica del país ha sido capaz de enfrentar la pretensión de ajuste recesivo impuesta por el FMI y enrumbarse en un nuevo período de crecimiento. Estas sociedades tienen mayor similitud con la sociedad de los Estados Unidos. El potencial revolucionario no es quizás tan grandioso como en otros países de América Latina, pero revelan, al igual que en los Estados Unidos, ciertas fisuras donde comienzan a incidir los sindicatos fabriles.

¿Qué presagia esta situación económica para el futuro de los movimientos revolucionarios? La tradición marxista ha tratado de ver las crisis económicas como un ingrediente esencial para el derrumbe del capitalismo y la precipitación de un movimiento revolucionario.

Crisis económica y revolución

En realidad, la historia nos muestra que las crisis económicas juegan un papel limitado en la creación de situaciones revolucionarias. Durante la mayor crisis económica del capitalismo, la depresión de 1930, no ocurrió ninguna revolución socialista. Y durante el período contemporáneo, ni la revolución en Cuba ni la revolución nicaragüense se produjeron por crisis o depresiones económicas. Más bien, la economía de ambos países se encontraba finalizando períodos de expansión en el momento de la lucha revolucionaria.

Si la historia tiene algunas lecciones que enseñarnos sobre los movimientos revolucionarios, es que existen dos condiciones para una revolución política: 1) la existencia de contradicciones y conflictos tales en el interior de la clase dominante, que la obliga a una recomposición del bloque en el poder, y 2) la existencia de una vanguardia a la cabeza de un dinámico movimiento popular con un programa revolucionario. Las sociedades capitalistas no caerán jamás por su propio peso o contradicciones económicas. Durante la Gran Depresión, existían ciertamente conflictos interburgueses, pero las clases populares no eran lo suficientemente fuertes para impedir la consolidación de las clases dominantes o su recompensación en el bloque capitalista del poder, que se movía entre dos opciones: reformismo y fascismo. Después de la Segunda Guerra Mundial, el socialismo penetró precisamente por la fisura producida por el conflicto interburgués, protagonizado por las vacilaciones entre los bloques reformistas y fascistas en que se dividieron los países capitalistas.

Actualmente existen serios conflictos entre las clases dominantes, que abren una nueva fisura y potencian la ruptura del sistema de dominación. Pero esta crisis en el bloque dominante no conducirá a ninguna parte si los movimientos populares y las fuerzas revolucionarias no actúan en consecuencia. El imperialismo de los Estados Unidos bajo la actual administración ya ha puesto en marcha una doble ofensiva para consolidar su dominio en las Américas. Lo que contempla, por un lado, la ofensiva en contra del pueblo trabajador de los Estados Unidos, incluyendo la baja de los salarios reales y la reducción de los programas sociales, y, por el otro, el uso de las fuerzas militares en América Latina y El Caribe y la imposición de drásticas medidas económicas que benefician a los intereses de las multinacionales norteamericanas. El objetivo final es aumentar las ganancias económicas disponibles para la burguesía de los Estados Unidos, reconstruir sus bases económicas y enfrentar la crisis de acumulación que está padeciendo.

El éxito o fracaso de este programa radica en la respuesta e iniciativa que las clases populares y los movimientos revolucionarios puedan crear en América Latina, El Caribe y los Estados Unidos. Dejada a su propio criterio e iniciativa, la clase dominante de los Estados Unidos podría fácilmente concluir exitosamente su ofensiva. Sólo una fuerte oposición y cuestionamiento por parte de las clases populares, así como el dinamismo y la audacia de una izquierda revolucionaria podría detener al imperialismo de los Estados Unidos. La lucha no será fácil. Cada día que pasa se necesitarán más de dos años y mucho más de una docena de guerrilleros radicados en la Sierra Maestra para llevar a cabo una revolución política.

Las luchas que se avecinan aparecen más prolongadas y difíciles. Las sociedades de América latina y El Caribe son mucho más complejas, y el imperialismo acumula agresivamente las lecciones de la historia. Está resuelto a no permitir que surjan otra Cuba u otra Nicaragua, aunque nosotros estamos convencidos que no podrá impedir que surja toda una América Latina revolucionaria. Como se observó en Filipinas y en Haití, los Estados Unidos ayudaron a precipitar la caída de los dictadores que ellos mismos habían sostenido y apoyado, con la esperanza de detener el triunfo del movimiento revolucionario alrededor de una bandera anti-dictatorial.

Debemos situarnos un paso adelante del imperialismo norteamericano y sus aliados locales, impulsando y llevando la lucha revolucionaria a todos

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

los niveles de la sociedad civil —a las escuelas y universidades, a las iglesias, a los centros del arte y la cultura, a los sindicatos, a las asociaciones gremiales de todo tipo, a todas las instancias y medios de comunicación, etcétera—, es decir, ahí donde exista un espacio para potenciar ideológicamente la conducta revolucionaria de las masas. La lucha en el frente político debe estar cada vez más acompañada de una lucha en el frente ideológico, a fin de garantizar la insurrección en todos los campos de la vida(17).

La sociedad civil como escenario de la lucha de clases

Hasta ahora los revolucionarios han dado mayor importancia a lo que se llama la sociedad política, es decir, a las luchas electorales, a las luchas parlamentarias, a las polémicas alrededor de problemas concernientes al régimen político, a las luchas militares o guerrilleras contra el aparato reresivo. Pensamos que estas luchas siguen siendo válidas, pero su preparación y desenlace depende cada vez más de lo que pasa en la sociedad civil donde anida la principal legitimación del régimen y del sistema, pero también sus mayores posibilidades de superación consciente. Si la lucha en el frente político tiene como objetivo la destrucción del poder reaccionario, la lucha en la sociedad civil persigue además la creación y fortalecimiento del poder alternativo y revolucionario. Su campo de enfrentamiento está en la concientización, organización y movilización de las masas, en el trastocamiento de los valores y de las normas de conducta, en el cambio de las relaciones sociales de producción, en el mundo ideológico de la vida cotidiana, en el cambio en la concepción del mundo, en la alteración permanente del orden establecido.

El conflicto en la sociedad civil ya está muy avanzado. En Argentina y Guatemala organizaciones de madres de desaparecidos, al demandar justicia para sus hijos e hijas, están retando y minando las instituciones represivas más poderosas en toda América Latina: los militares locales. En Perú, la lucha en la sociedad civil se lleva a cabo en muchos frentes: en los barrios o pueblos jóvenes, en donde programas políticos, económicos y educativos se desarrollan progresivamente; en grandes demostraciones y huelgas convocadas por sindicatos y partidos políticos de izquierda; y también en la participación de los partidos de Izquierda Unida en las elecciones locales y nacionales en que se debaten abiertamente los temas del socialismo y la liberación nacional.

En Brasil, la lucha en la sociedad civil está siendo conducida dentro de la iglesia católica, el bastión del viejo orden en décadas pasadas; en la movilización de los sindicatos; en la dinámica del movimiento cristiano; en la polémica cotidiana que discurre sobre las alternativas posteriores a la superación del régimen político-militar. En Jamaica, la batalla en la sociedad civil se está reflejando en la violencia progresiva que recorre las calles de la capital, Kingston, enarbolando nuevas banderas y nuevos valores que deslegitiman el sistema político imperante. En Honduras, la presencia militar de los Estados Unidos está minando lentamente, pero de manera segura, las viejas estructuras de la sociedad civil, cuando organizaciones campesinas y de mujeres, periódicos locales, y aún miembros del Congreso local protestan por la entrega del país a los intereses norteamericanos.

La cultura es otra frontera crítica en esta lucha. A través de los años, la cultura de la izquierda ha impulsado valores e ideas para influenciar grandes sectores de la sociedad. La novela de protesta social que comenzó con Asturias en la Guatemala de los años 50, ha contribuido notablemente a deslegitimar la figura y la presencia de los dictadores, y se ha multiplicado alrededor del mismo tema y de variados autores, incluyendo a Carpentier, García Márquez, Cortázar, Carlos Fuentes, Eduardo Galeano, Isabel Allende, y muchos otros. No exageraríamos al decir que la novela latinoamericana ha contribuido mucho más que las ciencias sociales a concientizar amplios sectores del continente contra las dictaduras militares. El campo de la poesía ha tenido también muchos portavoces notables en la izquierda, incluyendo a Pablo Neruda y Ernesto Cardenal.

La canción revolucionaria de Carlos Puebla o Silvio Rodríguez en Cuba, los cantos de protesta del Chile de Allende, y una música contestataria a lo largo del continente, incluyendo los Estados Unidos, han tenido la iniciativa frente al orden dominante desde la década de los 60. El cine, igualmente, ha llegado a ser un medio para impulsar las perspectivas progresistas y aún revolucionarias, no solamente en países como Brasil y Argentina, sino también en los Estados Unidos y Europa, cuando desde Hollywood hasta Cannes se emiten películas progresistas a favor de la liberación del tercer mundo. La literatura social también ha mantenido espacios significativos dentro de la sociedad civil de los países capitalistas, al igual que la pintura, el dibujo, la caricatura, el teatro, el circo y otras formas de arte y expresión. Incluso se podría afirmar que el campo religioso, a partir de la teología de la liberación, muestra un gran potencial a favor de las luchas populares.

La importancia que la cultura contestaria adquiere en la lucha de clases comienza a entenderse por parte de la burguesía y el imperialismo, quienes pretenden recuperarla desde sus intereses y perspectivas; el empeño represivo de sus fuerzas militares no les ha impedido irrumpir con fuerza en los mecanismos ideológicos del consenso y la hegemonía. No es que anteriormente no hayan usado la cultura, sino que ahora se inserta dentro de un discurso polémico contra los gobiernos revolucionarios y socialistas. Ayer lo utilizaban para enmascarar la explotación y la dominación, hoy pretenden denunciar los males del comunismo y la revolución. A medida que las revoluciones se establecen en el poder, la derecha también aprende de las experiencias de la izquierda: si ayer el imperialismo sólo sabía reprimir con sus ejércitos, hoy aprende a "guerrillear" con sus mercenarios, tal como lo hace desde Nicaragua hasta Angola.(18)

Teoría y estrategia política en la sociedad civil

Una gran debilidad de la actual lucha en la sociedad civil es que contínuamente estamos librando batallas en forma descoordinada, sin ninguna estrategia integrada en que se acumulen fuerzas para el movimiento en su conjunto. Nuestras luchas irrumpen en áreas particulares y sus efectos son casi siempre minimizados porque existe un conocimiento limitado de lo que ello significa para la evolución de la sociedad como un todo. Si las luchas en la sociedad civil tienen que

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

alcanzar un nuevo nivel de sofisticación y desarrollo, es importante entender la interrelación entre los movimientos y el interior del proceso revolucionario. Lo que implica abordar la relación existente entre la teoría y la estrategia política revolucionaria.

Nosotros creemos que la comprensión es parte y garantía de la transformación y que la profundización de la lucha en todos los frentes de la sociedad civil genera condiciones para una revolución política a través de las Américas. La teoría general de la transformación socio-económica tiene que dar cuenta de la teoría sobre las transiciones particulares, y ambas tienen que incluir la teoría concreta de las transformaciones políticas. La teoría de la huelga general insurreccional tiene que dar cuenta de una estrategia que permita que las huelgas parciales que a diario se suceden en el continente se encadenen en el tiempo y en el espacio hasta desencadenar la huelga general. La teoría de las crisis económicas tienen que dar cuenta de la teoría de las crisis políticas y de la estrategia de lucha ideológica. De igual manera, las acciones políticas que cotidianamente se suceden en el continente tienen que incluir la referencia teórica necesaria que alimente y garantice la legitimidad revolucionaria del proyecto. La estrategia de la toma del poder no puede descuidar la teoría sobre la construcción del poder popular. La estrategia de la revolución política no debe abandonar la preocupación teórico-pedagógica para que las masas revolucionarias alimenten su práctica con la concepción de una sociedad socialista.

El resquebrajamiento de la estructura ideológica dominante de ambas sociedades capitalistas, tanto la desarrollada como la dependiente, tiene que ser minada a partir del trabajo político-ideológico en la sociedad civil. La hegemonía burguesa no está basada solamente en los controles de las instituciones políticas. Su verdadera capacidad para mantener y aparentar la institucionalidad democrática y aclimatarse a las sucesivas y severas crisis económicas se debe a la penetración de los valores e ideas burguesas en muchos campos de la sociedad civil. Si su fuerza está en el aburguesamiento de las sociedades actuales, su debilidad radica asímismo en la socialización ideológica y material del proyecto revolucionario.

Esta es la razón por la que asignamos tanta importancia a las fuerzas ideológicas de la sociedad, a lo que hemos denominado tercera fuerza. Es esta amplia agrupación, y particularmente la pequeña burguesía y la clase media, quienes mantienen posiciones importantes en los centros culturales e ideológicos del capitalismo, por ejemplo en los medios de comunicación, en las escuelas, en las universidades y en las estructuras socio-políticas que operan a nivel de la comunidad. Estos sectores sociales son los "moldeadores de las opiniones" de la sociedad contemporánea, y un cambio en sus perspectivas tendría amplias repercusiones ideológicas.

El alcance de la lucha revolucionaria en la esfera política dependerá cada vez más del avance en la sociedad civil. Uno de los principales errores de los izquierdistas, particularmente en los Estados Unidos, ha sido creer que los cambios revolucionarios pueden ser forjados por simples cambios en las instituciones políticas. Ello constituye un punto de vista limitado, unidimensional y antidialéctico de cómo forjar un movimiento revolucionario.

El surgimiento de la llamada "República Socialista" de Berkeley, California, demuestra la importancia que tienen los cambios en los valores y en la propia ideología de la sociedad civil para lograr cambios en la política electoral. En los años 60, Berkeley llegó a ser el centro del activismo intelectual y social en los Estados Unidos. El libre movimiento del pensamiento guiado por Mario Savio, el líder de las demostraciones contra la guerra, el surgimiento de periódicos alternativos, las intensas discusiones sobre arte, cultura y política, el desarrollo de diferentes alternativas en el estilo de vida, el levantamiento del poder negro y la concientización de los sectores provenientes del tercer mundo, retaron a través de todas estas actividades los valores de la burguesía tradicional de Berkeley y los alrededores del área metropolitana.

Eventualmente, los movimientos sociales, las iglesias, las escuelas, e incluso los sindicatos y la clase trabajadora, fueron impactadas por las nuevas ideas puestas en marcha. Cuando a mediados de los años 70 blancos radicales y grupos de la clase media se juntaron con negros y organizaciones del tercer mundo en una alianza política sobre temas acerca del control de la renta, el problema de la vivienda, la represión policíaca y los servicios comunitarios, se sentaron las bases para la elección de un alcalde socialista en el consejo de la ciudad de Berkeley. Actualmente, la izquierda está atrincherada de tal forma que la nueva derecha no tiene una presencia visible y son los liberales demócratas los que están tratando de plantear una alternativa viable a los líderes de la "ciudad socialista".

El ejemplo de Berkeley revela que las elecciones políticas sólo tienen eficacia y sentido para la izquierda si se hace un trabajo extensivo en la sociedad civil. La verdadera debilidad de los movimientos reformistas de la izquierda, como los Socialistas Demócratas de América (DSA), es tratar de llevar a cabo una estrategia electoral cuando los valores básicos de la sociedad no han sido alterados. Ellos afirman que se pueden obtener logros simplemente por presentar y discutir un programa socialista en la arena política. Esta estrategia está condenada al fracaso, especialmente cuando la meta es la de tomar el control del Partido Demócrata, objetivo autoproclamado por el DSA. Dichos esfuerzos no tienen posibilidad de éxito a menos que el liderazgo del Partido Demócrata se encuentre fraccionado por un cuestionamiento en la sociedad civil.

La coalición Arcoiris en los Estados Unidos, liderada por Jackson, representa otra alternativa política interesante. Actualmente la coalición trabaja en el interior del Partido Demócrata, presentando candidatos políticos en las elecciones primarias y tratando de influenciar este partido para que tome una posición progresista en apoyo a ciertos temas políticos. Pero a diferencia del DSA, la coalición Arcoiris no ve su futuro inevitablemente ligado a los objetivos del Partido Demócrata. Sus objetivos básicos no son ganar nominaciones partidarias, sino adelantar y trabajar en un paquete de principios políticos y en una gama de posiciones que sean particularmente radicales en el contexto de la política norteamericana. Su compromiso con los derechos y libertades civiles para los negros, latinos, mujeres y homosexuales; su oposición a los recortes federales a programas domésticos y la defensa de un nivel de vida decente para los pobres; su apoyo a la reducción de armamentos y al congelamiento del armamento nuclear, y su firme oposición a la intervención de

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

los Estados Unidos en el extranjero, son principios y posiciones que la coalición no parece negociar. Un candidato político puede ganar su apoyo solamente si defiende estos principios.

Simultáneamente, la coalición tiene una estrategia política "interna-externa". Trabaja en el interior del Partido Demócrata, pero también lo hace fuera del partido y en todos los niveles de la sociedad a fin de avanzar en sus propios programas políticos. Moviliza a la gente alrededor de un conjunto de problemas y planteamientos y no alrededor del Partido Demócrata. La idea es construir un bloque de poder independiente, que pueda ser utilizado para avanzar en una serie de posiciones políticas progresistas, así como en una agenda social, y no para potenciar los saltos electorales del Partido Demócrata.

Como han reconocido algunos líderes de la coalición Arcoiris, existen ciertos peligros en esta estrategia política. La coalición podría verse muy comprometida si persigue una estrategia electoral dentro del Partido Demócrata, o en el otro extremo, podría formar un partido separado y llegar a marginarse como le ha ocurrido a muchos otros terceros partidos en la historia política de los Estados Unidos. La clave de su futuro dependerá de su capacidad para llegar a ser una nueva fuerza social en los Estados Unidos, para ampliar sus bases sociales creando simultáneamente una nueva perspectiva ideológica que movilice las masas y proponga una alternativa a la desigualdad social, económica y política que es parte integral del sistema de los Estados Unidos. Quizás esta forma de abordar las cosas no lleve a una victoria política inmediata, pero puede dinamizar los movimientos sociales y las causas más progresistas desde el punto de vista político, evitando las fragmentaciones e insertando sus temas e intereses en la agenda política nacional.(19)

Una concepción y una política integral de la insurrección

De lo que se trata ahora es de apostar de nuevo a la revolución en América Latina, lo que significa apostar también a la solidaridad y al avance de las fuerzas progresistas en el interior de los Estados Unidos, conscientes de que la derrota del imperialismo se lleva a cabo dentro y fuera de cada una de las sociedades. Entendemos por insurrección no solamente el momento final de la lucha por el poder, sino un proceso permanente que comienza con la insurrección de la conciencia: en la vida cotidiana, en las organizaciones donde militamos, en la práctica que ejercemos, en la concepción del mundo que forjamos y en los sueños que realizamos. No es suficiente limitar nuestras demandas a la esfera económica. Eso sería caer en la trampa del capitalismo, ya que estos son los terrenos en donde la sociedad mercantil tiene una ventaja decisiva.

Se trata de arrebatar la iniciativa ideológica a la nueva derecha, poner fin a nuestro aislamiento histórico y emprender la lucha de clases en todas las batallas que hoy libran los pueblos de las Américas en la sociedad civil. Dada la naturaleza compleja de las sociedades capitalistas y la determinación del imperialismo de sostener el viejo orden, la guerra será ardua y prolongada. No es una casualidad que la lucha en Chile, en El Salvador, en Colombia y en Filipinas dure ya varios años. Las victorias venderán, pero serán difíciles de ganar y duras de mantener. El optimismo apasionado en la revolución debe combinarse con el temple y la frialdad en el combate, la prisa en preparar la lucha revolucionaria con la tranquilidad para preparar cada batalla.

Hoy en día en que cada país, cada organización, y cada uno de nosotros se encuentra en diferentes niveles de la lucha, es imprescindible para los revolucionarios y para la izquierda en general hacer a un lado sus diferentes sectarismos y aprender a trabajar conjuntamente. Esta fue la llave del triunfo de los sandinistas. Si las tres tendencias del FSLN no se hubieran unido no hubiera habido victoria. La lucha de un partido por ser la vanguardia no puede estar desligada, ni mucho menos anteponerse, a la lucha por hacer la revolución. "Debemos enfrentarnos juntos o la reacción nos enfrentará separados". Frentes políticos, coaliciones y bloques de partidos unificados se convierten en opciones necesarias. Es imperativo empezar a coordinar nuestras actividades para lograr una revolucionaria división política del trabajo. En los años recientes ha habido avances significativos en las prácticas políticas de muchos países y se evidencian importantes señales de que el dogmatismo y el sectarismo están cediendo ante la mayor creatividad colectiva y fraternal que galopa por las Américas. La lucha legal se acompaña de la lucha clandestina, la lucha armada se articula a la lucha de masas. Los cambios más significativos se pueden observar en la estrategia política del Partido Comunista de Chile, en la unificación de las organizaciones de izquierda de El Salvador en el FMLN, y en el surgimiento de la Coordinadora en Colombia. La unidad de la izquierda se observa ya en las muchas organizaciones de Izquierda Unida existentes.

Es también importante para la formación revolucionaria expandir sus horizontes internacionales y aprender de otras experiencias. El entusiasmo y el contagio revolucionario tiende a apropiarse de las Américas en los próximos años. Ya empezó incluso en los Estados Unidos, en donde la sociedad civil ha sido profundamente afectada por las guerras imperialistas. Negros, latinos y blancos radicalizados tienden a compartir experiencias y situaciones provenientes de sus hermanos y hermanas del sur. El socialismo y el comunismo que germinan en los pequeños países del sur difícilmente puede ser percibido como el fantasma que amenaza la integridad de la nación norteamericana y, por lo tanto, muchos sectores de la sociedad que fueron una vez manipulados por temor al "comunismo soviético" tienen ahora una perspectiva política más abierta.

En los Estados Unidos y en cualquier lugar, la batalla en la sociedad civil significa que a largo plazo tendremos que debatir y ganar amplios sectores de la población para el socialismo, e incluso para el comunismo, como la alternativa frente al capitalismo. La misma ofensiva ideológica desatada por la nueva derecha, obliga a los movimientos revolucionarios a sembrar raíces profundas en toda la sociedad, en la lucha por la transformación de los valores y las ideologías. Esto significa que la ideología de la nueva sociedad tendrá que ir germinando aún antes de la toma del poder o de la victoria final. Así como el sistema feudal fue penetrado por el capitalismo, también el capitalismo tendrá que ser minado internamente por los valores e ideas socialistas.

ORLANDO NUÑEZ Y ROGER BURBACH

Ciertamente, la última trinchera del capitalismo en el hemisferio occidental estará en los Estados Unidos. Y esa fortaleza tendrá que ser asediada de manera simultánea por dentro y por fuera. Grandes sectores de la población blanca, negra, latina, trabajadores y sectores de la clase media de los Estados Unidos, se volverán en contra del orden capitalista imperial y de todas las tendencias adversas y destructivas que representa. Las revoluciones latinoamericanas, sin duda alguna, incluenciarán este asedio, especialmente cuando la concientización, organización y movilización por la solidaridad internacional y por la paz crezcan en importancia en el interior de los Estados Unidos. Pero también serán importantes las necesidades y reivindicaciones de amplios sectores de la población de los Estados Unidos en contra de los intereses egoístas de la clase dominante capitalista.

La revolución política ya comenzó en las Américas. No solamente porque Cuba y Nicaragua sean sociedades revolucionarias; lo que realmente indica los avances de la revolución política son las convulsiones sociales, económicas y políticas que se han apoderado de las Américas, creciendo horizontalmente y haciéndose cada vez más intensas y profundas. Los frentes de las guerrillas urbanas rodriguistas en Chile, el despertar del movimiento popular en las comarcas y ciudades de Haití, el estado avanzado de la organización política y social en Perú, el movimiento de los trabajadores y sindicatos militantes en Brasil, la desestabilización de la reacción y el levantamiento popular en América Central, la depresión económica y el descontento de las masas en México, y el crecimiento del movimiento de solidaridad y la coalición Arcoiris en los Estados Unidos, son todas señales de que las estructuras económicas y políticas dominantes se están derrumbando y que asistimos al desencadenamiento de un proceso que conduce inexorablemente hacia la revolución política.(20) □

NOTAS

(1). Burbach, Roger and Flynn, Patricia: The Politics of Intervention: The United States in Central America. *Monthly Review/CENSA, New York, 1984. Véase también Robinson, Bill and Norsworthy, Kent:* Davia ana Goliath: The U.S. War Against Nicaragua. *Monthly Review/CENSA, New York 1986; U.S. Department of State, Foreign Assistance Program:* FY 1986 Budget and 1985 Supplemental Request, *Washington, D.C.: Bureau of Public Affairs, 1985.*

(2). U.S. Department of State: The U.S. and Central America: Implementing the National Bipartisan commission Report. *Bureau of Public Affairs, Washington, D.C. julio 1986.*

(3). National Bipartisan Commission: The Report of the National Bipartisan Commission on Central America. *MacMillan Publishing Co., New York, 1984.*

(4). Lenin, citado por Stalin: El gran debate (1924-1926). El socialismo en un solo país. *Siglo XXI editores, Madrid, 1976, p.55.*

(5). Draper, Hal: Karl Marx and Frederic Engels: Writing on the Paris Commune. *Monthly Review Press, New York, 1971, p. 130.*

(6). Lenin: El Estado y la revolución. *Editorial Progreso, Moscú, 1975.*

(7). Bengelsdorf, Carolle: "State and Society in the Transition to Socialism". En: Transition and Development: Problems of Third World Socialism, *Ed. Richard Fagen, et.al. Monthly Review/CENSA, New York, 1986.*

(8). Un ejemplo de cómo el nuevo revisionismo intenta descartar el marxismo y su potencial para analizar los problemas democráticos se encuentra en: Bowles, Samuel and Gintis, Herbert: Democracy and Capitalism: Property, Community and the Contradictions of Modern Social Thought. *Basic Books, New York, 1986.*

(9). Hay muchas obras que discuten este tema: Sweezy, Paul M. y Bettelheim, Charles: Algunos problemas actuales del socialismo. *Siglo XXI, Madrid, 1977. Un valiente análisis desde la izquierda sobre lo que verdaderamente pasa con el marxismo en los países socialistas es la obra de Bahro, Rudolph:* Alternativa: Contribución a la crítica del socialismo realmente existente. *Alianza Editorial, Madrid, 1980. (The Alternative in Eastern Europe, New Left books, London, 1978). Véase también: Deutscher, Isaac:* Stalin, biografía política. *Ediciones Era, México, 1965. Bettleheim, Charles:* Las luchas de clases en la URSS, segundo período, 1923-1939. 2ª ed. México, Siglo XXI, 1979.

(10). LacClau, Ernesto and Mouffe, Chantal: Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics. *Ed. Verso, London, 1985. Harnecker, Marta:* Cuba: ¿Dictadura o democracia? *8ª ed. Siglo XXI, México, 1979.*

(11). Wheelock Roman, Jaime: Habla la vanguardia. *DAP-FSLN, Managua, 1981.*

(12). Vilas, Carlos M: La revolución sandinista: liberación nacional y transformaciones sociales en Centroamérica. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1984.

(13). Arce, Bayardo; Ortega, Humberto; Wheelock, Jaime: Sandinistas. *Editorial Vanguardia, Managua, 1984.*

(14). Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria: La democracia participativa en Nicaragua. *CIERA, Managua, 1984.*

(15). Núñez, Orlando: Luttes de classes au Nicaragua 1979-1986, *Tesis de Doctorado, París, 1986.*

(16). Hay un debate sobre el socialismo y la democracia en: Petras, James: "Authoritarianism, Democracy and the Transition to Socialism". En: Socialism and Democracy: The Bulletin of the Research Group on Socialism and Democracy, Nº 1 y Roman, Peter: *"A Critical Response to Petras". Ibid. Véase también: Lowy, Michael: "Mass Organization, Party and State: Democracy in the Transition to Socialism". En:* Transition and Development, *ed. Richard Fagen, et.al.Op.cit.*

(17). Véase la preponderancia que los dirigentes nicaragüenses confieren a factores ideológicos tales como la voluntad política, la estrategia diseñada y la posibilidad de lograr conductas revolucionarias en las masas, en la reciente entrevista de Marga Harnecker a Jaime Wheelock: Nicaragua, el papel de la vanguardia, *Centro de Capacitación Social, Panamá, 1986.*

(18). La estrategia de baja intensidad de la administración Reagan ha apostado al potencial contestatario de los elementos menos integrados en las actuales revoluciones en el poder: la cuestión campesina, la cuestión étnica y la cuestión religiosa.

(19). Sobre este tema son muy ilustrativos los textos situacionistas que alimentaron las concepciones revolucionarias en 1968. Véase: International Situationiste 1958-1969, *Van Gennep. Amsterdam, 1970.*

(20). El concepto y la práctica insurreccional es entendida como sinónimo de revolución política y lucha por el socialismo. La revolución política se plantea hoy en día como una lucha latinoamericana contra el imperialismo norteamericano. El socialismo como una lucha por la liberación nacional, la democracia y las transformaciones sociales y económicas a favor de las fuerzas populares. En este sentido, nada está excluido del debate, nada está excluido de la acción, pero creemos que todo debería girar, a corto o mediano plazo, alrededor de la estrategia insurreccional.

do así las acusaciones y reclamos internacionales contra las políticas intervencionistas; 3) además, expondrá mucho menos al riesgo directo a los norteamericanos, quienes no tendrán que sufrir las bajas infligidas por las guerrillas, punto clave para neutralizar la potencial oposición política de la opinión pública del pueblo de los Estados Unidos.

A pesar de su capacidad potencial para resolver estos problemas político-militares, la reactivación de las estructuras de las Fuerzas Especiales dentro de la burocracia de Defensa ha provocado contradicciones y resistencia de parte de algunas de las estructuras militares tradicionales.

La resistencia proviene de varios factores. Además de lo mencionado, existe un sentimiento tradicional en las fuerzas armadas de que el énfasis en unidades, entrenamiento y fondos especiales significa una amenaza a las fuerzas regulares o convencionales. El énfasis en muchas actividades no propiamente militares, que son parte de las especialidades de estas fuerzas, también genera la sospecha entre cierta oficialidad en el sentido de "distraer" recursos de las acciones orientadas a la "gran seguridad".

Otros se oponen a esta iniciativa porque no están convencidos que sea la forma más adecuada de combatir al "enemigo" en el Tercer Mundo, por el riesgo de que Estados Unidos se involucre sin la legitimidad necesaria para desplegar mayores fuerzas si no funciona este "método".

Todavía existen los que argumentan en contra de las Fuerzas Especiales y de toda la estrategia de la GBI, porque sus programas no generan mayores contratos para la producción en masa de armamento y equipo bélico. Por supuesto esta oposición proviene no sólo de la burocracia de Defensa, sino también de ciertos sectores con intereses económicos.

El problema es complejo y significa un ajuste institucional de gran envergadura, si agregamos que además existen grandes rivalidades entre los distintos servicios de las fuerzas armadas sobre equipo, áreas de responsabilidad y formas de mando, todos los cuales tienen que ser alta y armónicamente coordinados en el terreno de la guerra para poder ser efectivos(10). Esta misma problemática se repite para las instituciones armadas locales al adoptar la nueva doctrina.

Mientras la lucha sobre la GBI continúa dentro de las fuerzas armadas, es importante notar que uno de los pasos organizativos más importantes para las Fuerzas Especiales fue tomado justo en los días previos a la invasión a Granada, en octubre de 1983: La creación de la Agencia de Operaciones Especiales Conjuntas (JSOA-Joint Special Operations Agency) formada por los Jefes Conjuntos de las Fuerzas Armadas para asesorar en todos los aspectos de las operaciones, desde estrategia, planificación, programación y presupuesto hasta recursos, doctrina y el uso de las fuerzas. Lo significativo de esta estructura es que se ubica a los niveles más altos dentro de la jerarquía militar norteamericana para garantizar un comando unificado.

El segundo aspecto de la lucha en Washington se relaciona con la organización y funcionamiento de las otras instancias oficiales para asegurar el control burocrático en la ejecución y seguimiento de la política global hacia los países en conflicto. Si la misma naturaleza de la GBI tiene un carácter altamente político-ideológico, requiere que todo el aparato militar y no militar esté muy bien coordinado y controlado para garantizar efectividad en el



terreno del país en guerra, y en el caso de Centroamérica, en la región entera.

En términos concretos esto significa una clara definición de responsabilidades y funciones en medio de una creciente interdependencia entre el Departamento de Estado (DOE), el Departamento de Defensa (DOD) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) con el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) y la Casa Blanca. No es casual la demora de la discusión interna sobre cómo canalizar los fondos a la contra nicaragüense. Para el caso de El Salvador ha pasado lo mismo, pero sin que tuviera cobertura de prensa.

En el "Mandato para una Segunda Jefatura", la Heritage Foundation (1985) presentó una propuesta para ayudar a la administración Reagan a concretizar sus políticas domésticas y externas.

Para el manejo burocrático de la Guerra de Baja Intensidad, recomendada como la columna vertebral de la política exterior hacia los países del Tercer Mundo en conflicto, Richard Shultz hace recomendaciones específicas para las distintas organizaciones y agencias involucradas, y propone una forma de control por parte del Consejo de Seguridad Nacional(11).

El frente de guerra de la opinión pública

Aunque este frente incluye la opinión internacional y particularmente la de los países en guerra, las siguientes páginas se centran en el aspecto de la opinión doméstica de los Estados Unidos.

Otra problemática que enfrenta Washington al "manejar la guerra tan de cerca en todos los frentes" es la creciente contradicción entre su política regional y la justificación de ésta ante el público norteamericano. La opinión y la presión pública contra la política exterior de la Administración Reagan en Centroamérica ha sido un factor de mucha más importancia en su reformulación de lo que comúnmente se aprecia. En general el conocimiento público sobre Centroamérica es pobre, pero en la manera que los norteamericanos están mejor informados, tienden a ser más críticos:

Las encuestas de opinión sobre Centroamérica sugieren que la creencia de la administración ha sido correcta, en el sentido de que la oposición a su política es un problema mayor, y un impedimento serio a la profundización de la intervención norteamericana. El dilema se exacerba aún más por el hecho que a mayor atención pública hacia la región, mayor oposición se genera (Leogrande, s.f.:56-57).

El debate y votación en el Congreso constituyen otro foro importante para medir la opinión pública. Al incrementarse la dependencia del pensamiento y la técnica militar norteamericana en los países del Tercer Mundo, el Ejecutivo debe aumentar y justificar sus peticiones de asistencia ante el Congreso. O sea, sujetar estas "guerritas" a un escrutinio constante del Congreso y, por ende, del público. Además de la contradicción que surge por "defender las medidas antidemocráticas" bajo el lema de la "democracia", adicionalmente se presenta el problema de que son guerras que se conducen en "tiempos de paz", no permitiendo entonces contar con un cheque en blanco para todas las necesidades. Las modificaciones del Congreso pueden ser grandes o dilatarse en la toma de decisiones; ambos factores perjudican a este tipo de guerra altamente sensible al "tiempo político" que exigen.

El caso de El Salvador ejemplifica el tipo de condicionamiento especial que la Administración tuvo que exigir para poder seguir con el financiamiento de la guerra: la implementación de la "Certificación de la mejoría de los derechos humanos" y la campaña de "limpieza" sobre el financiamiento para la contrarrevolución nicaragüense y en particular la "acción encubierta" de los grupos armados demostró, entre otras cosas, cuán necesarios eran los esfuerzos para legitimar su política, y cuánto tuvo que reformular sus propuestas para lograr el financiamiento.

Es cada día más obvio y también se refleja constantemente en las propuestas de políticas del ejecutivo, que existe un interés profundo en buscar las formas de implementar la política exterior de manera que evite el escrutinio del Congreso y logre el apoyo táctico de un público desinteresado o convencido.

El mismo hecho que el canal para parte del financiamiento de la contra nicaragüense sea ahora el Departamento de Defensa y no la CIA, es una demostración de este hecho. Los fondos desembolsados por la CIA para la "acción encubierta" están sujetos a revisión por parte de los comités de inteligencia de la Cámara Baja y del Senado. Con el Departamento de Defensa no existe esta clase de controles.

Con el inicio de la segunda administración Reagan se hace más evidente la importancia de este frente de la "Guerra de Baja Intensidad" (la opinión pública), con la puesta en marcha de una enorme cantidad de mecanismos para influir en ella. Proliferan ahora los ensayos, artículos, estudios y propuestas de política emanadas de las llamadas "fábricas de pensamiento" de la derecha en los

(11). Se elaboraría más sobre este aspecto de la implementación de la GBI en el próximo trabajo.

(12). Esto sigue siendo una manifestación del problema de la coordinación conceptual y operacional entre las distintas instituciones. Kissinger propuso establecer una organización financiera nueva (ODCA), Organización para el Desarrollo en Centroamérica, que debería manejar de forma integral las relaciones económicas internacionales de los países de la región, teniendo un poder de decisión política sobre los proyectos a implementar. Tal institución sustituirá de hecho el papel de la AID, Agencia de Desarrollo Internacional, y llevaría al gobierno de los Estados Unidos al mero seno de la decisión económica de los países por ser miembro de la misma ODCA. Hasta la fecha la propuesta sigue siendo rechazada por AID y otras agencias financieras. El abordaje parcial del problema económico de fondo perdura.

Estados Unidos, cuyos propósitos son la justificación o legitimación de la posición gubernamental frente a Nicaragua, Angola, Etiopía y Afganistán, pero sobre todo Nicaragua.

Aparece un nuevo fenómeno llamado la diplomacia pública orientada a persuadir, sobre todo a la opinión pública doméstica, para que apoyen la política exterior de Reagan. Se dirigen fondos y esfuerzos oficiales para cultivar grupos de apoyo a las guerras de "liberación contra el comunismo". La línea entre el apoyo oficial y privado se borra; caso ejemplar es el de personajes políticos y ex-oficiales militares que están organizando campañas para influir de una manera decisiva en la opinión pública, como el caso del Senador Jessie Helms quien organiza a inversionistas conservadores para comprar acciones del canal de televisión nacional CBS, con el fin de "combatir el sesgo liberal del canal" (Wall Street Journal, 1985). Otro es la rápida expansión de organizaciones privadas derechistas formadas por ex-oficiales que pretenden influir y hasta participar en la implementación de la guerra en Centroamérica, tales como National Defense Council, Council for a National Policy y Friends of the Americas (cf. Boletín de Pensamiento Propio, 1985:55-60).

El caso de la relación del gobierno norteamericano con Centroamérica de nuevo ejemplifica mejor el desarrollo del trabajo de la administración con la opinión pública. Uno de los sectores más influyentes a nivel de base, cuyo trabajo de proveer información y educación sobre Centroamérica ha sido muy efectivo en combatir la distorsión, es el sector religioso. En los últimos años se ha visto un incremento considerable en la campaña gubernamental contra los grupos de este sector que no están de acuerdo con la política de Reagan. La campaña se conduce a varios niveles, incluyendo desde reuniones organizadas por la misma Casa Blanca para los líderes religiosos de todas las denominaciones (donde reciben orientaciones sobre la "amenaza de los movimientos de liberación"), hasta ataques contra el status legal de organizaciones que apoyan programas de reconstrucción en Nicaragua, o bien difunden información y análisis sobre los acontecimientos en Centroamérica que cuestionan la perspectiva del gobierno norteamericano.

En el caso de la opinión pública norteamericana es cada día más claro que, para poder dominar este frente de guerra, Reagan tendría que fomentar una creciente ignorancia del pueblo norteamericano sobre lo que realmente pasa en la región, y modificar el sistema legislativo de tal manera que el poder de decisión e implementación



de la GBI quede casi exclusivamente en manos del poder ejecutivo.

Conclusiones

Si bien de manera general se ha expuesto cómo está conceptualizada la Guerra de Baja-Intensidad y cuáles son algunas de las políticas, instrumentos y tácticas concretas empleadas por ella, falta todavía estudiar y analizar el fenómeno más a profundidad para entender cuál puede ser el alcance de la nueva doctrina de guerra para el Tercer Mundo, o lo que llaman algunos, la Tercera Guerra Mundial. Los de la Administración actual que priorizan estos conflictos considerándolos la amenaza más seria a la proyección y prolongación de hegemonía norteamericana, la plantean, en esencia, como una guerra de desgaste. Un desgaste de los recursos, la autoridad popular, la habilidad política, el apoyo moral, la solidaridad internacional y hasta de la misma convicción de las fuerzas revolucionarias. En el fondo es la construcción del aparato político para librar una guerra constante, una guerra anti-popular prolongada contra la posibilidad de una alternativa revolucionaria/popular a la crisis que desatan los países del Tercer Mundo.

A continuación planteamos algunas reflexiones que no pretenden ser conclusiones sino preguntas, sobre el desenlace de la Guerra de Baja Intensidad en Centroamérica, donde no sólo se está poniendo a prueba la nueva doctrina, sino que está siendo elaborada en el terreno mismo de la guerra.

Lo económico no está resuelto

Al analizar la implementación de la GBI en Centroamérica, surge la pregunta central: ¿cómo encaja esta estrategia dentro del proyecto de recuperación o reestructuración económica de los países de la región?. Una guerra prolongada supone que ella se desarrollará paralelamente a cualquier plan de modernización económica.

Propuestas elaboradas y públicamente conocidas que se dirigen a la problemática de manera global son escasas, comenzando con la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, cuyo éxito como fórmula económica para la resolución de la crisis en la región ha sido del todo insuficiente.

Las recomendaciones del Informe de la Comisión Bipartidista para Centroamérica (Informe Kissinger), constituye un intento posterior de mayor alcance y con el aporte de un marco analítico, integra los aspectos económicos, políticos y militares. Hasta la fecha se observa que la lógica de la propuesta Kissinger bien puede ser la que opera como base fundamental para la política exterior de los Estados Unidos hacia la región, aunque varias propuestas concretas del informe han sufrido modificaciones, o han sido descartadas en lugar de contrapropuestas parciales(12).

Si la GBI pretende revertir el proceso revolucionario en la región, se enfrenta necesariamente con la tarea de menguar el creciente descontento social de la población en general, no sólo de los afectados "directamente por la guerra". Esta doctrina de guerra tendrá que formar parte de una alternativa contrarrevolucionaria. En el largo plazo, una guerra de desgaste tiene que ofrecer una alternativa capaz de superar las políticas de reforma del pasado y evadir el recurso de la represión masiva violenta.

El conjunto de programas adscritos a la doctrina de la GBI que se dirigen de una manera u otra a lo económico (la acción cívica, ayuda humanitaria, operaciones sicológicas, programas de desarrollo local, etc.), forman parte del concepto de nation building, jerga burocrática para la creación de instituciones nacionales estables y capaces de garantizar, sobre todo, la seguridad del Estado. No responden a los problemas económicos de fondo.

Todavía no está claro cómo estos programas y campañas contrainsurgentes que tienen un carácter local se van a articular con una política económica global para cada país, y luego para la región. O sea, cómo encajan dentro del trato a los problemas

REFERENCIAS

Barry, Deborah y Sol Pérez, Jorge (1984) "El Debate Norteamericano: Cinco propuestas sobre Centroamérica" en Cuadernos de Pensamiento Propio Managua, agosto.

Boletín de Pensamiento Propio *(1985) Nicaragua, III (25), agosto.*

Evans, Ernest (1984) "Revolutionary Movements in Central America: The Development of a New S9ategy" en Rift and Revolution: The Central America Imbroglio, AEI, Washington, DC.

Halliday, Fred (1983) The Making of the Second Cold War. London, Verso Editions.

Heritage Foundation (1985) "Mandate for Leadership II, National Security Recommendation for a Second Term", Washington, Heritage Foundation.

INSEH (1985) "Cambios y Contradicciones en las fuerzas armadas de Honduras", México, INSEH, agosto.

Leogrande, William M. (s.f.) "Public Opinion on Central America". Washington, D.C., School of Government American University. (inédito)

Luttwak, Edward N. (1983) "Notes on Low Intensity Warfare", Parameters. December.

Pastore, Clara I. (1984) "United States Special Forces. Anthing, anytime, anyplaces?". Washington, D.C., Center for Defense Information.

Pomeroy, William J. (1967) Guerrillas y Contraguerrillas. México, Editorial Grijalbo.

Sanders, Jerry (1983) Peddlers of Crisis. Boston, South End Press.

Shultz, Richard (1983) "The Role of External Forces in Third World Conflicts", Comparative Strategy, 4 (2): 79-184.

-----y Hunt, Richard (s.f.) Lessons from Unconventional War (Reassessing U.S. Strategies for Future Conflict), s.l., Pergamon Press.

Summers, Harry (Col.) (1981) ON Strategy: The Vietnam War in Context. Pennsylvania, Strategic Studies Institute, U.S. Army College.

Wall Street Journal (1985) "Helm Group to Urge Purchase of Stock in CBS to Fight Network Liberal Bias". January 11.

Publicado en "Cuadernos de Pensamiento Propio" Managua. Febrero 1986

macro-económicos de mayor importancia como son la crisis fiscal, deuda externa y creciente fuga de capitales desde la región. Las respuestas parciales que siguen operando —aprobaciones presupuestarias del Congreso, préstamos y reestructuración de las deudas por parte de las agencias multilaterales— no se presentan en su conjunto como resolución adecuada. Al extender la guerra a más largo plazo, preguntamos si no enfrentarían una creciente contradicción económica.

La coordinación institucional no es un simple reto de procedimiento

Implementar una guerra de desgaste y no de enfrentamiento de fuerzas militares convencionales ha desatado debates y conflictos dentro de las mismas fuerzas armadas, cuerpos policíacos, y agencias civiles de los Estados Unidos. El librar una "guerra total" implicando un accionar coordinado en lo político-diplomático, económico, social, militar e ideológico presenta problemas, tales como: ¿quién va a dirigir la guerra? ¿qué papel tendrá y bajo qué estructura de mando va a participar cada institución norteamericana? ¿cuál de las fuerzas armadas debería tener el papel principal dentro de los países en conflicto? ¿quiénes toman las decisiones últimas? En caso de que sean los estrategas y políticos del Consejo de Seguridad Nacional en Washington, ¿cómo garantizar la "correcta y oportuna implementación" de la decisión? Estos son problemas que apenas comienzan a desarrollarse dentro del aparato de la política exterior estadounidense y sin embargo, son determinantes para la "buena marcha" de la guerra contrainsurgente.

Como se demostrará en algunos de los trabajos siguientes, estos mismos problemas se reflejan dentro de ias instituciones armadas y civiles de los países de Centroamérica. Cambiar el papel que tradicionalmente ha tenido una institución en el ejercicio del poder no es problema pequeño, como hemos mencionado. La resolución de estos cambios formará un frente de la misma guerra y tendrá que ser tomado en cuenta para medir su avance o resolución.

Los conflictos internos en las instituciones estadounidenses y en las locales y la rivalidad entre las fuerzas armadas mismas demuestran diferencias tan serias que, como declaró el mismo Kissinger, no se resolverá solamente al nivel práctico, sino que también requiere la existencia de un componente teórico en la doctrina de la GBI.

Esto, sobre todo, cuando el grado de desarrollo de las instituciones estatales y la naturaleza de su relación con el poder dentro de un país imperial altamente desarrollado es tan distinta en comparación con los países del Tercer Mundo.

Por ejemplo, resulta que muchas veces el diseño y la implementación de una táctica específica de la guerra en Centroamérica responde más a las necesidades institucionales internas de los Estados Unidos, que a la situación objetiva de la guerra "en el terreno".

En su nueva definición contrainsurgente, después de los estudios sobre la naturaleza de su fracaso en la guerra del Sureste Asiático, los Estados Unidos remarcan más la importancia de una visión regional de los conflictos. Las definiciones de su enemigo principal y de los secundarios se vuelven de suma importancia en el diseño e implementación de la estrategia.

Si aplicamos la lógica y las "nuevas reglas del juego" de la GBI a un plano regional se evidencia que Estados Unidos opera en Centroamérica con políticas específicas por país, pero lo regional es el marco principal que determina el desarrollo de su ofensiva contrainsurgente.

En estos momentos del proceso de militarización de la región o de la guerra se trata de una ofensiva contra las retaguardias regionales de las fuerzas revolucionarias y la construcción y profundización de las retaguardias regionales de las fuerzas contrarevolucionarias y contrainsurgentes.

Para este tipo de guerra hay que entender las retaguardias como políticas, logísticas y militares. Un ejemplo del modo de operación actual contra lo que los norteamericanos consideran una retaguardia política es la campaña de destrucción de santuarios. El objetivo de separar a la población civil de las fuerzas revolucionarias es visto en el plano regional, donde los refugiados y las personas desplazadas deberían ser controladas por las fuerzas pro-estadounidenses de tal manera que no puedan construir santuarios revolucionarios en ninguna parte del istmo. Esta visión interpreta a Nicaragua como santuario para las fuerzas del FMLN, dictando entonces una política internacional de separar y aislar el FMLN del FSLN.

Cuando trasladamos la lógica y las reglas del juego de la GBI al plano de la región, aparece otra lectura de los objetivos específicos de cada acontecimiento de la guerra. Inclusive, ésta puede contribuir a una interpretación más acertada de la guerra, sus etapas y el largo plazo que involucra la lucha. □



Historia

LA CUESTION ANARQUISTA EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA

J. Gutiérrez Alvarez

Como es bien sabido, el anarquismo mundial tuvo en España su máxima representación e influencia. Esto ha llevado a decir a algunos que la presencia libertaria ha sido el trazo más original de su historia contemporánea. Lo que es más seguro es que este hecho fue el más singular de la guerra y la revolución de 1936-1939, fechas absolutamente cruciales en la historia de la anarquía. Después de numerosas derrotas, el movimiento libertario internacional creyó encontrar en la contienda española su ocasión de oro para demostrar al mundo, y muy particularmente a los marxistas, *cómo se hacía la revolución*, o sea de una manera antiestatal y autogestionaria, siguiendo otras pautas a las del modelo bolchevique de 1917 que coincidían en descalificar(1).

NOTAS:

(1). Esta descalificación es inicial en el caso de los más doctrinarios, comienza a crecer con la paz de Brest-Listovk y será definitiva con Kronstadt. Aunque este hecho no puede ser asimilado seriamente como un acto anarquista —la tercera revolución—, sí es revelador de la creciente hegemonía del aparato represivo dentro del Estado soviético. Sobre este punto hay un abundante material y sobre él se puede decir que es un debate inconcluso.

(2). El anarcosindicalismo había protagonizado numerosas derrotas políticas —sin ir muy lejos la de la CGT en 1914—, pero nunca había tenido un papel tan descollante como en la guerra de España. Un caso muy poco conocido es el de la CGT portuguesa, muy potente en víspera del golpe de Salazar, ante el cual preconizó una línea abiertamente suicida: "neutralidad proletaria". No he encontrado nunca ningún comentario crítico de esta actuación entre sus escritores.

(3). En todos los países donde el anarquismo era importante, los PPCC se construyeron con un fuerte componente —en ocasiones decisorio— de dicha extracción, teorizada como preferente frente a la socialdemócrata por Lenin y Trotsky. No deja de ser significativo que algunos de los principales dirigentes del POUM —Nin, Maurín, Bonet, etc.— provenieran de la CNT y luego de las JJSS —Andrade—; esto es extensible a toda la Oposición de Izquierda Internacional.

(4). Se puede decir, sin miedo a exagerar, que todo el anarquismo internacional tuvo "su guerra de España". Un ejemplo sencillo y dramático de lo que significó la derrota se puede encontrar en el film La historia oficial, *de Luis Puenzo.*

(5). Federica Montseny llega a encontrar "huellas" de anarquismo hasta en la extrema derecha y el equívoco Saña relaciona esta naturaleza anárquica con la fuerte presencia de una sociedad precapitalista en el Estado español (¡como si esta característica fuera exclusiva!).

(6). Maurín tomó parte de un amplio debate sobre este tema, ver El arraigo del anarquismo en España, *edición de Albert Balcells (hay varias ediciones, la última en Júcar). Vuelve sobre el problema en su apéndice de* Revolución y contrarrevolución en España *(Ed. Ruedo Ibérico, París, 1966).*

(7). Puede ayudar a comprender la diferencia el análisis de Ernest Bloch sobre el lenguaje "caliente" y "frío". La literatura anarquista no tuvo una gran calidad, más bien todo lo contrario, pero tuvo la gran virtud de "llegar" hasta a los más analfabetos que escuchaban iluminados —en el mejor sentido— la lectura de La conquista del pan *en las eras andaluzas. Para un estudio de esta importante cuestión: A. Triana Ferrer,* Educación libertaria y revolución social, *Univ. Nacional a Distancia, Madrid 1987.*

En el momento en que estallan las "jornadas de julio", la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), creada en 1922 en Berlín en oposición a la II y a la III Internacional, puede dividirse claramente entre su principal sección, la española, con más de medio millón de afiliados —que se ampliarán durante la guerra—, y el resto, en su mayor parte secciones diezmadas —Portugal, Alemania, Italia— o en decadencia —Francia, Argentina—, todas francamente minoritarias(2).

Después de un efímero fulgor con la Internacional Antiautoritaria o Negra, animada por el propio Bakunin, el anarquismo será desplazado de los principales centros industriales por la Internacional Socialista. A principios de siglo conocerá otro gran momento con el auge del sindicalismo revolucionario —encarnado por Pelloutier y por la Carta de Amiens—, pero la I Guerra Mundial y sobre todo, la revolución rusa, darán lugar a una nueva crisis en provecho de la Internacional Comunista en los países semiindustrializados; muchos de sus cuadros serán atraídos por el bolchevismo(3). España será la gran excepción. De ahí que cuando se implanta la II República, y sobre todo cuando estallan la guerra y la revolución, el anarquismo mundial hace suya las esperanzas de la CNT-FAI y muchos de sus militantes más notables vivirán intensamente su guerra de España(4).

La excepción española

Esta excepción española ha fascinado singularmente a toda una hornada de historiadores e hispanistas que han tratado de dar una explicación científica al fenómeno en base a un esquema socioeconómico —la existencia de un océano de pequeñas industrias y de los latifundios—, a un trasfondo religioso —el anarquismo se explica como una variante de la herejía religiosa históricamente frustrada en España—, sin olvidar la variante racial, tan cara a los propios anarquistas que han consagrado la singular idea de que "el español" —además arbitrariamente uniformado— lleva en su "idiosincrasia" unas dosis menores o mayores de anarquismo(5). Para estos historiadores se trata de asimilar lo que en buena medida consideran una anomalía —como si la historia en general y el movimiento obrero en particular se pudiera explicar con moldes o paradigmas universales—, y para los anarquistas se trata de acentuar una gesta "racial" cuyo horizonte les parece eterno. Hay no poco de "patriotismo" militante en esta última concepción —que ha sido teorizado también por cierta derecha, y por gente como Heleno Saña—, y que hace del fenómeno anarquista español algo metafísico, intemporal.

Estos factores tienden por lo demás a ocultar los más importantes: los políticos. Algunos de ellos han sido subrayados por un maduro Joaquín Maurín, que ofrece una versión mucho más matizada del *"arraigo del anarquismo en España"*(6), afirmando que los anarquistas comprendieron mucho mejor que los "marxistas" el carácter radical de la cuestión agraria en el sur, la naturaleza de vanguardia obrera de Barcelona frente al Madrid burocrático, fueron propagandistas mucho más capacitados(7), tuvieron una actitud más receptiva hacia los intelectuales radicales y hacia ciertas características del pueblo español, supieron responder a la violencia institucional (Durruti) y actuar en la clandestinidad, poseyeron también más brío e imaginación que los socialistas. El sindicalismo revolucionario hizo mucho más que las presiones parlamentarias por las mejoras en las condiciones de vida y por la dignificación del trabajo; es más, serían las luchas obreras animadas primordialmente por los anarcosindicalistas las que alentaron las escasas reformas legales conseguidas. Su apoliticismo revolucionario no aparecía entonces como una posición sectaria dada la liviandad moral de los políticos liberales y cuando presentaban su proyecto revolucionario parecía la consecución lógica de un proyecto democrático radical que había sido secularmente traicionado por la burguesía.

Por otro lado, el anarcosindicalismo supo combinar diversas formas de lucha e integrar en su seno un amplio abanico de tendencias libertarias, desde las pedagógicas y pacifistas hasta las insurreccionales y justicieras, y finalmente logró capear la crisis creada en torno al polo tercerointernacionalista, apoyando al principio una línea de convergencia táctica —sin olvidar los principios de Bakunin—, para desvincularse después de los acontecimientos de Ucrania y de Kronstadt y del peculiar informe de Angel Pestaña, cuando ya el PCE iniciaba su crisis. Solamente en Cataluña y Sevilla hubo problema comunista(8).

En su larga historia, el anarquismo español se había fortalecido superando las "pruebas de fuego" de una represión constante, muy superior a la que sufrió el PSOE. Sobrevivió al fracaso de la revuelta cantonal de 1873 —donde su responsabilidad sería mucho menor que la que le atribuyó Engels en su famoso folleto *Los bakuninistas en acción*(9)—; al "pronunciamiento" del general Pavía en 1874; a las oscuras maniobras policíacas en

torno a la "Mano Negra" y al atentado del Corpus. La primera descabezó el amplio movimiento jerezano y la segunda trató de destruir el núcleo barcelonés e hizo célebre las torturas del castillo de Montjuich(10); al fracaso de la huelga general que representó el capítulo más profundo de la "Setmana Trágica"; al pistolerismo patronal de principios de los años veinte que acabó con un buen número de sus cuadros más capacitados(11), y finalmente a la dictadura de Primo de Rivera que trató de yugular a la CNT en tanto que permitió la legalidad, aunque mermada, del PSOE.

Todo esto ocurrió en un período en el que los baches aparecen como antesala de un poderoso resurgimiento, y en el que los conflictos internos no torcieron su desarrollo como había ocurrido en otros países. Las controversias y enfrentamientos —personales mayormente— entre colectivistas —a la manera de Bakunin— y comunistas —a la de Kropotkin—, fueron bastante duros, no menos que lo fueron los existentes entre los individualistas —Urales y Mañe, Mella— y los sindicalistas —Lorenzo, Seguí, etc—, pero todas estas tendencias acabaron coexistiendo aunque las diferencias resurgieron con otros problemas de fondo y se acentuaron al final de la Dictadura, cuando un sector —la FAI— abogaba por una línea de ruptura e insurrección y otro —Pestaña, Peiró, López— se inclinaban hacia acuerdos puntuales con la izquierda republicana y autonomista.

Estas contradicciones van a atravesar todo el período republicano hasta la reunificación que consagrará el Congreso de Zaragoza de enero de 1936, para reproducirse con otras variantes durante la contienda e instalarse como algo crónico en el exilio hasta la ruptura final durante la "transición". En este sentido se puede hablar de "dos almas" del anarquismo y José Peirats, nos la presenta así durante la República:

«*Entre los anarquistas había dos concepciones revolucionarias: la que podríamos llamar jacobina y la que pudiéramos tildar de oportunista. Los primeros jugaban todo al golpe de audacia; los otros creían que la revolución tiene sus plazos. Se hace (o no se hace) todos los días. El máximo historiador de la anarquía (Max Nettlau, JGA) llamaba a esto último la continuidad de la historia. Frente a la concepción conspirativa estaba la oportunista. Los movimientos insurreccionales conspirativos de 1933 pusieron en evidencia a ambas tendencias. Falló repetidamente la revolución conspirativa. Los movimientos fueron fácilmente aplastados por el gobierno. Falló por falta de clima. Para*



unos la revolución se forja en frío. A costa de machacar el hierro este se caldea y se pone al rojo vivo. La revolución sería hechura de unas minorías audaces dispuestas a ofrecer el ejemplo de su sacrificio. Caldeado por el ejemplo, el pueblo seguiría. Para los oportunistas esto es jugar a la ruleta rusa. Si sale con barba... Ambas corrientes creen que la revolución no es posible sin la intervención del pueblo. Pero mientras aquéllos creen que esta intervención es voluntariamente provocable, éstos estiman que sólo un acontecimiento emocional imponderable puede crispar las multitudes. Nuestra misión consiste en estar preparados para soplar en el fuego y llevar la revolución siempre adelante. La conspiración jacobina puede abocar a la dictadura, que ambas tendencias repugnan»(12)

La etapa de la II República

Con la revolución política del 14 de abril de 1931, el dilema jacobinismo-oportunismo atravesará tangencialmente el poderoso desarrollo de la CNT. Para la corriente "moderada" agrupada en torno al *Manifiesto de los Treinta* (Angel Pestaña, Joan Peiró, Juan López, etc), no están creadas todas las condiciones para la revolución y se impone un trabajo de acumulación de fuerzas, de avance sindical y de concienciación cultural. Por tanto no se trata de buscar el enfrentamiento directo contra el Estado y la burguesía sino de aprovechar posibles acuerdos con sus sectores más avanzados, como los catalanistas de izquierdas con los que los "trentistas" tienen bastantes puentes. El modelo social de esta corriente —en la que se insertan numerosas variantes menores como la municipalista, la pacifista tolstoyana, etc.—, será una traducción de las teorías de Pierre Besnard y Christian Cornelissen que abogan por una fórmula de "todo el poder" para las federaciones sindicales, una idea muy en boga dentro de la corriente histórica sindicalista revolucionaria (IWW). Serán muy duramente tratados por la mayoría (Ricardo Sanz llega a escribir un panfleto llamado *Los treinta Judas*), y expulsados. Durante varios años permanecen marginados fuera de la CNT, aunque acabarán reintegrándose, con la excepción de la fracción que representa Angel Pestaña, que construye el ínfimo Partido Sindicalista que tratará de convencer a los confederales de la importancia de tener una formación política, sin éxito. Aunque durante la guerra civil su política coincidirá ampliamente con la de un sector cenetista —de procedencia faísta— encabezado por Horacio Prieto(13).

La mayoría que se impone prácticamente en todo el Estado se vertebra a través del irregular esquema

orgánico de la FAI en base a la premisa de que la CNT es insensible sin una hegemonía anarquista. El ascenso del movimiento de masas en general y en particular de su expresión anarcosindicalista plantea para los teóricos de la "gimnasia revolucionaria" que ha llegado el momento de avanzar en el camino de la revolución mediante un vasto movimiento de insurrecciones locales —a la manera de Bakunin en Italia—, que serán definidas por los "trentistas" como una forma de actuación anarcobolchevique (asimilando abusivamente el bolchevismo a una simple técnica de golpe de Estado a la manera grotesca de Curzio Malaparte), y que se debe caracterizar más correctamente como una variante anarquista de *putschismo*. Este movimiento, iniciado en Figols, tendrá su capítulo más célebre y trascendente en Casas Viejas donde las fuerzas de orden público hicieron una demostración de cómo cabía tratar este tipo de acciones que nunca duraron más que unas horas o unos días, aunque sus protagonistas estaban convencidos de que no eran unos ensayos sino el día D de la revolución. Sus razones teóricas más elaboradas fueron hechas por el Dr. Isaac Puente, principal intelectual cenetista de la época y que las expuso como sigue:

«*Una revolución política puede hacerse en el frente urbano... La revolución social necesita tener el más amplio frente, haciendo de cada villorrio un baluarte... Un puñado de camaradas audaces o un pequeño sindicato rural, pueden proceder fácilmente al desarme de los enemigos y al armamento de los revolucionarios. En un pueblo es fácil resistir muchos días un bloqueo, porque hay medios abundantes de subsistencia... Los compañeros de la ciudad tienen algo más importante que hacer. Traer en jaque a la fuerza armada para que no pueda acudir a someter a sus hermanos, los campesinos sublevados. Distraer las fuerzas del enemigo. Mantener la huelga revolucionaria y la lucha violenta. Hacer que la experiencia del campo dure el mayor tiempo posible para que nadie pueda negar la evidencia: lo realizable del comunismo* libertario(13)».

Esta línea de "acciones ejemplares" que suscitan el entusiasmo de gente como Federica Montseny, desdeña los programas —concebidos como una artimaña marxista que obstaculiza la libre iniciativa—, se justifican como una táctica en la que el campo cerca a las corruptas ciudades y sobre la inmediatez —en línea recta, sin procesos de transición— de un comunismo libertario que no transige con hegemonías sindicales ni con ninguna forma de Estado. Su objetivo es el regreso a la vida natural, precapitalista, en la que (no se precisa muy bien



NOTAS:

(8). Es interesante constatar las diferencias entre las posiciones de la izquierda comunista —BOC, OIC— y el PCE estalinizado sobre la cuestión del trabajo de la CNT. Mientras estos sólo lo concebían desde una posición instrumental —crearon una CNT propia— y consideraban a los anarquistas como enemigos —anarcofascistas o "incontrolados"—, los primeros defendieron la democracia sindical, la unidad con la UGT, y criticaron la concepción que hacía de la CNT patrimonio de los anarquistas y de los trabajadores que no tuvieran opciones políticas organizadas.

(9). Sobre este aspecto ver el prólogo de Manuel Sacristán a los escritos de Marx y Engels sobre España, Ed. Ariel, Barcelona, 1966.

(10). Este tipo de provocaciones fueron bastante usuales. Se aprovechaba la existencia de algún desesperado, o a veces, ni siquiera eso. Como en Chicago en 1885, hay alguien que provoca una matanza o una serie de crímenes "vengativos". No hay ninguna prueba, y las que hay, como en Jeréz, no se sostienen. Pero la maniobra sirve para descabezar el movimiento. Algo por el estilo intentó Martin Villa con el "caso Scala'.

(11). Eduardo Mendoza interpreta muy bien estos hechos en La verdad sobre el caso Savolta, *presentándolos como un "ensayo" de motodología fascista. Por el contrario, en el programa de TVE sobre la guerra civil, el hecho —tratado de pasada— es adjudicado al "terrorismo" anarquista. Un ejemplo más del buen hacer de nuestros "expertos" en historia.*

(12). Prol. a Los de Barcelona, *de H.E. Kaminski, Ed. del Cotal, Barcelona, 1977.*

(13). Cit, por Antonio Elorza, La utopía anarquista durante la IIª República *(Ed. Ayuso, Madrid, 1973). Obra indispensable, con el defecto de autonomizar del contexto el enfoque de los debates ácratas.*

(14). Ver en este sentido la obra de Elorza. Este dilema fue efímeramente relucido por un sector de las JJLL durante los hechos de mayo de 1937, pero a pesar de su carácter categórico no volvió a plantearse seriamente desde 1936.

(15). Ver Inprecor extra dedicado a 1934.

cómo) se restablecerá el equilibrio entre el individualismo y el colectivismo. No hay lugar por lo tanto para ninguna forma de colaboración con otras expresiones del movimiento obrero, el dilema es: O Estado o Revolución(14).

El papel de la hegemonía faísta

Desde la historia, se ha presentado habitualmente esta experiencia como el producto de la hegemonía faísta, olvidándose a menudo que ésta respondía a un sentimiento muy extendido entre los cuadros medios confederales —el corazón de la CNT— y entre los afiliados, y que se comprendía como una alternativa revolucionaria frente la mediocridad institucionalista y profesoral de la coalición republicano-socialista que se mostró mucho más dura con el anarcosindicalismo que con la nueva extrema derecha (hubo guante blanco para Sanjurjo y Juan March). Tenía la virtualidad de plantear la actualidad de la revolución de una manera infantil y sectaria, pero no hay dudas de que la revolución se estaba gestando más lenta y ampliamente. Cuando esta revolución vuelve a llamar a las puertas de la CNT-FAI, ésta se encuentra en una grave crisis en la que inciden además el fiasco de la campaña de apoliticismo revolucionario que contribuirá (a los ojos de los trabajadores) a la victoria de las derechas —que tratarán mucho más duramente que el gobierno anterior a los anarquistas—, y la emergencia de un peligro fascista internacional que será (aisladamente) comprendido por un testigo del ascenso nazi: Orobón Fernández(15). La mayoría "faísta" aunque en retroceso todavía seguirá mostrando su sectarismo ante la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera responderá a tres exigencias básicas: a)la unificación proletaria frente al ascenso fascista; b) la revolución contemplada como la destrucción del Estado burgués, y c) la democracia proletaria como fórmula magistral postrevolucionaria... Animada en un principio de la izquierda comunista, la Alianza se extiende con otros grupos disidentes del PSOE y de la CNT —Pestaña—, y alcanza a la izquierda socialista cuyo proceso de radicalización es repudiado por la mayoría libertaria. La entrada de la CNT en ella hubiera sido históricamente decisiva, podría haber sido una alternativa determinante frente a la nueva coalición de izquierdas en la que los republicanos ponían el programa y los personajes rectores y el movimiento obrero, la mano de obra. Pero la CNT no consideraba la eminencia del peligro fascista, no se planteaba la destrucción del Estado con los demás y por tanto, tampoco la necesidad de un pluralismo revolucionario(16).



La CNT asturiana permanecerá trágicamente sola en aquel año del **¡UHP!**, y mientras Federica Montseny clamaba contra los marxistas sin ningún esfuerzo de distinción, el astur José Mª Martínez proclamaba que dos anarquistas y dos marxistas eran cuatro revolucionarios.

El tema del frente único es analizado como una mera maniobra política de los diferentes marxismos, y lo que se impone es la mano de hierro contra los que se "infiltran" dentro de la CNT, lo que no es obstáculo para que notorios libertarios como Cipriano Mera trabajen en la UGT en algunos centros industriales —como Madrid— en donde los confederales no tienen arraigo. Por lo demás, el planteamiento unificador y unitario se encuentra en el espíritu de la primera CNT y alcanzó momentos brillantes como el de la huelga general de agosto de 1917. Sigue siendo una vocación dentro de no pocas federaciones y tiene teóricos como Quintanilla y Orobón Fernández, con gran predicamento.

La unidad no es el tema central del Congreso de Zaragoza, se plantea colateralmente. Tampoco lo será el "clima" de golpe militar que se adivina incluso en el ambiente, ni el nubarrón fascista que ha cobrado un sesgo alarmante desde la victoria de Hitler, y mucho menos la situación en la URSS donde Stalin ha efectuado su espectacular giro hacia la derecha, ni siquiera el impulso del Frente Popular que va a contar con el apoyo abierto de notorios "trentistas" y tácito de muchos "faístas". El Congreso se consagra a la determinación de cómo va a construirse el comunismo libertario e Isaac Puente impone su potente vena lírica: el comunismo libertario no teme ni a la contrarrevolución ni al cerco internacional. Pero parece evidente que su logro no podrá hacerse al margen de las condiciones concretas (que se menosprecian y que cuando se citan en otros casos históricos —como el soviético— se describen como meros pretextos de "autoritarios"). En Zaragoza la voluntad lo es todo, las condiciones no son nada. Será en esta época cuando en pleno apogeo de los llamados "procesos de Moscú", la prensa libertaria trata el hecho con indiferencia y lo explica como un ajuste de cuentas entre "camarillas" marxistas.

Anarquismo y revolución

La revolución, por supuesto, no va a desarrollarse siguiendo las pautas del IDEAL sino en medio de una línea quebrada por unas condiciones

(16). *Desde mucho antes de mayo de 1937, Comorera tiene claro esto, mientras que para la ERC el problema no radica en que piense de una manera diferente, lo que ocurre es que sus planes pasan por una integración más a largo plazo —Companys estaba persuadido de que la CNT acabaría por claudicar— y tiene la precaución de no perder autonomía frente al centro. Empero, durante mayo el ERC olvidó esta precaución y reclamó ayuda policíaca a Valencia.*

(17). *En su importante obra sobre el PCE de la postguerra, Gregorio Morán ironiza sobre la idea expresada por el Claudín de* La crisis del movimiento comunista, *en su capítulo sobre España sobre el hecho de que la derechización del PCE de 1935-36 dislocó el frente revolucionario. A nosotros la reflexión no nos parece tan descabellada tanto y cuanto respondía a exigencias externas a la revolución española y no a la propia evolución del movimiento o del propio PCE que se había acercado en 1934 a trancas y barrancas, a posiciones de frente único más nobles que las que mantuvo durante el "tercer periodo"*

históricas muy complejas y dramáticas, y su consecución no va a ser el producto de una huelga general o de un conjunto de insurrecciones sino que va a tener que superar una doble muralla que se le opone con métodos muy diferentes:

—la de la **contrarrevolución** militar-fascista vertebrada desde el sector más reaccionario del ejército que está dispuesto a la aniquilación total del movimiento obrero y de todas las libertades, incluso de las bases culturales progresistas más moderadas.

—la de una **antirrevolución** que tiene en el Frente Popular la expresión, pretendidamente legítima, de la "unidad antifascista", concretada en un Estado republicano que se sitúa en la onda del pacto que la URSS busca con las "democracias occidentales" y que por ende, rechaza —tal como se expresa claramente en su documento constituyente— las reivindicaciones socialistas.

En relación al primer problema se constata claramente una abierta subestimación por parte del movimiento obrero en general y del anarcosindicalista en particular, a pesar de que existen los conocidos antecedentes represivos de 1909, 1917, 1923 y 1934, sin olvidar la intentona golpista de Sanjurjo en 1932. Esta vocación contrarrevolucionaria del ejército se refuerza cuando la clase dominante considera cerrada su experiencia "reformista" en la II República, y cuando el ascenso nazi-fascista la alienta hacia una "contrarrevolución preventiva". La oposición dentro del ejército será amplia pero desarticulada; no encuentra en su contra los nudos de un trabajo antimilitarista consecuente. Mola y Franco estaban preparados para aplastar una previsible huelga general; el hecho de que la respuesta sea mucho más amplia y profunda revela que existían las condiciones subjetivas para una revolución.

En cuanto a lo segundo hay que recordar que el Frente Popular se justificaba, desde la derecha azañista, como un medio para neutralizar con su moderación la posibilidad de un golpe de Estado. Pero era evidente que la reacción no sólo consideraba las intenciones de Azaña y Prieto sino también la voluntad y la mirada de los obreros y campesinos. Cuando el golpe militar se destapó —después de ser un secreto de Polichinela que Casares Quiroga menospreció con una patochada—, la derecha republicana fue totalmente desbordada, primero porque su actitud ante el ejército era ambivalente —temía sus tentaciones golpistas pero lo necesitaba frente a una revolución— y segundo porque no era, en lo más mínimo, consciente de lo que significaba un peligro como el fascista. Su actuación entonces fue grotesca, osciló entre la indiferencia (Quiroga), el pactismo (Martínez Barrios), la pasividad (negando las armas a los trabajadores), cuando no la claudicación o la complicidad. La confianza de los trabajadores en los gobernantes republicanos fue fatal en muchas capitales.

No había nada preparado, pero cuando llegó la hora el heroismo de las muchedumbres hizo el milagro de contrarrestar el golpe en la mayor parte del Estado, y aquí los anarcosindicalistas mostraron su valor en donde mejor se sabían batir: en las barricadas. Nada se podía hacer sin la CNT, aunque la ingenuidad tuvo concreciones trágicas en Sevilla, Zaragoza y Oviedo, sin olvidar Mallorca y Canarias, todas ellas situaciones claves para la guerra que venía. El resultado de todo ello fue un punto de partida victorioso con algunas derrotas. Pero la situación se iba a resolver progresivamente a favor de los que tenían mejores armas y una comprensión más clara de los medios necesarios para vencer. La contrarrevolución tenía la terrible certitud de la consecuencia.

Las grandes opciones del anarquismo

Nadie dentro del movimiento obrero español se había preparado tanto para una revolución como los anarquistas. Habían comenzado su odisea en los tiempos de la I Internacional, y se habían forjado en una batalla contínua contra los poderes establecidos. La CNT condensaba en sus federaciones a una mayoría militante con una reconocida capacidad de lucha y una decidida voluntad de transformar el mundo. Su programa había sido la Anarquía, *"la más alta expresión del orden"* (Eliseo Reclús). Por ello habían rechazado cualquier transacción con la clase dominante. Habían rechazado el juego parlamentario y la "política" tradicional en aras de la acción directa, de la lucha por la revolución.

Cuando durante las "jornadas" de julio lograron un protagonismo indiscutible en la derrota de los sublevados, todo parecía posible. Barcelona, diría Durruti, se había convertido *"en la capital espiritual del mundo"*, y la palabra libertad se concretizó en un movimiento liberador que alcanzó a todos los oprimidos. El nexo entre la contrainsurrección y la revolución fue perfectamente natural; los burgueses supieron sin dificultad en donde estaban sus barricadas y sus posesiones fueron colectivizadas en medio de una fiesta igualitaria. Por su capacidad de organización, la revolución española se mostró mucho más profunda que la

soviética, todo funcionó desde el primer día. Sin embargo había un punto débil: el del poder. La revolución había dado la *"vuelta a la tortilla"*, pero, ¿quién tenía que mandar ahora?.

Con la revolución en las manos, a la cúspide de la CNT se le plantearon al menos tres grandes opciones fundamentales:

1. La del Congreso de Zaragoza, o sea la proclamación del comunismo libertario, o dicho de otra manera: la Revolución contra el Estado.

2. Una en la onda de la Alianza Obrera, o sea, la unidad de la izquierda revolucionaria (confederales, caballeristas y poumistas), defensa de la revolución, democracia proletaria...

3. Llegar a un acuerdo con las autoridades republicanas dentro de un frente antifascista que no cuestionaba la legitimidad del régimen del Frente Popular.

En el Pleno desarrollado en Barcelona después de los hechos revolucionarios, el dilema se resumió en dos. Los defensores del primero no estuvieron muy convincentes, lo siguieron planteando desde la misma óptica de antaño, *nosotros solos* y en línea recta hacia *"el todo social"*. Su defensor más conocido fue García Oliver que pasaría a ser a continuación el defensor más consecuente de una tercera opción —según él mismo, no quiso hacer de Trotsky—, que se justificaba en base al reconocimiento de las "condiciones objetivas": había un enemigo terrible que era el fascismo y existían otras fuerzas políticas y sindicales que eran predominantes en otras zonas del Estado. La primera opción, se dijo, implicaba —había que decir que les descubría— una dictadura anarquista, y eso era una contradicción con sus principios. El interrogante que se nos ocurre es, ¿pensaban antes que su programa de comunismo libertario se iba a imponer por consentimiento?. Es evidente que no, los anarcosindicalistas nunca habían dudado que la revolución no se hacía por "consenso" sino mediante la violencia revolucionaria —la forma autoritaria que diría Engels— y la aplicaron rotundamente en sus insurrecciones.

Pero además de las incuestionables "condiciones objetivas" estaban las "subjetivas" que eran mucho más determinantes porque para los anarquistas era un principio que el poder *"estaba maldito"* (Louise Michel), y que al ocuparlo el más santo se podía convertir en un sanguinario (Proudhom). Sin embargo, el principio tenía otro lado: había que abolir la maldición. Y ahora no solamente subsistía sino que se reforzaba desde el momento en que los anarcosindicalistas le reconocían una legitimidad y consentían en integrar en ella a sus milicias y sus colectividades. Entonces fue cuando *Solidaridad Obrera* escribió que se trataba de otra clase de poder...

Durante las "jornadas" de julio ellos lo habían heredado de las barricadas, y así se lo reconoció Companys cuando, en un alarde de inteligencia política burguesa, fue a ponerse al servicio de la revolución siguiendo al frente de la Generalitat. Companys tenía ya en mente toda una maniobra política de largo alcance. Primero ponían una "colchoneta" a los pies de la CNT-FAI para que estos se acomodaran, luego coexistiría con ellos, recuperando progresivamente la iniciativa en todos los terrenos, apoyándose en su legitimidad, su dominio sobre los recursos financieros y sobre todo, en el desgaste de la revolución; en este plan lo más inteligente era integrar las conquistas revolucionarias que pasaban a depender de las instituciones. Para ello contó con un aliado militante y radical, el PSUC, que de acuerdo con la política del PCE en el resto del Estado, no tardó en tomar una iniciativa más dura que no tardaría en hacer imposible dicha coexistencia(16).



Fueron los propios anarcosindicalistas los que rechazaron como descabellada la primera opción —sin cuestionar toda su trayectoria—, y optaron por una "intermedia". Ahora cabe preguntarse las razones de por qué no lo hicieron por la segunda opción que habría contado con la connivencia de la izquieda socialista —que fué más lejos que la CNT en su oposición a Giral— y del POUM(17). Esta opción tenía detrás la referencia de la Alianza Obrera y respondía al sentimiento de la mayoría de la población que había rechazado al fascismo.

La respuesta a esta pregunta nos lleva a la cuestión de la naturaleza de la CNT. Era una organización muy poderosa que se había educado en competencia con los marxismos, y que había planeado un proyecto revolucionario solitario y al margen del tiempo y del lugar. Miraba a las otras tendencias obreras con más desconfianza que al ERC con el cual había tenido enfrentamientos muy graves durante la República. Temía que los marxistas le pisaran su terreno, y no concebía por tanto un frente revolucionario bajo su iniciativa. Al rechazar la posibilidad de un poder revolucionario, se orientaba hacia una posición aparentemente más en consonancia con su rechazo del poder. Pensaban que colaborando en diferentes instituciones, o en diversos órganos de gobierno —a los que patéticamente quisieron cambiarle el nombre— podrían tener las manos libres para lo que consideraban prioritario para sus convicciones: la consolidación de las colectividades. En aras de este planteamiento el Consejo de Aragón buscó sus aliados en Companys y entre los "caballeristas", descuidando otros problemas. También creían que esta coexistencia —"perfecta" según Santillán— no iba a deteriorarse. Esto explica, por ejemplo, su alegría cuando el gobierno de la Generalitat se desprendió de un partido (el POUM) y dió entrada a tres sindicalistas de la UGT, ¡que eran dirigentes del PSUC!.

También es cierto que esta opción no tuvo otra vanguardia que la impusiera. La izquierda socialista podría

haberla suscrito desde una posición más de derecha, y muy preocupada por su papel en el aparato del Estado, y el POUM no tenía el potencial suficiente para hacer que sus propuestas fueran acompañadas por la fuerza de los movimientos. Ni la CNT ni nadie —al margen de los "trotskystas" que eran un factor externo— imaginaban siquiera lo que iba a significar un PCE-PSUC convertido en la vanguardia más implantada, más consecuente, y mejor abastecida de la derecha republicana. Iban a asistir a lo nunca visto, al ascenso irresistible de un partido que utilizaba los símbolos y determinados métodos del bolchevismo —la disciplina, la eficacia, la unidad del ejecutivo, la agitación y la propaganda a gran escala, etc— para derrotar a la revolución e implantar un gobierno en consonancia con la política de Stalin de alianza con las "democracias occidentales"

Esta incomprensión no justifica una actitud de complicidad. Los dirigentes de la CNT pensaron que podrían conseguir un mejor trato en la cuestión del armamento, lanzando loas a Stalin y a la URSS, y practicando una política de buena vecindad con el PCE-PSUC...

La integración gubernamental

La revolución española, animada principalmente por los anarcosindicalistas, no acabó nunca de concretarse. Fue profunda en el ámbito de las industrias y del agro, tuvo desarrollos muy importantes en el ámbito de las costumbres y conoció una importante participación de la mujer, a través sobre todo de las "Mujeres libres". Su potencial fue tan indiscutible que sus más irreductibles adversarios, los comunistas oficiales, no la atacaron abiertamente sino por sus flancos. Planteaban estos que era mucho mejor dejarla para después de la guerra, y cifraban su inoportunidad en el hecho de que obstaculizaba el esfuerzo de guerra, asustaba a los moderados, y "last not but least": ahuyentaba a los aliados internacionales, a unas "democracias" que, como era de esperar, temían más al "comunismo" que a Franco. Los comunistas tampoco atacaron directamente a la CNT, cifraron su presión hacia los llamados "incontrolados", saco muy amplio donde metían a los poderes locales y regionales "rebeldes" —el más importante de los cuales era nada menos que el Consejo de Aragón—, a los sectores de izquierdas presentes en las milicias o en la retaguardia, junto con los que se dejaban llevar por la tradición anticlerical más primaria y quemaban templos y perseguían al fascismo detrás de cualquier manifestación de religiosidad.

La fuerza del PCE y de la derecha republicana era por tanto también la debilidad del sector revolucionario y de su componente mayoritario, la CNT-FAI. Estos no tenían una estrategia política y sus dirigentes, como Horacio M. Prieto primero y Mariano Vázquez "Marianet" después, reflejaron la inclinación de sus cuadros dirigentes hacia la política pragmática, o sea a través de unas instituciones que eran las de un Estado en reconstrucción. Estos dirigentes llegaron a enfrentarse abiertamente contra las colectivizaciones y contra los que criticaban la política republicana oficial. Se habían convertido, a su manera, al credo de primero la guerra...

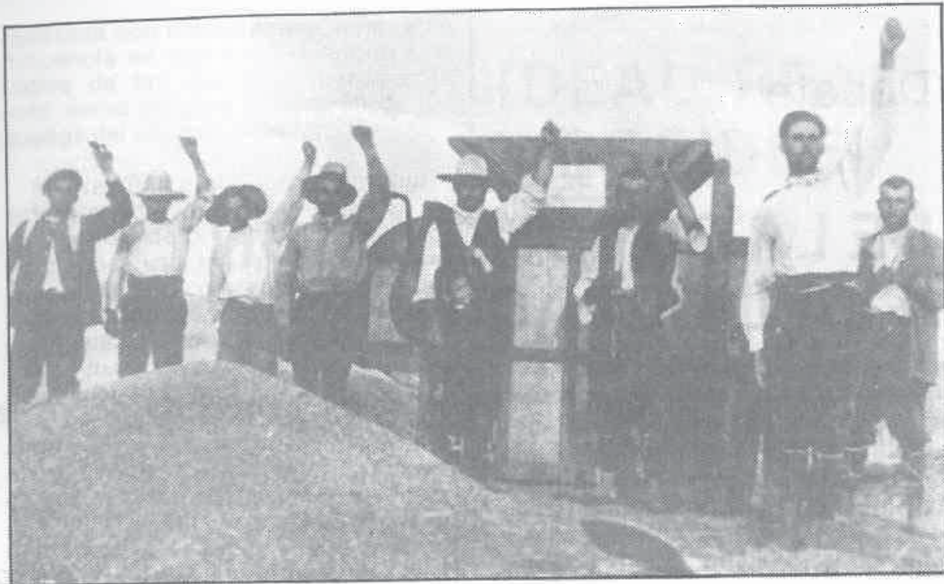
La culminación de este proceso hacia la política institucional sería la integración de cuatro cabezas del anarquismo en el gobierno de Largo Caballero, un gobierno de "transición" en el que, como en Cataluña, el equilibrio se fue torciendo irreversiblemente a favor de una derecha republicana que iba reconstruyendo las instituciones "legítimas" frente a una revolución inconclusa y descabezada.

No todos aceptaron el cargo con el mismo entusiasmo. Joan Peiró y Juan López, que habían sido dos cualificados "trentistas", no tuvieron ninguna duda (aunque Peiró hizo luego un balance muy autocrítico), pero García Oliver no quiso dar el paso sin contar también con Federica Montseny que encarnaba mejor que nadie la tradición purista. Montseny se planteó lo que había sido una —sino la principal— de las señas de identidad de su corriente como una cuestión de honor personal, pero en la medida en que se encontraba inserta en las posiciones "circunstancialistas" acabó aceptando, no antes de haber recibido la bendición de su padre, Federico Urales, que estimaba que había que apoyar la democracia contra el fascismo.

Integrada gubernamentalmente, la CNT sufría el embate entre sus dos almas, y mientras la posibilista llegaba a teorizar con entusiasmo la participación gubernamental, la espontaneista, sumergida sobre todo en la base militante, contemplaba con estupor cómo eran destruidas una a una todas las conquistas revolucionarias. Ambas posiciones iban a aflorar cuando el proceso de "normalización" republicana se encontró con que había llegado el momento de acabar con las ambivalencias y que había que llegar hasta el fin. Esos obstáculos en este sentido eran varios, pero primordialmente pueden resumirse en dos: en el peso todavía determinante de la revolución en Cataluña y en Aragón, y en la

(18). Emma Goldman fue una de las pocas voces del anarquismo internacional —junto con el malogrado Berneri— que criticaron las posiciones "circunstancialistas", sobre todo la acción ministerialista, sin embargo las excuso con el argumento de que los cenetistas eran honrados y actuaban de buena fe. Durante los "procesos de Moscú" la CNT se hizo eco de sus posiciones, expresadas en múltiples escritos suyos y sobre los cuales ilustra bien el título de uno de ellos: Trotsky habla demasiado. *Venía a decir que aquello no era más que la mera continuidad de lo de Kronstadt o Ucrania. Después de mayo defendió al POUM.*

(19). Estas posiciones se encuentran bastante bien expresadas en el libro de César M. Lorenzo —hijo de Horacio Prieto— Los anarquistas españoles y el poder *(Ed. Ruedo Ibércio, París, 1972).*



actitud ambivalente, "centrista", de Largo Caballero y de la Ezquerra. En medio de todo esto se encontraba el POUM dentro del cual el PCE-PSUC encontraban dos problemas suplementarios: representaba una opción revolucionaria más consecuente, y por lo tanto era el peligro potencial de haber un cambio de situación, y además era lo suficientemente antiestalinista para ser catalogado como "trotskysta"...

Desde finales de 1936 el "clima" político se había ido tensando por la actitud cada vez más audaz del comunismo oficial. Las contradicciones estaban a flor de piel y el estallido surgió durante las "jornadas de mayo del 37", dentro de las cuales se pueden diferenciar tres fases: a) la provocación de Telefónica da lugar a una situación revolucionaria, externamente muy parecida a la de julio pero internamente situada a la defensiva; b) la llegada de los ministros anarquistas —en particular Federica Montseny, más escuchada por su pasado revolucionario—, y la actitud vergonzante de los dirigentes de la CNT barcelonesa, da lugar a un repliegue del movimiento que no construye ninguna salvaguarda; c) el movimiento retrocede y comienza una nueva ofensiva de la derecha republicana... Sus consecuencias son harto conocidas, por el mismo boquete de la derrota del mayo del 37 cae Nin y muchos otros militantes (Berneri, Wolf, Landau, etc.), es ilegalizado el POUM, se acentúa el declive de la CNT, cae manu militari el Consejo de Aragón, se desmontan numerosas colectividades, cae Largo Caballero y Cataluña pierde su amplia autonomía. La CNT, que se había esforzado sobre todo en desautorizar sus "enrages" de Los Amigos de Durruti —cuyo valor esencial es el expresar el malestar y la voluntad de resistencia de la masa militante, carente por otro lado de unos mínimos instrumentos de análisis políticos—, llega tarde a la hora de comprender que la persecución del POUM también va con ellos. Curiosamente, Emma Goldman, la más esforzada teórica de la idea de que bolchevismo y estalinismo eran simétricos, defiende ahora a los *"verdaderos bolcheviques"* como Nin(18).

El desconcierto de la CNT-FAI en la etapa final de la guerra civil se trasluce por ejemplo en su voluntad de contrarrestar la hegemonía comunista a través de diversas maniobras —visitan a Azaña para que éste, débil y agónico, destituya a Negrín— y acciones desesperadas como la última y más significativa, la del apoyo a la Junta de Casado que se enfrentó con el más que dudoso numantinismo de Negrín y el PCE —que limitaron su resistencia a la Junta a algunos grupos aislados—, con la que se trató, inutilmente, de conseguir un final un tanto digno de una guerra que, en el interior del campo republicano, se había combinado primero con una "guerra" contra la revolución con el consenso de toda la derecha republicana y finalmente, con otra "guerra", esta vez entre comunistas oficiales y la tendencia de Negrín en el PSOE de un lado, y del resto —republicanos, socialistas de Prieto y Besteiro, nacionalistas y anarquistas— por el otro.

Esta última "guerra" también tuvo sus diferentes traducciones en el campo libertario.

Obviamente obsesivamente, la historia del anarcosindicalismo durante la guerra civil española pasaría a ser la cuestión de las cuestiones de todos los grandes debates anarquistas ulteriores. Es difícil encontrar un sólo teórico de este movimiento que no haya producido uno o varios textos sobre las lecciones de la revolución española.

Grosso modo puede hablarse de una posición más o menos oficial y de una posición constructiva de la revolución —autogestión—, y justifica su actuación política como inevitable dadas las condiciones históricas, incluso se llega a afirmar (Federica Montseny) que no hay una ruptura en la continuidad sino una reafirmación de los principios. La segunda reconoce como formidable la experiencia de autogestión sin Estado —lo cual no es totalmente justo—, pero hace notar que el "circunstancialismo" provocó la ruina de la revolución, aunque desconozco a algún autor que haya hecho alguna valoración alternativa. Una tercera posición, la más revisionista, es la pestañista-prietista que teoriza que el error estuvo en no haber llevado el circunstancialismo y la acción política con más coherencia(19).

Este debate, incesante y extremadamente variado, se inserta ya en otra coyuntura histórica para el anarcosindicalismo. Radicalmente dividido en la resistencia, desvinculado de las nuevas generaciones desde los años cincuenta, el anarcosindicalismo sobrevivió en el exilio en la firme confianza de que con el marco de las libertades democráticas —se llegó a teorizar de que ya no era apropiado para la ilegalidad, olvidando que lo había sido en otros tiempos— iban a resurgir gloriosamente por ser "inherentes" a la naturaleza del "español". La "transición" dió al traste con este sueño. El movimiento obrero y popular ya estaba básicamente ocupado. Las relaciones industriales y sociales eran muy diferentes a las de antes de la guerra. El peso de la "vieja guardia" ahogaba a las nuevas promociones y el choque entre el anarquismo clásico —AIT— y el marcado por los nuevos tiempos, dió lugar a una historia de crisis y depuraciones realmente dantesco.

Ciertamente, el anarcosindicalismo no había desaparecido, pero se había convertido en una pálida sombra de las glorias de antaño y su militancia, voluntariamente marginalizada salvo excepciones, contempla tanto más la música del pasado cuanto más dificultades encuentra en comprender la del presente y la del futuro.

Con esto no quiero decir que la del anarcosindicalismo sea una historia muerta, una pieza de arqueología. El pasado nunca muere definitivamente y el anarquista es lo suficientemente rico y esplendoroso para que podamos encontrar lecciones de gran valor y efectuar lectura del mayor interés, porque el principal error del socialismo no ha sido querer demasiada libertad sino el haber renunciado con excesiva frecuencia a ella. Por eso, en muchos sentidos, hay que reivindicar lo libertario.□

Debate

DE LA COLONIZACION A LA LIBERACION

(A propósito del artículo de Michael Lequenne sobre la película *La Misión*)

Czeslaw Wilko

Michel Lequenne es un hombre valiente. Nunca duda en lanzarse a explorar en terrenos históricos o teóricos poco frecuentados por los marxistas de la Europa occidental. El artículo que dedicó a *"La otra colonización"***(1) es más una introducción al debate que una reseña de la película. Estas líneas intentan menos entablar una polémica que aportar elementos complementarios al sujeto abordado —ya sea por el artículo o por la propia película** *La Misión.*

«*Si bien esta colonización no era ideal —y no podía serlo, por definición—, al menos no se mataba, y de este comunismo primitivo, paternalista, moralista y burocrático habría podido nacer un porvenir original para los pueblos autóctonos*», escribe Michel Lequenne. Pero la república jesuíta no debe ser comparada únicamente con los esclavistas asesinos de Sao Paulo. Es conveniente detenerse en la condición de los indígenas antes de la llegada de los europeos, por una parte, y en la naturaleza real del Estado jesuíta, por la otra. Lo cual supone popularizar las ideas expresadas por Paul Lafargue en su panfleto titulado *"Der jesuiten Staat in Paraguay"* (El Estado jesuíta en Paraguay), publicado en el libro de Karl Kautsky *"Vorlaüfer des Sozialismus"* (Precursores del socialismo) en 1921(2).

«*En la época de su conquista por Alvaro Núñez en 1536, el Paraguay estaba habitado por varias tribus salvajes que se diferenciaban esencialmente por la lengua. El pueblo de los guaranís, el más importante de ellos con diferencia, ocupaba un territorio muy extenso que iba desde la Guayana al norte, hasta la desembocadura del río de la Plata por el sur, limitado en el este por el océano Atlántico y por los Andes en el oeste. Los guaranís poblaron Brasil y otras numerosas naciones vivían entre ellos. Azara señala que "se podía visitar todo Brasil, venir a Paraguay, ir a Buenos Aires y subir después al Perú sin necesidad de cambiar de idioma"*»(2). Las costumbres de estos indígenas eran pacíficas, la agricultura estaba en sus inicios, incluso la esclavitud en las tribus enemigas como los M'bayas era relativamente suave: «*Los M'bayas nunca daban órdenes a sus sirvientes (...); se remitían a su buena voluntad, se contentaban con lo que hacían por propia iniciativa y compartían con ellos todo lo que poseían*»(2). Así pues, si había comunismo primitivo se situaba donde señala el teorizador del *Derecho a la pereza*, y no en las misiones.

La empresa jesuíta fue en primer lugar una auténtica colonización que se benefició de circunstancias externas excepcionalmente favorables, no siendo de las menores el salvajismo de los colonos ordinarios. Pero los indios que iban a refugiarse en las misiones dejaban de acudir en cuanto cesaban las campañas de caza de los "mamelucos". Y para que no pudiesen regresar eran encerrados y apresados. La culturización ideológica, incluso

NOTAS:

(1). Ver Inprecor, *n° 54, mayo 1987.*

(2). Paul Lafargue, Der jesuiten Staat in Paraguay, *ed. Packpapier Versand, Box 2521, D-44 Münster, RFA. Sin fecha.*

realizada con mano blanca, sólo tenía influencia en sus descendientes. Los indios de las misiones fueron ante todo mano de obra al servicio de los dueños del reino de Dios.

"La república cristiana", que había sido fundada según las lecciones del Evangelio y de la vida de los primeros cristianos, *«no era en modo alguno una sociedad comunista, en la que todos sus miembros participaban en la producción agrícola e industrial y tenían los mismos derechos sobre los bienes producidos. Era más bien un Estado capitalista en el que hombres, mujeres y niños eran condenados al trabajo forzoso y al látigo, todos sus derechos eran confiscados y vegetaban en la misma miseria y en la misma depravación, cualquiera que fuese el potente auge de la agricultura y de la industria, cualquiera que fuese también la importancia del flujo de mercancías que ellos producían»*(2).

Como lo dice explícitamente uno de los personajes de la película: los jesuítas no eran demócratas. Su derrota proviene también de su excesivo éxito económico en el mercado mundial que se estaba gestando. La hipótesis de un porvenir original formulada por Michel Lequenne se pone en tela de juicio.

La Misión (la película) constituye por otra parte un gran guiño a las teologías de la liberación. De hecho se trata de una falsa impresión y, más allá de analogías ciertas, es importante recordar lo que separa a la empresa jesuíta de los siglos XVII y XVIII de la práctica actual de algunas corrientes de las iglesias latino-americanas.

Los cristianos que se reconocen en estas corrientes han abandonado el viejo proyecto jesuíta de *«realizar la unidad cristiana de todo el mundo bajo su dominio teocrático»*(1). Su compromiso se inscribe en una realidad político-económica muy estructurada (sean cuales sean las crisis que afectan a esta estructura). Un Tischner o un Helder Cámara se apegan a inscribirse de forma crítica en este concreto. Hablan más normalmente de sindicalismo o de reforma agraria que de teología y esto vale a fortiori para los curas que trabajan en la base, sobre el terreno. Los curas-obreros han tenido que hacerse reconocer como obreros; y, según el conocido adagio marxista de que la existencia determina la conciencia, esto no ha dejado de tener consecuencias. A decir verdad, quienes actúan ahora no tienen gran cosa que ver con los inteligentes colonizadores del Paraguay de antaño.

Las indiscutibles cualidades de la película de Roland Joffé no deben hacer olvidar el sentido crítico a los militantes.□

IDEAL, REAL Y POSIBLE

Michel Lequenne

El artículo de Czeslaw Wilko, crítica del que yo escribí a propósito de *La Misión* y de las reducciones jesuítas del Paraguay, trata tres cuestiones, una de las cuales se refiere únicamente a la película. Esta última no se me había ocurrido: la película sería como un intento de sugerir, si no una continuidad histórica, al menos una filiación ideológica entre colonización jesuíta y teología de la liberación. ¡Puede ser! Aunque me sea difícil ver la utilidad de tal empresa. ¿No sería más bien un efecto secundario de ese "cristianismo revolucionario", un producto del espíritu de la época?.

Las dos primeras cuestiones van ligadas. Czeslaw Wilko las aborda basándose únicamente en un estudio de Lafargue, publicado en alemán por Karl Kautski. Se trata de dos vertientes de una argumentación que puede resumirse así: 1. Las etnias indias de la región, los guaranís en particular, llevaban una vida pacífica; 2. La colonización de los jesuítas no fue menos explotadora que las demás, aunque su violencia fuera menos sangrienta; en cualquier caso, nada de "comunismo".

Estamos ante la tesis —generosa y simpática— del anticolonialismo de finales del siglo XVIII y, ante todo, del gran Diderot. No es extraño encontrarla en Lafargue, cuyo marxismo (tan poco apreciado por Marx) siempre fue muy francés, es decir poco dialéctico. La espiral de las ideas, con la ecología y la etnología de vanguardia, nos lleva de nuevo a aquellos conceptos. Pero...

Es dudoso que las sociedades indias de las selvas de Sudamérica fueran idílicas, las de los "buenos salvajes" del Siglo de las Luces. Lo que



hoy se sabe con certeza al respecto no va en ese sentido. No había ningún "comunismo primitivo" allí. Es dudoso que haya existido alguno, nunca y en ninguna parte. Precisamente porque no había "paraísos" primitivos no se puede reprochar a los humanos el haber querido salir de sus situaciones "actuales", hacia un porvenir incierto, lleno de nuevos problemas frecuentemente, sin duda, peores que los primeros. Pero no se trata ahora de eso.

Ciertamente, nada de esto justifica la colonización, cualquiera que sea. Pero no se trata de justificar. La historia sólo puede constatar. El juicio del historiador es relativo y no es de la historia.

La colonización era una fatalidad de la historia diferencial de los continentes. Partiendo de esta constatación, se puede juzgar sin interés la forma en que fue llevada a cabo, en nombre de que, en todas partes, se saldó con un etnocidio. Pero esto sigue siendo un juicio, una actitud de moralista (respetable), no de historiador. Las lecciones de la historia no siempre son directas y evidentes, como precisamente se pensaba en el Siglo de las Luces. Pero, por mi parte, creo que siempre es beneficioso, aunque no sea perceptible inmediatamente, comprender la dialéctica de las intenciones, los actos y sus consecuencias.

El "Estado" jesuíta del Paraguay no era una utopía sino una sociedad concreta. Lo utópico era su *proyecto*. La realización de un proyecto utópico, ya que toda utopía es unilateral, siempre lleva consigo la aparición de brutales contradicciones. En el debate del siglo XVII sobre las misiones, la defensa, *a posteriori*, de Voltaire se queda coja, subtendida por su aprobación de la colonización, para él en principio progresiva y civilizadora, lo que le hace no tener en cuenta su hostilidad hacia los jesuítas en provecho de una "colonización humana". La hostilidad del viejo Diderot, subtendida por la lucha que lleva contra el oscurantismo católico, político, cuyos soldados son los jesuítas, se queda inversamente coja. Pero su radicalismo conduce, paradójicamente, en su amigo Bougainville, a la aprobación del peor colonialismo genocida, contra el que Diderot pronto llamará a la "revolución colonial" en su colaboración a la obra de Raynal(1).

Lafargue, que escribe en plena guerra anticlerical, toma el relevo de Diderot. El cuadro que hace de la "esclavitud" de los indios de las reducciones, en el pasaje traducido por Czeslaw Wilko, está pintado muy negro. La realidad era más compleja, más matizada. Es posible que estos indios estuvieran "embrutecidos", como los miembros de las sectas actuales, pero no trabajaban bajo el látigo ni hasta la muerte, como en las plantaciones.

Si la colonización jesuíta hubiera sido una esclavitud, no se comprende por qué hombres armados, y en masa, habrían luchado como leones para defender un sistema de explotación feroz. Sabían a la vez lo que tenían ante ellos y tras ellos.

Es cierto que los jesuítas raptaron indios por la fuerza —y con ayuda de conversos; pero tardíamente. El inicio de su colonización se realizó a través de la seducción y de medios "políticos". Sí que era "otra colonización", cuya asimilación a una explotación de tipo capitalista me parece simplificadora.

Ya que actualmente es habitual decir "desde donde se habla", ¿qué subtiende pues mi interés por las misiones?. Evidentemente, la dialéctica de la transformación social voluntarista, la de la revolución/contrarrevolución, de Estados fundados por gente con la que compartimos, remotamente, la utopía de una sociedad armoniosa. Es decir que este interés no tiene nada de aprobación. □



NOTAS:

(1). Ver Yves Benot, Diderot, de l'athéisme à l'anticolonialisme *(Diderot, del ateismo al anticolonialismo), Ed. La Découverte y Raynal,* Histoire philosophique et politique des deux Indes *(Historia filosófica y política de las dos Indias). Ed. La Découverte; así como, siempre sobre el problema de las misiones, Muratori,* Relation des missions du Paraguay *(Relación de las misiones del Paraguay), mismo editor.*